

## [DE LOS DEBERES DE LOS MINISTROS.]

### ADVERTENCIA SOBRE LOS TRES LIBROS DE LOS DEBERES.

Dado que los ministros sagrados ocupan un lugar honorable entre los demás fieles en el rebaño del Señor, Ambrosio, siempre atento a instruir a todos los órdenes de la parroquia que le fue confiada, no pudo dejar desprovista a esa ilustre porción de las enseñanzas necesarias para alcanzar la santidad adecuada a su oficio y para guiar al pueblo con el ejemplo de sus virtudes en el mismo camino. De aquí surge el origen de estos libros; pues, habiendo antes instruido diligentemente a sus clérigos en la piedad mediante la palabra, decidió luego, para que las enseñanzas dadas no se desvanecieran poco a poco de sus mentes, recopilarlas en un cuerpo de obra legítima y entregárselas para que las llevaran siempre consigo, como si fueran de su propia mano y seno. Con razón, por tanto, dio a esta obra el título de "De los Deberes de los Ministros", que hemos restaurado a partir de casi todos los manuscritos y de mejor calidad.

En el primer libro (Cap. 1), expone inmediatamente las razones que lo indujeron a escribir, no sin una franca humildad de sí mismo, y muestra (Cap. 2 y sig.) que el silencio es el mejor maestro del habla, especialmente en la ira: y que sus leyes nos las dio el Profeta rey antes que Pitágoras y de manera mucho más excelente (Cap. 10, num. 31). Luego, al abordar su propósito, explica hábilmente de dónde proviene la palabra "Deber" (Cap. 8 y 9), cuál es su significado y en cuántas partes se divide (Cap. 11); advierte, sin embargo, que el hombre cristiano debe cuidarse ante todo de no medir lo honesto o lo útil al estilo de los filósofos a partir de la vida presente, sino de la futura. Dice que el deber medio se sitúa en la observancia de los preceptos, y el perfecto en la de los consejos evangélicos, y que esto solo fue conocido por los filósofos en una especulación estéril. Luego (Cap. 12 y sig.), refutados ciertos errores, aborda cada tipo de deber. En los jóvenes recomienda especialmente (Cap. 17 y sig.) esa modestia que no solo regula el aspecto exterior y se manifiesta en el movimiento, el andar, el habla y el sustento, sino que también ordena las facultades internas, a saber, el temor de Dios, la veneración a los padres y la moderación de las perturbaciones del ánimo. Y declara que esto es lo que más se requiere en los clérigos; pues deben estar tan rectamente constituidos en todos los aspectos, que no den a los envidiosos ocasión de calumniar, y brillen ante todos con el ejemplo de una buena conducta. Después (Cap. 25 y sig.), al discutir sobre las virtudes que llaman cardinales, sostiene que son fuentes de toda honestidad y decoro, que es el tema de este libro. Aunque admite que estas virtudes no pueden separarse unas de otras, trata de cada una por separado; y en primer lugar, después de la definición de prudencia (Cap. 27), demuestra que los sabios paganos cayeron en aquellos vicios que sabían que estaban en conflicto con ella. De la misma manera trata sobre la justicia (Cap. 28 y sig.), examinando sus diversas partes, especialmente la liberalidad y la benevolencia. Al hablar de la fortaleza (Cap. 35 y sig.), enseña que consiste en dos cosas: en el desprecio de las cosas externas y en que uno emprenda y lleve a cabo cosas grandes, arduas y llenas de trabajos y peligros. En esta ocasión, prueba con ejemplos que los hombres del Antiguo Testamento (Cap. 40 y sig.) superan en gloria bélica a los héroes profanos; pero afirma que la fortaleza cristiana se basa en el desprecio de las cosas terrenales, la tolerancia de las injurias y calamidades, y el sufrimiento de los más crueles suplicios por la fe en Cristo. Finalmente, al comenzar a hablar de la templanza (Cap. 43 y sig.), explica todos sus componentes, de los cuales los principales son la tranquilidad del ánimo, el estudio de la mansedumbre, el cuidado de lo honesto, la consideración del decoro; a los que se añade el principio de que siempre debe preferirse lo más honesto a lo menos.

Desde el mismo inicio del segundo libro, habiendo demostrado que esa misma honestidad da origen a la felicidad (Lib. II, c. 1), refuta los errores de los filósofos y de Cicerón sobre el bien supremo de esta vida (Cap. 2 y sig.), mostrando que reside en el conocimiento de la divinidad y en el fruto de la buena obra. Y como se llega a esa honestidad a través de lo útil por el bien, discute sobre esto en todo el libro; y como esto mismo consiste en la piedad y está indiviso de lo honesto (Cap. 6 y sig.), enseña que no puede compararse sino por el beneficio de aquellas virtudes que nos adquieren una clara reputación y caridad entre los hombres. Además, ofrece un triple método para ganarse a las personas (Cap. 8 y sig.), de modo que uno se gane su amor mediante la beneficencia, su confianza mediante la justicia y la prudencia, y también mediante hechos notables y sobresalientes. Ilustra todo esto con ejemplos muy apropiados, en su mayoría tomados de la autoridad divina; pero nada puede ser más piadoso que aquellas enseñanzas con las que instruye sobre las obras de misericordia (Cap. 15 y sig.) y todos los deberes que conciernen a la mutua sociedad entre los hombres, al tiempo que proscriben los vicios.

En el tercer libro, el santo Prelado compara el bien honesto con lo útil, pero no deja de advertirnos (Lib. III, cap. 2) que estos dos tipos de bienes están unidos por un lazo indisoluble en los hombres justos; y que, por tanto, esta comparación no se establece sino por la opinión del vulgo que los separa. Luego establece este principio general, que un hombre bueno no debe considerar que se le debe quitar nada a otro, ni desear su propio beneficio a costa del perjuicio ajeno. (Ibid., num. 13). Lo prueba tanto con las leyes naturales y humanas como con las divinas tomadas de ambos Testamentos (Cap. 3 y sig.); y a lo que se le objeta en contra de esto, aplica la solución de que los hombres cristianos no deben apartarse del ejemplo de Cristo, quien nunca antepuso su propio beneficio al ajeno. De ahí concluye que en todo acto y contrato, siempre y en cualquier caso, lo honesto debe preferirse a lo útil (Cap. 5 y sig.); incluso si se supiera con certeza que nuestro engaño sería desconocido tanto para Dios como para los hombres. Añade que esta ley ha sido sancionada por Dios mismo, y que no es necesario recurrir a las antiguas fábulas para demostrar una cosa tan cierta; pues la religión cristiana ha proporcionado ejemplos de esto (Cap. 9 y sig.) en aquellos grandes hombres que realmente llevaron a cabo lo que se consideraba milagroso entre los paganos. Finalmente, muestra que los mayores ejemplos de los romanos son en todos los aspectos inferiores a los de los héroes sagrados (Cap. 15 y sig.)

No negamos que Ambrosio se propuso seguir la economía de Cicerón en sus Deberes, pero afirmamos audazmente que el mismo Cicerón imitó mucho más fielmente los libros de Panecio y Hecatón. Pues el santo Obispo manifiesta claramente que no se dedicó a la imitación del Orador con otro propósito que el de refutar más vigorosamente las falsas enseñanzas de la ética pagana en aquel que profesaba las leyes de la honestidad más exacta; y al mismo tiempo hacer evidente cuánta distancia las instituciones cristianas superan a todo lo que alguna vez fue más perfecto entre los gentiles. Rechaza constantemente esa vana afectación de elocuencia que Cicerón muestra en todas partes. Sin embargo, se esfuerza en demostrar claramente que todo lo más excelente en la disciplina de las costumbres que enseñaron los filósofos fue tomado en su totalidad de nuestros autores. Sobre todo, derriba la arrogancia del mismo Tulio y elimina por completo sus enseñanzas sobre la venganza y la ambición. Pero el punto más importante, apenas tocado por Cicerón, que se esfuerza por afirmar con la mayor firmeza, es que nuestros principales deberes deben dirigirse a Dios, y que todas nuestras acciones y palabras deben referirse a su gloria: también el otro punto, del que el Orador ni siquiera soñó, que la vida presente es el camino hacia la inmortal, y que se llega allí por las buenas obras, lo prueba con insistencia. Además, enseña que el alma debe apartarse de los bienes terrenales, que la lascivia del cuerpo debe ser reprimida con una

corrección más severa, que las ofensas e injurias deben ser perdonadas a los enemigos, y que se deben otorgar mayores beneficios a aquellos que nos han agraviado más atroz e injustamente.

Pero para que el lector curioso pueda conocer más fácilmente en qué aspectos Ambrosio nuestro coincide o difiere de Cicerón, hemos presentado en el margen inferior todos los pasajes tanto de los Deberes como de otras obras del mismo autor que el santo Prelado parece haber tenido en cuenta. De esta manera, se hará evidente de inmediato que Ambrosio se aparta de M. Tulio donde no se señala afinidad entre ambos. También se hará evidente con qué juicio Agustín dijo que esos mismos libros estaban llenos de enseñanzas utilísimas (Epist. 82, ad Hieron., num. 21), y con cuánta razón han sido hasta ahora apreciados por todos, como se entiende por los manuscritos de todas las épocas que se encuentran en las bibliotecas.

Por lo tanto, ¿quién podría tolerar que un autor cristiano se atreva a decir de estos libros: "También escribió sobre los Deberes San Ambrosio, creo, para inculcar la religión a los niños. Pero yo considero que la religión debe extraerse de las Sagradas Escrituras, y sobre las costumbres civiles prefiero escuchar a Cicerón"? No es fácil determinar si esta opinión inflige una injuria más grave a Ambrosio o a las sagradas páginas. Pues dado que estas costumbres civiles no son más que actos humanos que deben ser instituidos por la prudencia y otras virtudes cardinales, ¿no es una inmensa afrenta preferir la ética profana a aquellas enseñanzas que el Espíritu Santo inspiró a los profetas sobre este asunto, o que Cristo mismo dictó con su propia boca a sus apóstoles? No es de extrañar, entonces, que un heterodoxo desprecie estos libros, en los que el santo Doctor interpreta la disciplina moral de Cristo; pues el desprecio de los Padres es familiar para tales personas. Sin embargo, él mismo proporciona la ocasión de dudar si alguna vez leyó esos mismos libros, cuando escribe sobre ellos: "Creo que para inculcar la religión a los niños"; pues no fueron destinados a los niños, sino a los ministros de la Iglesia de todas las edades, como Ambrosio mismo afirma en varios lugares, y como lo testifica el título de la obra en muchísimos códices, como ya se ha dicho. No obstante, aunque el Autor tuvo la intención de instruir a los clérigos, nadie negará que esta misma obra es útil para cualquier condición; pues dado que los clérigos tienen un orden superior al que obedecen y un orden inferior al que gobiernan, de ahí se deriva que en ella se contienen muchas enseñanzas con un beneficio común para todos.

Esta misma utilidad fue la causa de que estos libros no solo se escribieran tantas veces, sino que también fueran reducidos por muchos a forma de compendio o extractos. Existen extractos de ellos en un manuscrito del monasterio de Lira; y un compendio en un códice de la Iglesia de Chartres, hábilmente compuesto con conexiones y transiciones, cuyo apógrafo, descrito con su cuidado por el canónigo eclesiástico y doctor sorbonense D. le Feron, nos fue enviado. No negamos que este ejemplar proviene de una mano antigua, pero tenemos muchos otros mucho más antiguos que ese. Pues, para no mencionar el Benigniano de 800 años, tres Vaticanos, el de Laon, el de Crespy y el Bigotiano de unos 700 años, solo el Colbertino, antes Thuaneum, confeccionado sin duda hace más de 1000 años, supera en al menos cuatro siglos al de Chartres. Además, en todos esos códices, nuestros Deberes están distribuidos en tres libros, lo que es una clara evidencia de que el de Chartres no es más que un epítome: en el que, de hecho, se pudo condensar esa obra sin dificultad, eliminando ejemplos y excursiones sin dañar el sentido.

En cuanto a la fecha de la obra misma, algunos quieren que Ambrosio nuestro haya comenzado a escribirla al inicio mismo de su episcopado. Parece que Baronius patrocina esta opinión, cuando al año 377 habla de ella así: "Después se dedicó a escribir esos tres excelentes libros, cuando ya había enseñado al pueblo durante algún tiempo". Sin embargo, si

el gran cardenal hubiera estado en esta opinión, no habría estado de acuerdo consigo mismo; pues él mismo adjudica a años bastante posteriores a ese 377 ciertos hechos que se mencionan en esta obra. Por ejemplo, lo que Ambrosio menciona allí sobre los vasos de la Iglesia vendidos por él para la redención de cautivos (Lib. II, cap. 15 y 28), Baronius lo refiere a la guerra del tirano Máximo en el año 387; aunque nos parece más probable que esto se refiera a aquella inundación de bárbaros que, después de la muerte de Valente en el año 379, devastaron Tracia e Iliria, llegando hasta Italia, de donde se llevaron innumerables cautivos. Esta misma opinión sobre estos libros también se refuta por el hecho de que en ellos claramente se menciona que su libro sobre Noé y el Arca, publicado en el año 379, como se ha demostrado, debe ser consultado. A esto se añade que en ellos repite frecuentemente que se dirige a aquellos clérigos a quienes él mismo había impuesto las manos; de donde se deduce que ya entonces tenía un clero bastante numeroso, y por tanto iniciado durante varios años. Luego menciona la persecución de Justina, que duró también varios años, cuando dice que sufrió "muchos ataques reales" por los depósitos de las viudas (Ibid., cap. 29, num. 150). La narración sobre dos clérigos que apostataron durante la "infestación arriana" (Lib. I, cap. 18, num. 72) parece referirse a la misma persecución de Justina alrededor del año 386. Además, el santo Obispo se queja de que por una inusual escasez de grano fueron expulsados de Roma todos los extranjeros: Baronius afirma que esta hambruna ocurrió en el año 383. Sin embargo, otros sostienen que los romanos sufrieron escasez de grano una y otra vez, primero al final de la vida del Papa Dámaso, a quien Ambrosio llama "anciano santísimo" (Lib. III, cap. 7), y segundo después de su muerte, que se sitúa en el año 384: Baronius parece referirse solo a la primera hambruna, mientras que Ambrosio nuestro indica ambas. Lo que también se dice sobre el depósito de la viuda de Pavía no parece poder aplicarse más adecuadamente (Lib. II, cap. 29, num. 150) que a una ley dada por Valentiniano el Joven en la ciudad de Pavía el 15 de febrero; pues del lugar donde se promulgó, se deduce que el emperador, al pasar por esa ciudad, fue inducido por su madre Justina, siempre hostil a los obispos católicos, a intentar causar tanta molestia al prelado de Pavía.

Todo esto nos lleva a pensar que estos libros no fueron escritos sino después de las persecuciones de Justina y la guerra del tirano Máximo y su breve asesinato que la siguió, es decir, alrededor del año 391, cuando experimentó un estado más pacífico de su Iglesia, y decidió entregar a sus clérigos, recopiladas en un cuerpo de obra legítima, las enseñanzas que les había impartido desde el púlpito sagrado en los primeros años de su episcopado. Pues no hay lugar a dudas de que estos libros consisten en gran parte en sermones pronunciados públicamente; ya que en el primero de ellos se explican pasajes de la Escritura que él mismo menciona que fueron leídos en la sinaxis: y que quizás quiso tratar de nuevo allí, porque habiendo visto ya antes cómo esos pasajes movían los ánimos de los oyentes, esperaba obtener el mismo fruto si los leían con atención.

SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE LOS DEBERES DE LOS MINISTROS, TRES LIBROS.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

El deber propio del obispo es enseñar: pero debe aprender para enseñar; incluso debe enseñar lo que no ha aprendido, o al menos aprender y enseñar al mismo tiempo.

1. No creo que parezca arrogante si asumo el afecto de enseñar entre los hijos; ya que el mismo maestro de humildad dijo: "Venid, hijos, escuchadme; os enseñaré el temor del Señor"

(Salmo XXXIII, 12). En esto se puede observar tanto la humildad de su modestia como su gracia. Pues al decir "el temor del Señor", que parece común a todos, expresó un notable signo de modestia. Y sin embargo, dado que el temor es el principio de la sabiduría y el efecto de la bienaventuranza (ya que los que temen a Dios son bienaventurados), claramente significó que se presentaba como maestro de la sabiduría y demostrador de la bienaventuranza a alcanzar.

2. Por tanto, nosotros, diligentes en imitar la modestia y no usurpadores al conferir la gracia que el Espíritu de sabiduría le infundió, os transmitimos a vosotros, como hijos, lo que nos ha sido manifestado por él y conocido por la vista y el ejemplo; ya que no podemos eludir el deber de enseñar que la necesidad del sacerdocio nos impuso al rehuirlo: "Dios dio a algunos como apóstoles, a otros como profetas, a otros como evangelistas, a otros como pastores y maestros" (Efesios IV, 11).

3. Por tanto, no me atribuyo la gloria de los apóstoles. ¿Quién, sino aquellos que el mismo Hijo de Dios eligió? No la gracia de los profetas, no la virtud de los evangelistas, no la circunspección de los pastores: sino que solo deseo alcanzar la intención y diligencia en las Escrituras divinas, que el Apóstol colocó en último lugar entre los oficios de los santos, y aprender esto mismo con el estudio de enseñar. Pues solo hay un verdadero maestro, que no aprendió lo que enseñó a todos: pero los hombres aprenden primero lo que enseñan, y reciben de él lo que transmiten a otros.

4. Ni siquiera esto me ha sucedido a mí. Pues yo, arrebatado de los tribunales y de las insignias de la administración al sacerdocio, comencé a enseñaros lo que no había aprendido. Por tanto, debo aprender y enseñar al mismo tiempo; ya que no tuve tiempo de aprender antes.

## CAPÍTULO II.

El peligro múltiple que se incurre al hablar, cuyo remedio la Escritura demuestra que está en el silencio.

5. ¿Qué debemos aprender sobre todo, sino a callar, para poder hablar? No sea que mi voz me condene antes de que me absuelva la ajena; pues está escrito: "Por tus palabras serás condenado" (Mateo XII, 37). ¿Por qué, entonces, apresurarse a asumir el peligro de la condenación al hablar, cuando puedes estar más seguro callando? He visto a muchos caer en pecado al hablar, apenas a alguno al callar: por eso, saber callar es más difícil que hablar. Conozco a muchos que saben hablar, pero no saben callar. Es raro que alguien sepa callar cuando no le beneficia hablar. Por tanto, es sabio quien sabe callar. Finalmente, la Sabiduría de Dios dijo: "El Señor me dio lengua de sabiduría, para saber cuándo debo hablar" (Isaías L, 4). Por tanto, con razón es sabio quien recibe del Señor el momento en que debe hablar. Por eso, bien dice la Escritura: "El hombre sabio callará hasta el momento" (Eclesiástico XX, 7).

6. Por eso los santos del Señor, que sabían que la voz del hombre a menudo es anuncio de pecado y el inicio del error humano, amaban el silencio. De hecho, el santo del Señor dijo: "Dije: Guardaré mis caminos, para no pecar con mi lengua" (Salmo XXXVIII, 2). Sabía y había leído que es protección divina que el hombre se esconda del azote de su lengua y del testimonio de su conciencia (Job V, 21). Pues somos golpeados por el reproche silencioso de nuestro pensamiento y por el juicio de la conciencia: también somos golpeados por el azote de nuestra voz cuando hablamos de cosas cuyo sonido hiere nuestra alma y nuestra mente se

lastima. ¿Quién tiene un corazón limpio de la contaminación del pecado, o no peca con su lengua? Y por eso, al ver que nadie podía mantener su boca santa libre de la impureza del discurso, él mismo se impuso la ley del silencio para la inocencia; para evitar la culpa callando, que apenas podría evitar hablando.

7. Escuchemos, pues, al maestro de la cautela: "Dije: Guardaré mis caminos", es decir, me dije a mí mismo, con el precepto silencioso del pensamiento, que guardaría mis caminos. Hay caminos que debemos seguir y otros que debemos guardar: seguir los caminos del Señor, guardar los nuestros; para que no nos lleven a la culpa. Puedes guardar tus caminos si no hablas rápidamente. La ley dice: "Escucha, Israel, al Señor tu Dios" (Deut. VI, 3). No dijo, habla, sino escucha. Eva cayó porque habló con su marido de lo que no había oído de su Señor Dios. La primera voz de Dios te dice: Escucha. Si escuchas, guardas tus caminos: y si caes, rápidamente te corriges. ¿En qué corrige el joven su camino, sino guardando las palabras del Señor? (Salmo CXVIII, 9). Calla primero, y escucha, para no pecar con tu lengua.

8. Es un gran mal que alguien sea condenado por su propia boca. Pues si por una palabra ociosa cada uno dará cuenta (Mat. XII, 36), ¡cuánto más por una palabra de impureza y torpeza! Las palabras precipitadas son más graves que las ociosas. Por lo tanto, si se exige cuenta por una palabra ociosa, ¡cuánto más se pagará una pena por un discurso impío!

### CAPÍTULO III.

El silencio no debe ser perpetuo ni ocioso: y cómo debe aplicarse la custodia al corazón y a la boca contra los afectos desordenados.

9. ¿Qué, entonces? ¿Debemos ser mudos? De ninguna manera. Hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar (Ecles. III, 7). Además, si damos cuenta por una palabra ociosa, veamos que no demos cuenta también por un silencio ocioso. Hay un silencio activo; como el de Susana, que logró más callando que si hubiera hablado (Dan. XIII, 3). Callando ante los hombres, habló a Dios: y no encontró mayor indicio de su castidad que el silencio. La conciencia hablaba donde la voz no se oía: no buscaba el juicio de los hombres, quien tenía el testimonio del Señor. Quería ser absuelta por aquel que sabía que no podía ser engañado. El mismo Señor en el Evangelio (Mat. XXVI, 63) operaba la salvación de los hombres en silencio. Por lo tanto, David no se impuso un silencio perpetuo, sino una custodia.

10. Guardemos, pues, nuestro corazón, guardemos nuestra boca; porque ambas cosas están escritas: aquí, para que guardemos nuestra boca, en otro lugar se te dice: "Con toda diligencia guarda tu corazón" (Prov. IV, 23). Si David lo guardaba, ¿no lo guardarás tú? Si Isaías tenía labios impuros, quien dijo: "¡Ay de mí, porque estoy perdido, porque soy hombre de labios impuros!" (Isaías VI, 5): si el profeta del Señor tenía labios impuros, ¿cómo los tendremos nosotros puros?

11. ¿Y a quién, sino a cada uno de nosotros, está escrito: "Rodea tu posesión con espinas... y ata tu plata y tu oro, y pon una puerta y un cerrojo a tu boca, y un yugo y una balanza a tus palabras" (Ecli. XXVIII, 28, 29)? Tu posesión es tu mente: tu oro es tu corazón: tu plata es tu elocuencia: "Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el crisol" (Salmo XI, 7). Buena posesión es también una buena mente. De hecho, una posesión preciosa es un hombre puro. Rodea, pues, esta posesión, y rodéala con pensamientos, protégela con espinas, con preocupaciones; para que no irrumpen en ella y la lleven cautiva las pasiones irracionales del cuerpo, para que no la asalten movimientos graves, para que no saqueen su vendimia los

que pasan por el camino. Guarda a tu hombre interior. No lo descuides ni desprecies como si fuera vil, porque es una posesión preciosa. Y con razón es preciosa, cuyo fruto no es caduco y temporal, sino estable y de salvación eterna. Cultiva, pues, tu posesión, para que tengas campos.

12. Ata tu discurso, para que no se desborde, no se desmande, y no acumule pecados con su locuacidad. Que sea más restringido, y se contenga en sus riberas. Rápidamente recoge lodo el río desbordado. Ata tu sentido, no sea relajado y fluido, para que no se diga de ti: "No hay ungüento que aplicar, ni aceite, ni vendaje" (Isaías I, 6). La sobriedad de la mente tiene sus riendas, con las que se gobierna y dirige.

13. Que haya una puerta en tu boca, para que se cierre cuando sea necesario: y se cierre con más cuidado; para que nadie excite tu voz a la ira, y devuelvas injuria por injuria. Hoy has oído leído: "Enójense, pero no pequen" (Salmo IV, 5). Por lo tanto, aunque nos enojemos, porque es un afecto de la naturaleza, no del poder; no pronunciemos una mala palabra de nuestra boca, para no caer en culpa: sino que haya un yugo en tus palabras y una balanza, es decir, humildad y medida; para que tu lengua esté sujeta a tu mente. Que se restrinja con las ataduras de las riendas, que tenga sus frenos, con los que pueda ser devuelta a la medida: que pronuncie palabras examinadas con la balanza de la justicia: para que haya gravedad en el sentido, peso en el discurso, y medida en las palabras.

#### CAPÍTULO IV.

La misma custodia se aplica para que el discurso no surja de movimientos perversos, sino de la razón recta: en la cual principalmente nos acecha el diablo.

14. Si alguien guarda estas cosas, se vuelve manso, apacible, modesto. Guardando su boca, y reteniendo su lengua, y no hablando antes de preguntar, y sopesar y examinar sus palabras, si debe decir esto, si debe decirlo contra este, si es el tiempo para este discurso: ciertamente ejerce la modestia, la mansedumbre y la paciencia; para que no estalle en discurso por indignación e ira, no dé indicio de alguna pasión en sus palabras, no indique en su discurso el ardor de la lujuria, y no haya en sus dichos agujijones de ira: para que el discurso, que debe recomendar las cosas interiores, no revele y exponga algún vicio en las costumbres.

15. Pues entonces principalmente nos acecha el adversario, cuando ve que se generan en nosotros algunas pasiones: entonces mueve los estímulos, prepara las trampas. Por lo cual no sin razón, como has oído leído hoy, el Profeta dice: "Porque él me libró del lazo de los cazadores y de la palabra áspera" (Salmo XC, 3). Symmachus dijo palabra de irritación, otros de perturbación. La trampa del adversario es nuestro discurso: pero también él mismo no es menos adversario para nosotros. A menudo hablamos lo que el enemigo recoge, y como si con nuestra propia espada nos hiere. ¡Cuánto más tolerable es perecer por la espada ajena que por la nuestra!

16. El adversario, pues, explora nuestras armas, y sacude sus dardos. Si ve que me muevo, inserta sus agujijones, para que despierte las semillas de las disputas. Si emito una palabra indecorosa, aprieta su trampa. A veces me propone como cebo la posibilidad de venganza; para que, mientras deseo vengarme, yo mismo me inserte en la trampa, y ate para mí el nudo de la muerte. Si alguien, pues, siente que este adversario está presente, entonces debe aplicar más custodia a su boca, para no dar lugar al adversario: pero no muchos lo ven.

#### CAPÍTULO V.

Contra el adversario visible también, cuando nos incita, debemos usar el silencio, con cuya única ayuda salimos victoriosos, y conservamos la humildad que debemos mostrar contra todos.

17. Pero también debe ser evitado aquel que puede ser visto, cualquiera que nos irrita, cualquiera que nos incita, cualquiera que nos exaspera, cualquiera que sugiere incentivos de lujuria o lascivia. Cuando, pues, alguien nos insulta, nos provoca, nos llama a la violencia, nos invita a la disputa: entonces practiquemos el silencio, entonces no nos avergoncemos de volvernos mudos. Pues es pecador quien nos provoca, quien nos hace injuria, y desea hacernos semejantes a él.

18. De hecho, si callas, si disimulas, suele decir: ¿Por qué callas? Habla, si te atreves. Pero no te atreves: eres mudo, te he dejado sin lengua. Si, pues, callas, se rompe más: se cree vencido, burlado, menospreciado y ridiculizado. Si respondes, se cree superior, porque encontró a su igual. Pues si callas, se dirá: Aquel insultó, este lo despreció. Si devuelves la injuria, se dirá: Ambos se insultaron. Ambos son condenados, nadie es absuelto. Por lo tanto, su esfuerzo es irritar, para que hable cosas semejantes a él, haga cosas semejantes: pero el justo es disimular, no decir nada, mantener el fruto de la buena conciencia, confiar más en el juicio de los buenos que en la insolencia del acusador, contentarse con la gravedad de sus costumbres. Esto es callar de los buenos; porque bien consciente de sí mismo, no debe ser movido por falsedades: ni estimar que hay más peso en el insulto ajeno que en su propio testimonio.

19. Así sucede que también guarda la humildad. Pero si no quiere parecer más humilde, trata tales cosas, y se dice a sí mismo: ¿Este, pues, para que me desprecie, y hable tales cosas contra mí en mi presencia, como si no pudiera yo abrir mi boca contra él? ¿Por qué no diré también, entonces, cosas en las que pueda afligirlo? ¿Este, pues, para que me haga injurias, como si no fuera hombre, como si no pudiera vengarme? ¿Este, para que me acuse, como si no pudiera componer cosas más graves contra él?

20. Quien dice tales cosas, no es manso ni humilde, no está sin tentación. El tentador lo agita, él mismo le inserta tales opiniones. A menudo el espíritu maligno le pone un hombre, y lo coloca para que le diga estas cosas: pero tú mantén tu pie firme en la roca. Aunque un siervo diga un insulto, el justo calla; aunque un débil haga una injuria, el justo calla: aunque un pobre acuse, el justo no responde. Estas son las armas del justo, para que cediendo venza. Así como los expertos en lanzar vencen cediendo, y huyen hiriendo al perseguidor con golpes más graves.

## CAPÍTULO VI.

En este asunto, el silencio y la humildad de David deben ser imitados, para no parecer dignos de injuria.

21. Pues ¿qué necesidad hay de moverse cuando escuchamos insultos? ¿Por qué no imitamos al que dice: "Enmudecí, y me humillé, y callé de los buenos" (Salmo XXXVIII, 3)? ¿Acaso David dijo esto solamente, y no lo hizo también? Más bien lo hizo (II Reg. XVI, 6 y ss.). Pues cuando Semei hijo de Jemini lo insultaba, David callaba: y aunque rodeado de armados, no devolvía el insulto, no buscaba venganza, hasta el punto de que no permitió a Sarvia, su hijo, que le decía que quería vengarse de él. Iba, pues, como mudo y humillado, iba callado, y no se movía, cuando se le llamaba hombre de sangre, quien era consciente de su propia mansedumbre. No se movía, pues, por los insultos, quien abundaba en la conciencia de sus buenas obras.

22. Por lo tanto, el que se mueve rápidamente por la injuria, se hace parecer digno de la contumelia, mientras quiere probar que es indigno de ella. Es mejor, pues, quien desprecia la injuria, que quien se duele; pues quien la desprecia, como si no la sintiera, así la desprecia: pero quien se duele, como si la sintiera, se atormenta.

## CAPÍTULO VII.

Qué bellamente se ha usado el salmo XXXVIII como prólogo, que indujo al Santo Varón a escribir sobre los Oficios: y con más derecho que Cicerón a su hijo, y por qué razón.

23. Ni imprudentemente, escribiendo a ustedes, mis hijos, he usado el prólogo de este salmo (Salmo XXXVIII, 1). Este salmo que el profeta David dio al santo Idithum para que lo cantara, yo les aconsejo que lo mantengan, deleitado por su profundo sentido y la virtud de sus sentencias. Pues advertimos de lo que brevemente hemos tocado, que este salmo enseña la paciencia del silencio, la oportunidad de hablar, y en los versículos posteriores (Ibid., 8) el desprecio de las riquezas, que son los mayores fundamentos de las virtudes. Mientras, pues, considero este salmo, me vino a la mente escribir sobre los Oficios.

24. Sobre los cuales, aunque algunos estudiantes de Filosofía han escrito, como Panecio y su hijo entre los griegos, Tulio entre los latinos; no consideré ajeno a nuestro deber escribir también yo. Y así como Tulio para instruir a su hijo, así yo también para formar a ustedes, mis hijos; pues no los amo menos a ustedes, a quienes he engendrado en el Evangelio, que si los hubiera tenido en matrimonio. Pues la naturaleza no es más vehemente para amar que la gracia. Ciertamente debemos amar más a aquellos que creemos que estarán con nosotros para siempre, que a aquellos que solo en este mundo. Aquellos a menudo nacen degenerados, que deshonoran al padre: a ustedes los elegimos antes, para amarlos. Por lo tanto, aquellos son amados por necesidad, que no es una maestra suficientemente idónea y duradera para la perpetuidad del amor: ustedes por juicio, en el que se añade un gran peso de caridad a la fuerza de amar, probar a quienes amas, y amar a quienes eliges.

## CAPÍTULO VIII.

El nombre de Oficio, no solo usado por los filósofos, sino también por los escritores sagrados; y de dónde se deriva.

25. Por lo tanto, ya que las personas son adecuadas, veamos si la misma cosa es adecuada para escribir sobre los Oficios: y si este nombre es apto solo para las escuelas de los filósofos, o si también se encuentra en las Escrituras divinas. Pues mientras leíamos hoy el Evangelio (como si nos exhortara a escribir) el Espíritu Santo nos ofreció la lectura, por la cual nos confirmamos que también nosotros podemos decir Oficio. Pues cuando Zacarías, el sacerdote, quedó mudo en el templo, y no podía hablar: "Sucedió", dice, "que se cumplieron los días de su Oficio, y se fue a su casa" (Luc. I, 23). Leímos, pues, que podemos decir Oficio.

26. Ni la razón misma se opone, ya que creemos que Oficio se dice de hacer, como si fuera eficio: pero por el decoro del discurso, con una letra cambiada, se llama oficio: o ciertamente, para que haga cosas que no ofendan a nadie, que beneficien a todos.

## CAPÍTULO IX.

El Oficio se deriva de lo honesto y lo útil, y también de la comparación entre ambos: pero para los cristianos nada que no contribuya a la vida futura se reconoce como honesto o útil; y por lo tanto no será superfluo este tratado sobre el Oficio.

27. Los Oficios, sin embargo, se consideran derivados de lo honesto y lo útil, y de estos dos elegir qué es mejor: luego sucede que concurren dos honestos, y dos útiles; y se busca qué es más honesto, y qué más útil. Primero, pues, el Oficio se divide en tres partes: honesto, útil, y qué es más excelente. Luego, estos tres se dividen en cinco géneros, en dos honestos, y dos útiles, y el juicio de elección. Los primeros dicen que pertenecen al decoro y la honestidad de la vida, los segundos a las comodidades de la vida, riquezas, posesiones, facultades: sobre la elección de estos subyace el juicio. Esto dicen ellos.

28. Pero nosotros no medimos nada en absoluto, sino lo que es decoroso y honesto, más con la fórmula de lo futuro que de lo presente: y no definimos nada útil, sino lo que beneficia a la gracia de esa vida eterna, no lo que deleita en lo presente. Ni establecemos comodidades en las facultades y posesiones de riquezas: sino que consideramos estas cosas inconvenientes, si no se rechazan; y que deben estimarse más como una carga cuando se poseen, que como una pérdida cuando se distribuyen.

29. No es superfluo, pues, el trabajo de nuestra escritura, porque consideramos el Oficio con una regla diferente a la que ellos consideraron. Ellos consideran los bienes del mundo como beneficios, nosotros incluso estos como perjuicios; porque quien aquí recibe bienes, como aquel rico, allí es atormentado: y Lázaro, que aquí soportó males, allí encuentra consuelo (Luc. XVI, 25). Luego, quienes no leen aquellos, leerán los nuestros si quieren: quienes no buscan la riqueza de las palabras, ni el arte de hablar; sino la simple gracia de las cosas.

## CAPÍTULO X.

El decoro se estableció primero en las Escrituras sagradas antes que en los libros de los filósofos: Pitágoras tomó prestada su ley de silencio de David: pero la disciplina de este último es superior; ya que el primer deber es la moderación al hablar.

30. El decoro, sin embargo, en nuestras Escrituras se establece en primer lugar (lo que en griego se dice *πρέπον*) nos instruimos y enseñamos, leyendo: "A ti te conviene el himno, Dios, en Sion" (Salmo LXIV, 2): o en griego, *Σοὶ πρέπει ὑμνὸς ὃ Θεὸς, ἐν Σίῳν*. Y el Apóstol dice: "Habla lo que conviene a la sana doctrina" (Tit. II, 1). Y en otro lugar: "Convenía que aquel por quien son todas las cosas, y por quien son todas las cosas, llevando a muchos hijos a la gloria, perfeccionara al autor de su salvación por medio del sufrimiento" (Hebr. II, 10).

31. ¿Acaso Panecio fue primero, acaso Aristóteles, quien también discutió sobre el Oficio, que David; cuando incluso el mismo Pitágoras, que se lee que fue anterior a Sócrates, siguiendo al profeta David (Salmo XXXVIII, 2 y ss.), dio a sus discípulos la ley del silencio? Pero él para que durante cinco años prohibiera a sus discípulos el uso de hablar: David, sin embargo, no para disminuir el don de la naturaleza; sino para enseñar la custodia de pronunciar el discurso. Y Pitágoras, de hecho, para enseñar a hablar no hablando, David para que aprendamos más a hablar hablando. Pues ¿cómo sin ejercicio la doctrina, o sin uso el progreso?

32. Quien quiere alcanzar la disciplina bélica, se ejercita diariamente con las armas, y como si estuviera en el campo de batalla, ensaya la batalla, y como si el enemigo estuviera presente,

presenta su escudo: y para la habilidad y fuerza de lanzar, o explora sus propios brazos, o esquiva los golpes de los adversarios, y sale con mirada vigilante. Quien estudia gobernar una nave en el mar con el timón, o conducirla con remos, primero ensaya en el río. Quien busca la suavidad del canto y la excelencia de la voz, primero despierta su voz cantando suavemente. Y quienes buscan la corona en la fuerza del cuerpo y en la lucha legítima, endurecen sus miembros con el uso diario del gimnasio, nutren la paciencia, se acostumbran al trabajo.

33. Esta misma naturaleza nos enseña en los niños que primero practican los sonidos del habla para aprender a hablar. Así, el sonido es un ejercicio y un entrenamiento de la voz. De igual manera, quienes desean aprender la prudencia al hablar, no deben negar lo que es natural: deben practicar lo que es de vigilancia; para que quienes están en la atalaya, se mantengan atentos observando, no durmiendo. Pues todo se incrementa con ejercicios propios y domésticos.

34. Por lo tanto, David no guardaba silencio siempre, sino según el momento: no continuamente, ni con todos; sino que no respondía al adversario provocador, al pecador que lo incitaba. Y, como dice en otro lugar (Salmo XXXVII, 13, 14), no escuchaba a los que hablaban vanidades y pensaban en el engaño, como si fuera sordo, y como si fuera mudo no abría su boca a ellos; porque en otro lugar tienes: No respondas al insensato según su insensatez, para que no te hagas semejante a él (Prov. XXVI, 4).

35. El primer deber, por tanto, es el modo de hablar. Este sacrificio de alabanza se ofrece a Dios, se muestra reverencia cuando se leen las Escrituras divinas, se honra a los padres. Sé que muchos hablan cuando no saben callar. Es raro que alguien guarde silencio cuando no le conviene hablar. El sabio, antes de hablar, considera muchas cosas: qué decir, a quién decirlo, en qué lugar y tiempo. Por lo tanto, hay un modo de callar y de hablar: también hay un modo de actuar. Es hermoso, por tanto, mantener la medida del deber.

## CAPÍTULO XI.

Se demuestra con testimonios de las Escrituras que todo deber es medio o perfecto: a lo cual se añade la alabanza de la misericordia y una exhortación a ella.

36. Todo deber es medio o perfecto, lo cual podemos probar igualmente con la autoridad de las Escrituras. Pues tenemos en el Evangelio que el Señor dijo: Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos. ¿Él dijo cuáles? Jesús le dijo: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio: honra a tu padre y a tu madre: y amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mat. XIX, 17 y ss.). Estos son deberes medios, a los cuales les falta algo.

37. Finalmente, el joven le dice: Todo esto lo he guardado desde mi juventud, ¿qué más me falta? Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, ve, vende todos tus bienes, y dáselos a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, sígueme (Ibid., XX, 21). Y más arriba (Mat. V, 44, 45) está escrito, donde dice que debemos amar a los enemigos, orar por los que nos calumnian y persiguen, y bendecir a los que maldicen; esto debemos hacer si queremos ser perfectos, como nuestro Padre que está en el cielo, que hace que su sol brille sobre buenos y malos, y que la lluvia y el rocío hagan fértiles las tierras de todos sin distinción. Este es, por tanto, el deber perfecto, que los griegos llamaron *κατόρθωμα*, por el cual se corrigen todos los errores que pudieron haber tenido algunos.

38. También es buena la misericordia, que también hace perfectos, porque imita al Padre perfecto. Nada recomienda tanto al alma cristiana como la misericordia. Primero hacia los pobres, como jueces comunes del parto de la naturaleza, que genera frutos de la tierra para el uso de todos; para que lo que tienes, lo compartas con el pobre, y ayudes a tu semejante y compañero. Tú das una moneda, él recibe vida: tú das dinero, él valora su sustancia. Tu denario es su patrimonio.

39. Además, él te da más a ti, siendo deudor de salvación. Si vistes al desnudo, te vistes a ti mismo de justicia. Si acoges al extranjero bajo tu techo, si recibes al necesitado: él te adquiere la amistad de los santos y tabernáculos eternos. No es una gracia mediocre. Siembras cosas corporales y recibes espirituales. ¿Te maravillas del juicio del Señor sobre el santo Job? Admira su virtud, quien podía decir: Yo era ojos para el ciego, pies para el cojo. Yo era padre de los enfermos, con la lana de mis corderos se calentaban sus hombros. El extranjero no habitaba fuera: mi puerta estaba abierta para todo el que venía (Job XXIX, 15, 16). Bienaventurado, ciertamente, aquel de cuya casa nunca salió un pobre con las manos vacías; pues nadie es más bienaventurado que quien entiende la necesidad del pobre y la miseria del débil y necesitado. En el día del juicio tendrá salvación del Señor, a quien tendrá como deudor de su misericordia.

## CAPÍTULO XII.

Para que nadie se desvíe de ejercer la misericordia, se muestra que Dios cuida de los actos de los hombres, y se demuestra con la autoridad de Job que cualquier malvado es miserable en la misma abundancia de riquezas.

40. Pero muchos se apartan del deber de la misericordia dispensadora, mientras piensan que el Señor no cuida de los actos del hombre, o que no sabe lo que hacemos en secreto, lo que guarda nuestra conciencia: o que su juicio no parece justo, cuando ven a los pecadores abundar en riquezas, gozarse en honores, salud, hijos: mientras que, por el contrario, los justos viven en pobreza, sin honores, sin hijos, enfermos de cuerpo, en frecuente luto.

41. No es una cuestión menor, ya que aquellos tres reyes amigos de Job, por eso lo declaraban pecador, porque lo veían hecho pobre de rico, privado de hijos de un padre fecundo, cubierto de llagas, horrorizado por las contusiones, marcado por heridas desde la cabeza hasta los pies (Job. IV, 3, 11, 14 y ss.). A quienes el santo Job propone esta afirmación: Si yo sufro esto por mis pecados, ¿por qué viven los impíos? Han envejecido, y en riquezas su descendencia según su voluntad, sus hijos ante sus ojos, sus casas abundan, pero no hay temor: el castigo del Señor no está en ellos (Job XXI, 7 y ss.).

42. Al ver esto, el débil de corazón se agita y desvía su empeño. De quien el santo Job, antes de hablar, dice: Sosténganme, y yo hablaré, luego mírenme. Pues aunque me reprendan, como hombre me reprenden. Sostengan, pues, el peso de mis palabras (Ibid., 1 y ss.). Pues diré lo que no apruebo: pero para refutarles, expondré palabras injustas. O ciertamente; porque así está el verso. ¿Pero qué? ¿Acaso soy reprendido por un hombre? es decir, el hombre no puede refutarme porque he pecado, aunque sea digno de reprensión; porque no me acusan de una culpa evidente, sino que juzgan mis méritos por las injurias. Viendo, pues, el débil que los injustos prosperan, mientras él sufre, dice al Señor: Apártate de mí, no quiero conocer tus caminos (Ibid., 14). ¿De qué sirve que te hayamos servido: o qué utilidad hay en que te hayamos encontrado? En sus manos están todos los bienes, pero no ve las obras de los impíos.

43. Se alaba en Platón que en su República puso a quien había asumido la parte de argumentar contra la justicia, pedir perdón por las palabras que no aprobaba, y decir que esa persona le fue impuesta por el bien de encontrar la verdad y examinar la discusión. Cicerón lo aprobó tanto que él mismo, en los libros que escribió sobre la República, pensó que debía hablar en ese sentido.

44. Cuánto más antiguo que ellos es Job, quien primero descubrió esto, y no por el adorno de la elocuencia, sino por la prueba de la verdad, consideró que debía ser anticipado. Y de inmediato él mismo resolvió la cuestión, añadiendo que se extinguirá la lámpara de los impíos, y que su ruina será futura (Job. XXI, 17): que Dios, maestro de sabiduría y disciplina, no se engaña, sino que es juez de la verdad (Ibidem, 22): y por eso no se debe estimar la felicidad de cada uno según la abundancia externa; sino según la conciencia interior, que discierne los méritos de los inocentes y los malvados, verdadero e incorrupto árbitro de penas y recompensas. Muere el inocente en el poder de su simplicidad, en la abundancia de su propia voluntad, llevando un alma llena como de grasa (Ibid., 23 y ss.). Pero el pecador, aunque abunde externamente, se disuelva en delicias, y fragüe en perfumes, vive en la amargura de su alma, y cierra su último día, sin llevar consigo nada de lo que haya disfrutado, nada bueno: no lleva consigo nada, excepto el precio de sus crímenes.

45. Pensando en esto, niega, si puedes, que sea la recompensa del juicio divino. Aquel es feliz por su afecto, este es miserable: aquel es absuelto por su juicio, este es culpable: aquel es feliz en su salida, este es triste. ¿Quién puede ser absuelto, si no es inocente para sí mismo? Decíme, dice, ¿dónde está la protección de sus tabernáculos (Job XXI, 28)? No se encontrará su señal. Pues la vida del malhechor es como un sueño. Abrió los ojos, pasó su descanso, se desvaneció su deleite: aunque el mismo descanso que se ve, incluso mientras viven, es el infierno de los impíos: pues viven descendiendo al infierno.

46. Ves el banquete del pecador, interroga su conciencia. ¿No huele más que todas las tumbas? Miras su alegría, y te maravillas de la salud de su cuerpo, de la abundancia de hijos y riquezas: observa las llagas y contusiones de su alma, y la tristeza de su corazón. Pues, ¿qué decir de las riquezas, cuando has leído: Porque la vida no consiste en la abundancia (Luc. XII, 15): cuando sabes que aunque te parezca rico, para sí mismo es pobre, y refuta tu juicio con el suyo? ¿Qué decir de la multitud de hijos, y de la indolencia; cuando él mismo se lamenta, y se juzga sin heredero, cuando no quiere que sus imitadores sean sus sucesores? No hay herencia para el pecador. Por lo tanto, el impío es su propio castigo: pero el justo es su propia gracia; y a ambos se les paga la recompensa de sus obras buenas o malas de sí mismos.

### CAPÍTULO XIII.

Se refutan las opiniones de los filósofos que niegan a Dios el cuidado del mundo entero o de alguna de sus partes.

47. Pero volvamos al tema, para que no parezca que hemos pasado por alto la división hecha, porque nos encontramos con la opinión de aquellos que, al ver a algunos malvados ricos, felices, honrados, poderosos, mientras muchos justos carecen de lo necesario y están enfermos, piensan que Dios no cuida de nosotros, como dicen los epicúreos: o que no conoce los actos de los hombres, como piensan los malvados: o si lo sabe todo, que es un juez injusto; ya que permite que los buenos carezcan, y que los malvados abunden. No fue un desvío superfluo, como una especie de excursión, para que el afecto de aquellos a quienes

juzgan felices respondiera a esta opinión, cuando ellos mismos se consideran miserables. Pues pensé que ellos mismos se creerían más fácilmente que a nosotros.

48. Habiendo recorrido esto, considero fácil refutar lo demás. Y primero su afirmación, que piensan que Dios no tiene cuidado del mundo, como Aristóteles afirma que su providencia desciende hasta la luna. ¿Y qué artífice descuida el cuidado de su obra? ¿Quién abandona y desampara lo que él mismo consideró digno de ser creado? Si es una injuria gobernar, ¿no es mayor injuria haberlo hecho; cuando no hacer algo no es ninguna injusticia, no cuidar lo que has hecho, es la máxima inclemencia?

49. Pero si niegan a Dios como su creador, o se consideran en el número de las fieras y bestias: ¿qué diremos de aquellos que se condenan a sí mismos con esta injuria? Ellos mismos afirman que Dios está en todas partes, y que todo subsiste en su poder, que su fuerza y majestad penetran todos los elementos, la tierra, el cielo, el mar: y piensan que es una injuria para él, si penetra la mente del hombre, a quien no nos ha dado nada más excelente, y que la ciencia de la majestad divina entre en ella?

50. Pero los filósofos que se consideran sobrios se burlan de su maestro como de un borracho, y defensor del placer. ¿Qué decir de la opinión de Aristóteles, que piensa que Dios está contento con sus propios límites, y vive según el modo prescrito de su reino, como dicen las fábulas de los poetas, que el mundo está dividido entre tres; que a unos les tocó el cielo, a otros el mar, a otros el infierno para ser gobernados por su imperio, por suerte: y que se cuidan de no usurpar la preocupación de las partes ajenas, para no provocar guerra entre ellos. De manera similar, pues, afirma que no tiene cuidado de la tierra, como no tiene del mar o del infierno. ¿Y cómo excluyen a los poetas que siguen?

#### CAPÍTULO XIV.

Se demuestra con testimonios de las Escrituras y con el ejemplo del sol, que aunque es una criatura, penetra todo con su luz o calor, que nada escapa al conocimiento de Dios.

51. Sigue esa respuesta, si Dios, si no ha pasado por alto el cuidado de su obra, la pasa por alto en conocimiento. ¿Entonces el que plantó el oído, no oye: el que formó el ojo, no ve, no considera?

52. Esta vana opinión no pasó desapercibida para los santos profetas. Por lo tanto, David los introduce hablando, a quienes afirma que están inflados de soberbia. Pues, ¿qué hay más soberbio que, estando ellos mismos bajo pecado, se indignen de que otros pecadores vivan, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo se gloriarán los pecadores (Salmo XCIII, 3)? Y más adelante: Y dijeron: No verá el Señor, ni entenderá el Dios de Jacob. A quienes el profeta responde diciendo: Entiendan ahora, insensatos del pueblo, y necios, alguna vez sean sabios. El que plantó el oído, ¿no oye: y el que formó el ojo, no considera? El que corrige a las naciones, ¿no reprende, el que enseña al hombre el conocimiento? El Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos (Ibid. 7 y ss.). El que descubre todo lo que es vano, ¿no sabe y desconoce lo que es santo, lo que él mismo hizo? ¿Puede un artífice ignorar su obra? El hombre es, y en su obra descubre lo oculto; ¿y Dios no conoce su obra? ¿Es más profundo el abismo en la obra que en el autor? ¿Y ha hecho algo que esté por encima de él, cuyo mérito el autor ignoraría, cuyo afecto el juez no conocería? Esto para ellos.

53. Pero para nosotros es suficiente el testimonio de él mismo, que dice: Yo soy el que escudriña los corazones y los riñones (Jerem. XVII, 10). Y en el Evangelio dice el Señor

Jesús: ¿Por qué piensan mal en sus corazones (Luc. V, 22)? Pues sabía que pensaban mal. Por lo tanto, el evangelista testimonia diciendo: Pues Jesús conocía sus pensamientos (Luc. VI, 8).

54. No puede mover suficientemente su opinión, si consideramos sus hechos. No quieren que haya un juez sobre ellos, a quien nada escape: no quieren darle el conocimiento de lo oculto, que temen que sus secretos sean revelados. Pero también el Señor, conociendo sus obras, los entregó a las tinieblas. En la noche, dice, será el ladrón. Y el ojo del adúltero guardará las tinieblas, diciendo: No me verá el ojo: y ha puesto un escondite para su persona (Job XXIV, 14, 15). Pues todo el que huye de la luz, ama las tinieblas, deseando ocultarse, cuando no puede ocultarse de Dios, que dentro del abismo profundo, y dentro de las mentes de los hombres, no solo conoce lo que se ha tratado, sino también lo que se va a pensar. Por lo tanto, también aquel que dice en el Eclesiástico: ¿Quién me ve? Y las tinieblas me cubren, y las paredes, ¿a quién temo (Ecli. XXIII, 25, 26)? aunque lo piense en su lecho, donde no lo esperaría, es atrapado. Y será, dice, una deshonra, que no entendió el temor de Dios (Ibid., 31).

55. ¿Y qué hay más necio que pensar que algo escapa a Dios; cuando el sol, que es ministro de la luz, penetra incluso lo oculto, y su calor irrumpe en los cimientos de la casa o en las cámaras secretas? ¿Quién negará que en la primavera el interior de la tierra, que el hielo invernal había endurecido, se calienta? Por lo tanto, conocen la fuerza oculta del calor o del frío, tanto que las raíces de los árboles se queman con el frío, o reverdecen con el calor del sol. Por lo tanto, cuando la clemencia del cielo sonríe, la tierra se desborda en diversos frutos.

56. Si, por lo tanto, el rayo del sol derrama su luz sobre toda la tierra, y se inserta en lo que está cerrado, y no es impedido por cerrojos de hierro o por los obstáculos de pesadas puertas, ¿cómo no puede el esplendor inteligible de Dios insertarse en los pensamientos y corazones de los hombres que él mismo creó, pero no ve lo que él mismo hizo, y ha hecho que sean mejores las cosas que fueron hechas, y más poderosas, que él mismo que las hizo, para que puedan, cuando quieran, ocultar el conocimiento de su creador? ¿Ha insertado, por tanto, tanta virtud y poder en nuestras mentes; que cuando quiera comprenderla, él mismo no pueda?

## CAPÍTULO XV.

A quienes les desagrada que a los buenos les vaya mal, y a los malos bien, se les muestra con el ejemplo de Lázaro y la autoridad de Pablo que las penas y recompensas se reservan para después de la vida.

57. Hemos resuelto dos cosas y, como creemos, no nos ha caído incongruentemente esta discusión. Queda un tercer tipo de cuestión de este tipo: ¿por qué los pecadores abundan en riquezas y bienes, banquetean continuamente, sin tristeza, sin luto; mientras que los justos carecen, y son afectados por la pérdida de esposas o hijos? A quienes debería satisfacer esa parábola del Evangelio, que el rico se vestía de púrpura y lino fino, y ofrecía banquetes copiosos todos los días: mientras que el pobre, lleno de llagas, recogía las sobras de su mesa. Pero después de la muerte de ambos, el pobre estaba en el seno de Abraham teniendo descanso, el rico en tormentos (Luc. XVI, 25). ¿No es evidente que las recompensas o castigos de los méritos permanecen después de la muerte?

58. Y con razón, porque en la competición hay trabajo, después de la competición, para algunos la victoria, para otros la ignominia. ¿Acaso antes de que se complete la carrera, se otorga a alguien la palma, o se entrega la corona? Con razón Pablo dice: He peleado la buena

batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe: por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez: no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida (II Tim. IV, 7, 8). En aquel día, dice, dará, no aquí. Aquí, sin embargo, en trabajos, en peligros, en naufragios, como buen atleta luchaba; porque sabía que por muchas tribulaciones debemos entrar en el reino de Dios. Por lo tanto, nadie puede recibir el premio, a menos que haya competido legítimamente; ni es gloriosa la victoria, a menos que haya habido competiciones laboriosas.

## CAPÍTULO XVI.

Confirmado lo que se dijo antes sobre las recompensas y castigos, se añade que no es de extrañar si a quienes no se les destina una recompensa en el futuro, aquí no trabajan ni luchan: y se añade que por eso se les conceden bienes temporales, para que no quede ninguna excusa.

59. ¿No es injusto quien otorga un premio antes de que la competencia haya concluido? Por eso el Señor en el Evangelio dice: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). No dijo: Bienaventurados los ricos, sino los pobres. La bienaventuranza comienza, según el juicio divino, donde se considera la miseria humana. Bienaventurados los que tienen hambre, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia de Dios. Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando os injurien, os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros por causa de la justicia. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo (Ibid., 5 y ss.). Prometió que la recompensa será futura, no presente: en el cielo, no en la tierra. ¿Por qué pides en otro lugar lo que se debe en otro lugar? ¿Por qué exiges la corona antes de vencer? ¿Por qué deseas limpiar el polvo? ¿Por qué anhelas descansar? ¿Por qué deseas banquetes antes de que se cierre el estadio? Aún el pueblo observa, aún los atletas están en la palestra, y tú ya buscas el ocio.

60. Pero tal vez digas: ¿Por qué los impíos se alegran? ¿Por qué se entregan al lujo? ¿Por qué ellos no trabajan conmigo? Porque quienes no se han inscrito para la corona, no están obligados al trabajo de la competencia: quienes no han descendido al estadio, no se ungen con aceite, no se cubren de polvo. A quienes les espera la gloria, les aguarda la injuria. Los ungidos suelen mirar, no luchar: no soportan el sol, el calor, el polvo y las lluvias. Que los atletas les digan entonces: Venid, trabajad con nosotros. Pero los espectadores responderán: Nosotros aquí, mientras tanto, os juzgamos: vosotros, sin nosotros, reclamaréis la gloria de la corona, si vencéis.

61. Aquellos, pues, que han puesto su empeño en los placeres, en el lujo, en los robos, en los negocios, en los honores, son más espectadores que luchadores. Tienen el lucro del trabajo, pero no el fruto de la virtud. Fomentan el ocio, acumulan montones de riquezas con astucia e iniquidad: pero pagarán, aunque tarde, la pena de su maldad. Su descanso está en los infiernos, el tuyo en el cielo: su casa está en el sepulcro, la tuya en el paraíso. Por eso Job dijo bellamente que vigilan en el sepulcro (Job XXI, 32); porque no pueden tener el sueño del descanso, que durmió aquel que resucitó.

62. No pienses, pues, como un niño, ni hables como un niño, ni pienses como un niño, ni juzgues como un niño las cosas de la edad posterior. La corona es de los perfectos. Espera a

que llegue lo perfecto, cuando no a través de una imagen en un enigma, sino cara a cara puedas reconocer la forma misma de la verdad revelada. Entonces se revelará por qué aquel era rico, siendo injusto y ladrón de lo ajeno, por qué otro era poderoso, por qué aquel abundaba en hijos, aquel estaba sostenido por honores.

63. Tal vez para que se diga al ladrón: Eras rico, ¿por qué robabas lo ajeno? La necesidad no te obligó, la pobreza no te forzó. ¿No te hice rico para que no pudieras tener excusa? También se dirá al poderoso: ¿Por qué no asististe a la viuda, a los huérfanos que sufrían injusticia? ¿Acaso eras débil? ¿Acaso no podías socorrer? Te hice poderoso para que no infligieras violencia, sino que la repelieras. ¿No está escrito para ti: Libera al que sufre injusticia (Eclo. IV, 9)? ¿No está escrito para ti: Librad al pobre y al necesitado de la mano del pecador (Sal. LXXXI, 4)? También se dirá al que abunda: Te colmé de hijos y honores, te concedí la salud del cuerpo; ¿por qué no seguiste mis preceptos? Siervo mío, ¿qué te hice, o en qué te contristé? ¿No te di hijos, te conferí honores, te otorgué salud; por qué me negabas? ¿Por qué pensabas que lo que hacías no llegaría a mi conocimiento: por qué retenías mis dones, despreciabas mis mandamientos (Miq. VI, 3 y ss.)?

64. Finalmente, de Judas el traidor se puede deducir esto, quien fue elegido apóstol entre los doce, y tenía a su cargo la bolsa de dinero que debía distribuir a los pobres, para que no pareciera que traicionó al Señor por deshonor o necesidad. Y por eso, para que el Señor fuera justificado en él, le confirió estas cosas; para que no, como si fuera exasperado por una injuria, sino como transgresor de la gracia, fuera más culpable de ofensa.

## CAPÍTULO XVII.

Se proponen los deberes del joven y ejemplos adecuados a esa edad.

65. Puesto que ha quedado suficientemente claro que habrá castigo para la maldad y premio para la virtud, comencemos a hablar de los Deberes; que debemos observar desde la juventud, para que crezcan con la edad. Es propio de los buenos jóvenes tener temor de Dios, respetar a los padres, honrar a los ancianos, guardar la castidad, no despreciar la humildad, amar la clemencia y la modestia, que son ornamento de la menor edad. Así como en los ancianos la gravedad, en los jóvenes la alegría; así en los adolescentes la modestia se recomienda como una especie de dote natural.

66. Isaac temía al Señor, como descendiente de Abraham, respetando a su padre hasta el punto de no rehusar la muerte contra la voluntad paterna (Gén. XXII, 9 y ss.). José, aunque soñó que el sol, la luna y las estrellas lo adoraban, sin embargo, con diligente obediencia respetaba a su padre (Gén. XXXVII, 6 y ss.): casto hasta el punto de no querer escuchar ni siquiera una palabra impúdica: humilde hasta la servidumbre, modesto hasta la huida, paciente hasta la cárcel, indulgente en la injuria hasta la recompensa. Su modestia fue tal que, atrapado por una mujer, prefirió dejar su ropa en sus manos al huir, que abandonar su modestia (Gén. XXXIX, 8 y ss.). Moisés y Jeremías también fueron elegidos por el Señor para predicar los oráculos de Dios al pueblo, lo que podían hacer por gracia, lo excusaban por modestia (Éxod. IV, 10; Jer. I, 6).

## CAPÍTULO XVIII.

Sobre las partes de la modestia: cómo moderar el discurso y el silencio, acompañar la castidad, recomendar nuestras oraciones a Dios, moderar los movimientos corporales; donde se relata una historia de dos clérigos digna de observación: luego se añade cómo debe

componerse el andar a partir de la misma virtud, y cuánta precaución debe tomarse para que nada indecoroso se pronuncie con la boca o se descubra en el cuerpo: y todo esto se ilustra con ejemplos muy apropiados.

67. La virtud de la modestia es hermosa y su gracia es dulce, que no solo se observa en los hechos, sino también en los mismos discursos; para que no te excedas en el modo de hablar, para que tu discurso no resuene con algo indecoroso. Pues el espejo de la mente a menudo resplandece en las palabras. La misma modestia equilibra el tono de la voz, para que una voz más fuerte no ofenda el oído de nadie. Finalmente, en el mismo género de canto, la primera disciplina es la modestia: incluso en todo uso del habla; para que alguien comience a cantar, a entonar salmos, o finalmente a hablar, poco a poco; para que los principios modestos recomienden el progreso.

68. El mismo silencio, en el que hay ocio de las demás virtudes, es el mayor acto de modestia. Pues si se considera de la infancia o de la soberbia, se toma como reproche: si de la modestia, se considera como alabanza. Susana callaba en los peligros, y consideraba más grave la pérdida de la modestia que la de la vida, ni pensaba que la salvación debía protegerse a costa del peligro del pudor. Solo hablaba con Dios (Dan. XIII, 35), a quien la casta modestia podía expresar: rehuía mirar los rostros de los hombres; pues hay modestia también en los ojos, de modo que la mujer no quiera ver a los hombres, ni ser vista.

69. Y no piense nadie que esta alabanza es solo de la castidad. Pues la modestia es compañera de la castidad, cuya sociedad hace que la castidad misma sea más segura. La buena vergüenza es compañera de la castidad que, si se presenta ante los primeros peligros, no permite que la castidad sea violada. Esta, en el mismo inicio del conocimiento, recomienda a la madre del Señor a los lectores, y como testigo fidedigno, afirma que era digna de ser elegida para tal misión: que en su habitación, sola, saludada por el ángel, calla, y se conmueve en su entrada, que ante la apariencia de un hombre extraño se turba el aspecto de la Virgen (Luc. I, 20 y ss.). Así, aunque era humilde, por modestia no devolvió el saludo al que la saludaba, ni dio respuesta alguna, sino donde conoció sobre la concepción del Señor; para aprender la calidad del efecto, no para responder con palabras.

70. En nuestra misma oración, la modestia agrada mucho, mucho concilia la gracia ante nuestro Dios. ¿No prefirió esto al publicano, y lo recomendó porque no se atrevía a levantar sus ojos al cielo? Por eso es justificado más por el juicio del Señor que aquel fariseo, a quien deformó la presunción (Luc. XVIII, 13, 14). Por eso oremos en la incorruptibilidad de un espíritu tranquilo y modesto, que es valioso ante Dios, como dice Pedro (I Ped. III, 4). Gran modestia, que aunque sea más indulgente consigo misma, no usurpando nada, no reclamando nada, y de algún modo más contenida dentro de sus fuerzas, es rica ante Dios, ante quien nadie es rico. La modestia es rica, porque es parte de Dios. Pablo también ordenó que la oración se lleve con modestia y sobriedad. Quiere que esta sea la primera y como previa de la futura oración, para que la oración del pecador no se gloríe: sino que, como cubierta por el color del pudor, cuanto más defiere a la modestia por el recuerdo del delito, más abundante gracia merezca (Tim. II, 9).

71. También en el mismo movimiento, gesto, andar, debe mantenerse la modestia. Pues el estado del cuerpo revela el hábito de la mente. De aquí que el hombre oculto de nuestro corazón sea estimado como más ligero, más jactancioso, más turbulento: o por el contrario, más grave, más constante, más puro, más maduro. Así, el movimiento del cuerpo es una especie de voz del alma.

72. Recordáis, hijos, a cierto amigo, que aunque parecía recomendarse con diligentes oficios; sin embargo, solo por esto no fue recibido por mí en el clero, porque su gesto era muy indecoroso: también a otro, cuando lo encontré en el clero, ordené que nunca me precediera; porque con una especie de insolente paso hería mis ojos. Y lo dije cuando se le devolvió al cargo después de la ofensa. Solo esto exceptué, y no me engañó el juicio; pues ambos se apartaron de la Iglesia, para que tal como se revelaban en su andar, tal demostraran ser en la perfidia de su ánimo. Pues uno, en el tiempo de la persecución arriana, abandonó la fe: el otro, por amor al dinero, para no someterse al juicio sacerdotal, nos negó. Resplandecía en su andar la imagen de la ligereza, una especie de apariencia de bufones corriendo.

73. Hay también quienes, caminando lentamente, imitan los gestos de los actores, y como ciertos desfiles de pompas, y movimientos de estatuas oscilantes, de modo que cada vez que dan un paso, parecen guardar ciertos ritmos.

74. Tampoco considero honesto caminar apresuradamente, a menos que lo exija una causa de peligro, o una justa necesidad. Pues a menudo vemos a los que se apresuran torcer sus rostros con jadeos, y si les falta una causa necesaria de apresuramiento, es motivo de justa ofensa. Pero no hablo de aquellos cuya rara prisa nace de una causa: sino de aquellos en quienes es continua y se convierte en naturaleza. Ni en aquellos apruebo las figuras de estatuas, ni en estos las ruinas de los derribados.

75. Hay también un andar aceptable, en el que hay apariencia de autoridad, peso de gravedad, huella de tranquilidad; pero si falta el estudio y la afectación, sino que el movimiento sea puro y simple; pues nada fingido agrada. Que la naturaleza informe el movimiento. Si hay algún defecto en la naturaleza, que la industria lo corrija; que falte el arte, no la corrección.

76. Pero si estas cosas se consideran más profundamente, cuánto más se debe evitar que algo indecoroso salga de la boca; pues esto mancha gravemente al hombre. No es el alimento lo que mancha, sino la injusta detracción, la obscenidad de las palabras. Esto es vergonzoso incluso para el vulgo. En nuestro oficio, ninguna palabra que caiga indecorosamente no debe incitar a la modestia. Y no solo no debemos hablar nada indecoroso, sino que tampoco debemos prestar oído a tales palabras: como José, para no escuchar lo que no era acorde a su modestia, huyó dejando su ropa (Gén. XXXIX, 12); pues quien se deleita en escuchar, provoca a otro a hablar.

77. Comprender también lo que es indecoroso, es de gran pudor. Ver si algo de este tipo ocurre fortuitamente, ¡cuánto horror causa! Lo que, por tanto, desagrade en otros, ¿puede agradar en uno mismo? ¿No nos enseña la misma naturaleza? que ha explicado perfectamente todas las partes de nuestro cuerpo; para atender a la necesidad y embellecer la gracia. Pero sin embargo, aquellas que son decorosas a la vista, en las que el ápice de la forma está como en una cierta cima, y la suavidad de la figura, y el uso de la obra está más preparado, las dejó visibles y abiertas: pero aquellas en las que está el servicio de la necesidad natural, para que no ofrecieran un espectáculo deforme de sí mismas, en parte las ocultó y escondió en el mismo cuerpo, en parte enseñó y aconsejó que se cubrieran.

78. ¿No es, pues, la misma naturaleza maestra de la modestia? Con su ejemplo, la modestia de los hombres (que creo que se llama así por el modo de saber lo que conviene) cubrió y ocultó lo que encontró oculto en esta estructura de nuestro cuerpo; como aquella puerta que debía hacerse de lado en el arca de Noé, dicho al justo (Gén. 6, 16); en la que está la figura de la Iglesia, o de nuestro cuerpo: por la cual puerta se expulsan los restos de los alimentos. Así, el artífice de la naturaleza se preocupó tanto por nuestra modestia, así guardó lo decoroso y

honesto en nuestro cuerpo, que relegó ciertos conductos y salidas de nuestros túneles detrás, y los apartó de nuestra vista, para que la purgación del vientre no ofendiera la vista de los ojos. De lo cual el Apóstol dijo bellamente: Las partes del cuerpo que parecen más débiles, son más necesarias: y las que consideramos menos honorables, a estas les damos mayor honor: y las que son menos decorosas, tienen mayor decoro (I Cor. XII, 23). Pues la industria, imitando a la naturaleza, aumentó la gracia. Lo que en otro lugar también interpretamos más profundamente (Lib. I de Noé y el Arca, cap. 8), para que no solo ocultemos de la vista, sino que también consideremos indecoroso nombrar con sus propios nombres los indicios y usos de los miembros que hemos recibido para ocultar.

79. Finalmente, si estas partes se descubren por casualidad, la modestia se confunde: si por intención, se considera impudencia. Por eso el hijo de Noé, Cam, sufrió una ofensa, porque al ver a su padre desnudo se rió: pero los que cubrieron a su padre, recibieron la gracia de la bendición (Gén. IX, 22 y ss.). De ahí que en Roma y en muchas ciudades hubo la antigua costumbre de que los hijos adultos no se bañaran con los padres, ni los yernos con los suegros, para que no se disminuyera la autoridad de la reverencia paterna: aunque muchos se cubren tanto como pueden incluso en el baño; para que ni allí donde todo el cuerpo está desnudo, esta parte quede descubierta.

80. Los sacerdotes también, según la antigua costumbre, como leemos en Éxodo, recibían calzones, como fue dicho a Moisés por el Señor: Y harás para ellos calzones de lino, para cubrir la desnudez de su pudor. Desde los lomos hasta los muslos serán, y los llevará Aarón y sus hijos cuando entren en el tabernáculo del Testimonio: y cuando se acerquen a sacrificar en el altar del Santuario, y no incurrirán en pecado, para que no mueran (Éxod. XVIII, 42, 43). Lo que algunos de los nuestros aún se dice que observan: muchos lo interpretan espiritualmente como una advertencia de modestia y custodia de la castidad.

## CAPÍTULO XIX.

Cómo se describe lo decoroso por el Orador: si y cuánto contribuye la belleza a la virtud: finalmente, qué cuidado debe tomarse para que no aparezca nada afectado o afeminado en nosotros.

81. Me ha deleitado detenerme más tiempo en las partes de la modestia; porque hablaba con vosotros, que o reconocéis sus bienes en vosotros mismos, o ignoráis sus daños. Que siendo apta para todas las edades, personas, tiempos y lugares, sin embargo, decora especialmente a los adolescentes y a los años juveniles.

82. En toda edad debe observarse que lo que hagas sea decoroso y conveniente, y que el orden de tu vida se ajuste a sí mismo. Por eso Cicerón también cree que debe observarse el orden en ese decoro: y dice que está puesto en la belleza, el orden, el adorno adecuado a la acción: que es difícil de explicar hablando, y por eso basta con entenderlo.

83. No entiendo bien por qué puso la belleza, aunque él también alaba las fuerzas del cuerpo. Ciertamente nosotros no ponemos en la belleza del cuerpo el lugar de la virtud, pero no excluimos la gracia; porque la modestia suele cubrir de rubor incluso los rostros, y hacerlos más agradables. Pues así como el artesano suele trabajar mejor en un material más adecuado, así la modestia también resalta más en el mismo decoro del cuerpo; pero de modo que tampoco el mismo decoro del cuerpo sea afectado: sino natural, simple, más descuidado que buscado, no ayudado por vestimentas preciosas y blancas, sino comunes; para que a la honestidad o necesidad no le falte nada, ni se añada nada al brillo.

84. La voz misma no debe ser débil, ni quebrada, ni sonar femenina, como muchos suelen simular con apariencia de gravedad, sino que debe conservar una forma y regla y vigor viril. Esto es mantener la belleza de vivir, devolver a cada sexo y persona lo que le es conveniente. Este es el mejor orden de los gestos, este es el adorno adecuado para toda acción. Pero así como no apruebo un tono de voz o un gesto del cuerpo afeminado y quebrado; tampoco uno rudo y campesino. Imitemos la naturaleza: su imagen es la forma de la disciplina, la forma de la honestidad.

## CAPÍTULO XX.

Para conservar la modestia, se deben evitar las compañías de hombres intemperantes, los banquetes de extraños y el trato con mujeres: pero nuestro ocio debe emplearse en casa en estudios piadosos y honestos.

85. La modestia ciertamente tiene sus escollos, no los que ella trae, sino los que a menudo encuentra; si caemos en la compañía de los intemperantes, que bajo la apariencia de alegría infunden veneno a los buenos. Si estos son asiduos, y especialmente en el banquete, el juego y la broma, debilitan aquella gravedad viril. Evitemos, pues, que mientras queremos relajar el ánimo, disolvamos toda la armonía, como un cierto concierto de buenas obras; pues el uso pronto inclina la naturaleza.

86. Por lo tanto, considero prudente que los hechos se ajusten a las normas eclesiásticas, y especialmente a los deberes de los ministros, evitando los banquetes de extraños: ya sea para que ustedes mismos sean hospitalarios con los peregrinos, o para que con tal precaución no haya lugar para el oprobio. Los banquetes de extraños, en efecto, implican ocupaciones y también revelan el deseo de banquete. Frecuentemente se infiltran conversaciones sobre el mundo y los placeres: no puedes cerrar los oídos, prohibirlo se considera arrogancia. También se infiltran, contra la voluntad, las copas. Es mejor excusarse una vez en tu casa que frecuentemente en la ajena: y aunque te levantes sobrio, no debe tu presencia ser condenada por la insolencia ajena.

87. No es necesario que los jóvenes visiten las casas de viudas y vírgenes, salvo por motivos de visita, y esto con los mayores, es decir, con el obispo, o si la causa es más grave, con los presbíteros. ¿Por qué es necesario dar lugar a la crítica de los seculares? ¿Por qué es necesario que esas visitas frecuentes adquieran autoridad? ¿Qué pasa si alguna de ellas cae en desgracia? ¿Por qué asumir la envidia por la caída ajena? ¿Cuántos incluso fuertes han sido engañados por la seducción! ¿Cuántos no han dado lugar al error, pero sí a la sospecha!

88. ¿Por qué no dedicar el tiempo libre de la Iglesia a la lectura? ¿Por qué no visitar a Cristo, hablar con Cristo, escuchar a Cristo? Hablamos con Él cuando oramos, lo escuchamos cuando leemos los oráculos divinos. ¿Qué tenemos que ver con casas ajenas? Hay una casa que acoge a todos. Que vengan a nosotros quienes nos buscan. ¿Qué tenemos que ver con las fábulas? Hemos recibido el ministerio de los altares de Cristo, no el servicio a los hombres.

89. Nos conviene ser humildes, amables, mansos, serios, pacientes, mantener la moderación en todo; para que ningún vicio en las costumbres sea anunciado ni por el rostro silencioso ni por la palabra.

## CAPÍTULO XXI.

La ira debe ser prevenida antes de que surja; si ha surgido, debe ser reprimida y mitigada: si no podemos lograrlo, al menos debemos controlar la lengua de los insultos; para que nuestros impulsos sean como las conmociones infantiles. Se recuerda la frase de Arquíta y se muestra que David lo precedió en esta materia con hechos y escritos.

90. Debe evitarse la ira, o si no puede evitarse, debe ser contenida; porque la indignación es una mala tentación del pecado: perturba tanto el ánimo que no deja lugar a la razón. Lo primero es, si es posible, que la tranquilidad de las costumbres se convierta en naturaleza mediante el uso, el afecto y el propósito. Luego, dado que el impulso está tan profundamente arraigado en la naturaleza y las costumbres que no puede ser arrancado ni evitado: si se puede prever, debe ser reprimido con razón. O si el ánimo ha sido ocupado por la indignación antes de que el consejo pueda prever y prevenir que sea ocupado: medita cómo vencer el impulso de tu ánimo, cómo moderar la ira. Resiste la ira, si puedes: cede, si no puedes; porque está escrito: "Dejad lugar a la ira" (Rom. XII, 19).

91. Jacob cedió piadosamente a su hermano indignado (Gen. XXVII, 42 y ss.), y siguiendo el consejo de Rebeca, es decir, de la paciencia, prefirió ausentarse y peregrinar antes que provocar la indignación de su hermano; y regresar cuando pensara que su hermano estaba apaciguado. Y por eso encontró tanta gracia ante Dios. ¿Con qué servicios, con cuántos regalos se reconcilió con su hermano; para que él no recordara la bendición arrebatada, sino la satisfacción ofrecida (Gen. XXXII, 3 y ss.)?

92. Por lo tanto, si la ira te ha prevenido y ocupado la mente, y ha subido en ti, no dejes tu lugar. Tu lugar es la paciencia, tu lugar es la sabiduría, tu lugar es la razón, tu lugar es la calma de la indignación. O si la contumacia del que responde te ha movido, y la perversidad te ha impulsado a la indignación: si no puedes calmar la mente, reprime tu lengua. Pues está escrito: "Refrena tu lengua del mal, y tus labios no hablen engaño. Luego busca la paz, y síguela" (Sal. XXXIII, 14, 15). Mira esa paz de Jacob santo, con la que primero calmaste tu ánimo: si no prevaleciste, impón frenos a tu lengua: luego no omitas el esfuerzo de la reconciliación. Estos oradores del siglo han tomado de nosotros y puesto en sus libros: pero ese sentido tiene gracia, quien lo dijo primero.

93. Evitemos, pues, o moderemos la ira; para que no haya excepción en sus alabanzas, ni exageración en sus vicios. No es poca cosa mitigar la ira: no es inferior a no conmoverse en absoluto. Esto es nuestro, aquello es de la naturaleza. Por lo tanto, las conmociones en los niños son inofensivas, tienen más gracia que amargura. Y si los niños se conmueven rápidamente entre sí, se calman fácilmente, y regresan con mayor dulzura. No saben tratarse con engaño y artificio. No desprecien a estos niños, de quienes el Señor dijo: "Si no os convertís y os hacéis como este niño, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. XVIII, 3). Así que el mismo Señor, es decir, la virtud de Dios, como un niño, cuando fue maldecido, no maldijo; cuando fue golpeado, no golpeó (I Pedro II, 23). Así, compórtate de manera que, como un niño, no guardes rencor, no ejerzas malicia: que todo lo que provenga de ti sea inocente. No consideres lo que de otros regresa a ti. Guarda tu lugar, custodia la simplicidad y pureza de tu corazón. No respondas al iracundo con su ira, ni al imprudente con su imprudencia. Rápidamente, la culpa expulsa la culpa. Si frotas piedras, ¿no surge el fuego?

94. Se dice que los gentiles, como suelen exagerar todo con palabras, mencionan la frase del filósofo Arquíta de Tarento, que dijo a su mayordomo: "¡Oh, infeliz de ti, a quien afligiría, si no estuviera enojado!" Pero David ya había contenido su mano armada en la indignación (I Sam. XXV, 32). Y cuánto más es no maldecir que no vengarse. Y los guerreros preparados para la venganza contra Nabal, Abigail los había disuadido con su súplica. De donde

advertimos que debemos no solo ceder a las intercesiones oportunas, sino también deleitarnos con ellas. Tanto se deleitó que bendijo a la intercesora por haber sido disuadido de su deseo de venganza.

95. Ya había dicho de sus enemigos: "Porque se volvieron contra mí con iniquidad, y en ira me molestaban" (Sal. LIV, 4). Escuchemos lo que dijo turbado en ira: "¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré?" (Ibid., 7). Ellos provocaban a la ira, él elegía la tranquilidad.

96. Ya había dicho: "Enójense, pero no pequen" (Sal. IV, 5). El maestro moral, que sabía que el afecto natural debía ser más bien inclinado por la razón de la doctrina que extirpado, enseña moralidad; esto es, enójense donde hay culpa, a quien deben enojarse. No puede ser que no nos movamos por la indignación de las cosas: de lo contrario, no se juzga virtud, sino lentitud y relajación. Enójense, pues, de manera que se abstengan de la culpa. O así: Si se enojan, no pequen, sino venzan la ira con razón. O ciertamente así: Si se enojan, enójense con ustedes mismos, porque se han conmovido, y no pecarán. Porque quien se enoja consigo mismo, porque se conmovió rápidamente, deja de enojarse con otro: pero quien quiere probar que su ira es justa, se inflama más, y rápidamente cae en culpa. Sin embargo, es mejor, según Salomón (Prov. XVI, 32), quien contiene la ira que quien toma una ciudad; porque la ira también engaña a los fuertes.

97. Debemos, por lo tanto, tener cuidado de no caer en perturbaciones antes de que la razón componga nuestros ánimos; porque la ira, el dolor o el miedo a la muerte a menudo desaniman la mente y la golpean con un golpe inesperado. Por eso es hermoso prevenir con el pensamiento, que ejercita la mente al reflexionar; para que no se excite con conmociones repentinas, sino que, atada por el yugo de la razón y las riendas, se calme.

## CAPÍTULO XXII.

Sobre los pensamientos y el apetito: y sobre mantener la decencia en el discurso durante la conversación y la discusión.

98. Hay, sin embargo, dos tipos de movimientos, es decir, de pensamientos y de apetito: unos de pensamientos, otros de apetito: no confusos, sino distintos y diferentes. Los pensamientos tienen la tarea de buscar la verdad, y como de molerla: el apetito impulsa y excita a hacer algo. Por lo tanto, por su propia naturaleza, los pensamientos infunden tranquilidad de calma, y el apetito excita el movimiento de actuar. Así, pues, debemos estar formados de manera que el pensamiento de cosas buenas entre en el ánimo: que el apetito obedezca a la razón (si realmente queremos atender a esa decencia), para que el afecto de alguna cosa no excluya la razón: sino que la razón examine lo que conviene a la honestidad.

99. Y dado que dijimos que mirar por la conservación de la decencia, para saber en hechos y palabras cuál es la medida: el orden de hablar es anterior al de actuar; el discurso se divide en dos, en conversación familiar y en tratado y discusión de fe y justicia. En ambos debe evitarse cualquier perturbación: sino que el discurso debe ser como manso y apacible, lleno de benevolencia y gracia, sin ninguna contumelia. Que esté ausente la contención obstinada en la conversación familiar; porque las cuestiones suelen excitar más vanidades que aportar alguna utilidad. Que la discusión sea sin ira, la suavidad sin amargura, la advertencia sin aspereza, la exhortación sin ofensa. Y así como en todo acto de la vida debemos evitar que un exceso de ánimo excluya la razón, sino que mantengamos el lugar del consejo: así también en

el discurso conviene mantener esa fórmula, para que no se excite la ira, el odio, o se expresen indicios de nuestra codicia o pereza.

100. Que el discurso sea, pues, de este tipo, principalmente de las Escrituras. ¿Qué más nos conviene hablar, que sobre la mejor conducta, la exhortación a la observancia, la custodia de la disciplina? Que tenga su principio en la razón y su fin en la medida. Porque un discurso tedioso excita la ira. ¡Qué indecoroso es que, cuando toda conversación suele tener un incremento de gracia, tenga una mancha de ofensa!

101. También el tratado sobre la doctrina de la fe, sobre la enseñanza de la continencia, sobre la discusión de la justicia, la exhortación a la diligencia, no debe ser siempre el mismo, sino que, como se dé la lectura, debemos tomarlo y, según podamos, proseguirlo: ni demasiado prolijo, ni interrumpido rápidamente; para que no deje fastidio, ni revele desidia e incuria. Que la oración sea pura, simple, clara y manifiesta, llena de gravedad y peso: no con elegancia afectada, pero no sin gracia.

### CAPÍTULO XXIII.

Los chistes, aunque a veces sean honestos, deben ser completamente proscritos en los hombres eclesiásticos: además, la voz debe ser pura y simple.

102. Además, los hombres seculares dan muchos preceptos sobre la razón de hablar, que creo debemos pasar por alto, como sobre la disciplina de bromear. Porque aunque a veces los chistes honestos y agradables sean, sin embargo, son ajenos a la regla eclesiástica; ya que lo que no encontramos en las Sagradas Escrituras, ¿cómo podemos usarlo?

103. También deben evitarse en las fábulas, para que no desvíen la gravedad de un propósito más severo. "¡Ay de vosotros, que reís, porque lloraréis!" (Luc. VI, 21), dice el Señor: ¿y nosotros buscamos materia para reír, para que aquí riendo, allí lloremos? No solo los chistes profusos, sino también todos los chistes deben ser evitados, a menos que tal vez un discurso lleno de suavidad y gracia no sea indecoroso.

104. Porque, ¿qué puedo decir de la voz, que creo que debe ser simple y pura: que sea sonora es cuestión de naturaleza, no de industria. Que sea ciertamente distinta en el modo de pronunciación, y llena de vigor viril; para que evite el sonido rústico y agreste, no para que afecte el ritmo escénico, sino que conserve el místico.

### CAPÍTULO XXIV.

Tres cosas deben observarse en los actos de la vida, a saber, que el apetito esté sujeto a la razón, que se mantenga la justa moderación en los estudios, y finalmente que cada cosa se haga en su tiempo y orden. Todo esto brilló tanto en los santos del Antiguo Testamento, que es evidente que estaban excelentemente instruidos en las virtudes cardinales, como las llaman.

105. Creo que se ha dicho lo suficiente sobre la razón de hablar, ahora consideremos qué es conveniente en la acción de la vida. Vemos que en este género se deben observar tres cosas: una, que el apetito no se oponga a la razón; pues solo así nuestros deberes pueden ajustarse a esa decencia. Porque si el apetito obedece a la razón, fácilmente se puede conservar lo que conviene en todos los deberes. Luego, que no se emprenda con mayor estudio del que la cosa misma requiere, ni con menor: para que no parezca que hemos emprendido algo pequeño con gran ambición, o algo grande con menor esfuerzo. Tercero, sobre la moderación de nuestros

estudios y obras: sobre el orden de las cosas y la oportunidad de los tiempos, no creo que deba ser ignorado.

106. Pero lo primero es como el fundamento de todo, que el apetito obedezca a la razón: el segundo y el tercero son lo mismo, es decir, en ambos hay moderación. Porque en nosotros está vacante la contemplación de la especie liberal, que se considera belleza y dignidad. Sigue el orden de las cosas, y la oportunidad de los tiempos. Por lo tanto, hay tres cosas que debemos ver si podemos enseñar que se han cumplido en alguno de los santos.

107. Primero, el mismo padre Abraham, que fue formado e instruido para el magisterio de la futura sucesión, ordenado a salir de su tierra, de su parentela y de la casa de su padre (Gen. XII, 1 y ss.); ¿no mostró un apetito obediente a la razón, aunque estaba atado por el afecto de la multiplicada parentela? ¿A quién no deleitaría la gracia de su tierra, de su parentela, de su propia casa? Y así, lo deleitaba la dulzura de los suyos, pero lo movía más la consideración del imperio celestial y la recompensa eterna. ¿No consideraba a su esposa débil para los trabajos, tierna para las injurias, hermosa para los incentivos de los insolentes, sin poder ser llevada sin el mayor peligro? Y sin embargo, juzgó más prudente asumir todo que excusarse. Luego, cuando descendió a Egipto, le aconsejó que dijera que era su hermana, no su esposa.

108. Observa, cuánto apetito. Temía por el pudor de su esposa, temía por su propia seguridad, sospechaba de las libidines de los egipcios; y sin embargo, prevaleció en él la razón de cumplir con la devoción. Consideró que con el favor de Dios podía estar seguro en todas partes, pero con Dios ofendido, ni siquiera en casa podía permanecer ileso. Así, la razón venció al apetito y lo mostró obediente.

109. Habiendo capturado a su sobrino, no aterrorizado ni turbado por los pueblos de tantos reyes, repitió la guerra: habiendo obtenido la victoria, rechazó la parte del botín de la cual él mismo fue autor (Gen. XIV, 14 y ss.). También, con la promesa de un hijo, cuando consideraba las fuerzas de su cuerpo muerto, la esterilidad de su esposa, y la extrema vejez, creyó en Dios incluso contra el uso de la naturaleza (Gen. XV, 6).

110. Observa que todo concuerda. El apetito no faltó, pero fue reprimido: un ánimo igual para las acciones, que no considerara grandes por pequeñas, ni menores por grandes, moderación para los negocios, orden de las cosas, oportunidad de los tiempos, medida de las palabras. Primero en fe, destacado en justicia, valiente en la batalla, no avaro en la victoria, hospitalario en casa, diligente con su esposa.

111. También su santo sobrino Jacob se deleitaba en vivir seguro en casa: pero su madre quiso que peregrinara, para dar lugar a la ira fraterna (Gen. XXVII, 24 y ss.). La salud del consejo venció al apetito. Exiliado de casa, fugitivo de sus padres, sin embargo, en todas partes mantuvo la medida adecuada para los negocios y reservó la oportunidad para los tiempos. Aceptado en casa por sus padres, para que uno, provocado por la madurez del servicio, diera la bendición, el otro se inclinara por amor piadoso (Gen. XXV, 34). También preferido por el juicio fraterno, cuando consideró que su comida debía ser cedida a su hermano: se deleitaba ciertamente con el alimento según la naturaleza, pero según la piedad cedió lo pedido. Pastor fiel al rebaño de su señor, yerno diligente con su suegro, incansable en el trabajo, parco en el banquete, adelantado en la satisfacción, generoso en la recompensa (Gen. XXXI, 6 y ss.). Finalmente, así mitigó la ira fraterna; que de quien temía las enemistades, obtuvo la gracia (Gen. XXXIII, 1).

112. ¿Qué puedo decir de José, que ciertamente tenía el deseo de libertad, y asumió la necesidad del servicio? Qué sumiso en la servidumbre, qué constante en la virtud, qué benigno en la cárcel, sabio en la interpretación, moderado en el poder, previsor en la abundancia, justo en el hambre, uniendo el orden de la alabanza a las cosas, y la oportunidad a los tiempos, dispensando la equidad a los pueblos con la moderación de su oficio (Gen. XXXIX, 1 y ss.)?

113. También Job, irreprochable en las cosas prósperas y adversas, paciente, agradecido y acepto a Dios, era afligido por dolores, pero se consolaba a sí mismo (Job II, 3 y ss.).

114. También David, fuerte en la batalla, paciente en las adversidades, pacífico en Jerusalén, manso en la victoria, doliente en el pecado, previsor en la vejez, guardó los modos de las cosas, las vicisitudes de los tiempos a través de los sonidos de cada edad; de modo que me parece que no menos por su modo de vida que por la dulzura de su canto, derramó ante Dios una canción inmortal de su mérito (I Sam. XVII).

115. ¿Qué oficio de las virtudes principales faltó en estos hombres? De las cuales en primer lugar colocaron la prudencia, que se ocupa de la investigación de la verdad, e infunde el deseo de un conocimiento más pleno: en segundo lugar, la justicia, que da a cada uno lo suyo, no reclama lo ajeno, descuida su propia utilidad para guardar la equidad común: en tercer lugar, la fortaleza, que se destaca tanto en las cosas bélicas por la magnitud del ánimo elevado, como en casa, y proporciona fuerzas al cuerpo: en cuarto lugar, la templanza, que guarda el modo y el orden de todo lo que consideramos que debe hacerse o decirse.

## CAPÍTULO XXV.

Expuesto por qué no se tomó el inicio de las virtudes mencionadas, se demuestra más detalladamente que las mismas existieron en los antiguos Patriarcas.

116. Tal vez alguien diga que esto debería haberse puesto en primer lugar, ya que de estas cuatro virtudes nacen los géneros de los deberes. Pero esto es de la técnica, que primero se define el deber, luego se divide en géneros ciertos. Pero nosotros evitamos la técnica, proponemos ejemplos de los mayores: que no traen oscuridad para entender, ni astucias para tratar. Que la vida de los mayores sea para nosotros un espejo de disciplina, no un comentario de astucia: reverencia para imitar, no astucia para disputar.

117. En el santo Abraham, en primer lugar, hubo prudencia, de la cual dice la Escritura: "Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia" (Gén. XV, 6). Pues nadie es prudente si no conoce a Dios. De hecho, el insensato dijo que "no hay Dios" (Sal. XIII, 1); porque el sabio no lo diría. ¿Cómo puede ser sabio quien no busca a su creador, quien dice a la piedra: "Tú eres mi padre" (Jerem II, 27); quien dice al diablo, como el maniqueo: "Tú eres mi creador"? ¿Cómo puede ser sabio el arriano, que prefiere tener un creador imperfecto y degenerado antes que uno verdadero y perfecto? ¿Cómo puede ser sabio Marción y Eunomio, que prefieren tener un Dios malo antes que bueno? ¿Cómo puede ser sabio quien no teme a su Dios? "El principio de la sabiduría es el temor del Señor" (Sal. CX, 9). Y en otro lugar tienes: "Los sabios no se apartan de la boca del Señor, sino que tratan en sus confesiones" (Prov. XXIV, 7). Al mismo tiempo, al decir la Escritura: "Le fue contado por justicia", le atribuyó la gracia de otra virtud.

118. Nuestros primeros definieron que la prudencia consiste en el conocimiento de la verdad. ¿Quién de ellos antes que Abraham, David, Salomón? Luego, que la justicia se refiere a la

sociedad del género humano. De hecho, David dice: "Esparció, dio a los pobres, su justicia permanece para siempre. El justo se compadece, el justo presta" (Sal. CXI, 9). Para el sabio y el justo, todo el mundo es riqueza. El justo tiene lo común como propio, y lo propio como común. El justo se acusa a sí mismo antes que a los demás. Pues es justo quien no se perdona a sí mismo, y no permite que sus secretos permanezcan ocultos. Mira cuán justo es Abraham. En su vejez había recibido un hijo por promesa (Gén. XXII, 3 y ss.), y al Señor que lo reclamaba para el sacrificio, aunque único, no pensó en negárselo.

119. Observa aquí todas las cuatro virtudes en un solo acto. Fue de sabiduría creer en Dios, y no anteponer la gracia del hijo al mandato del creador: fue de justicia devolver lo recibido: fue de fortaleza contener el apetito con la razón. El padre conducía la víctima, el hijo preguntaba, se ponía a prueba el afecto paternal, pero no se vencía. El hijo repetía la apelación paterna, conmovía las entrañas paternas, pero no disminuía la devoción. Se añade también la cuarta virtud, la templanza. El justo mantenía tanto la medida de la piedad como el orden de la ejecución. Finalmente, mientras llevaba lo necesario para el sacrificio, mientras encendía el fuego, mientras ataba al hijo, mientras sacaba la espada, con este orden de inmolación mereció conservar al hijo.

120. ¿Qué más sabio que el santo Jacob, que vio a Dios cara a cara y mereció la bendición (Gén. XXXII, 1 y ss.)? ¿Qué más justo, que dividió con su hermano lo que había adquirido, ofreciendo regalos? ¿Qué más fuerte, que luchó con Dios? ¿Qué más modesto que él, que defería la modestia tanto a los lugares como a los tiempos, prefiriendo encubrir la injuria de su hija con el matrimonio antes que vengarla; porque, estando entre extraños, consideraba que debía atender más al amor que acumular odios?

121. ¡Cuán sabio Noé, que construyó un arca tan grande (Gén. VI, 14 y ss.)! ¡Cuán justo, que fue reservado para la semilla de todos, siendo el único de todos y el superviviente de la generación pasada, y el autor de la futura, nacido más para el mundo y para todos que para sí mismo! ¡Cuán fuerte, para vencer el diluvio! ¡Cuán templado, para soportar el diluvio! ¿Cuándo entrar, con qué moderación vivir, cuándo soltar el cuervo, cuándo la paloma, cuándo recibir a los que regresan, cuándo reconocer la oportunidad de salir?

## CAPÍTULO XXVI.

Los filósofos pecaron contra sus propios preceptos al buscar la verdad: Moisés se mostró más sabio que ellos. Cuanto mayor es la dignidad de la sabiduría, con mayor empeño debemos esforzarnos por adquirirla, a la cual todos somos impulsados por la misma naturaleza.

122. Por lo tanto, al tratar de investigar la verdad, debemos mantener esa decencia, para buscar con el mayor empeño qué es verdadero, no tomar lo falso por verdadero, no envolver lo verdadero en oscuridades, no ocupar la mente con cosas superfluas o complejas y ambiguas. ¿Qué es tan indecoroso como venerar la madera, lo que ellos mismos hacen? ¿Qué es tan oscuro como tratar sobre astronomía y geometría, lo que aprueban; y medir los espacios del aire profundo, incluir el cielo y el mar en números: dejar las causas de la salvación, buscar errores?

123. Pero Moisés, instruido en toda la sabiduría de los egipcios, no aprobó estas cosas: sino que juzgó esa sabiduría como pérdida y necedad, y apartado de ella, buscó a Dios con íntimo afecto; por eso vio, preguntó, escuchó hablar. ¿Quién más sabio que aquel a quien Dios enseñó, que con la virtud de su obra anuló toda la sabiduría de los egipcios y todos los poderes de las artes (Éxodo III, 1 y ss.)? No tenía aquí lo desconocido por conocido, ni

asentía temerariamente a estas cosas: que aprendan a evitar dos cosas en este lugar natural y honesto, quienes no juzgan que es contra la naturaleza ni vergonzoso adorar piedras, y pedir ayuda a ídolos que no sienten nada.

124. Por tanto, cuanto más excelsa es la virtud de la sabiduría, tanto más creo que debemos esforzarnos por alcanzarla. Así que no pensemos nada contra la naturaleza, nada vergonzoso e indecoroso, debemos referir estos dos, es decir, el tiempo y la diligencia, a la consideración de las cosas para examinarlas. Pues no hay nada en lo que el hombre supere más a los demás seres animados que en ser partícipe de la razón, buscar las causas de las cosas, considerar que debe investigar al autor de su género, en cuyo poder está el poder de nuestra vida y muerte, quien gobierna este mundo con su voluntad, a quien sabemos que debemos rendir cuentas de nuestros actos. Pues no hay nada que más contribuya a una vida honesta que creer que él será el juez futuro, a quien no le pasan desapercibidas las cosas ocultas, le ofenden las indecorosas y le deleitan las honestas.

125. Por lo tanto, en todos los hombres está, según la naturaleza humana, investigar la verdad, que nos lleva al estudio del conocimiento y la ciencia, e infunde el deseo de investigar. En lo cual parece hermoso sobresalir entre todos, pero es de pocos alcanzarlo: quienes, volviendo pensamientos, examinando consejos, no dedican un trabajo mediocre; para que puedan llegar a vivir feliz y honestamente, y acercarse a las obras. Pues no sé si los estudios de la ciencia sin hechos incluso envuelven más.

## CAPÍTULO XXVII.

La fuente principal del deber es la prudencia, de la cual derivan las otras tres virtudes, de tal manera conectadas con ella y entre sí que no pueden ser separadas ni divididas.

126. Por tanto, la primera fuente del deber es la prudencia. Pues ¿qué es tan lleno de deber como ofrecer al Creador estudio y reverencia? Sin embargo, esta fuente también se deriva a las demás virtudes; pues no puede haber justicia sin prudencia, ya que examinar qué es justo o injusto no es de poca prudencia; el error es máximo en ambos. Pues quien juzga lo justo como injusto, y lo injusto como justo, es execrable ante Dios. ¿De qué sirve la abundancia de justicia imprudente? Salomón dice (Prov. XVII, 15, 16). Ni tampoco hay prudencia sin justicia; pues la piedad hacia Dios es el principio del entendimiento. Por lo cual advertimos que eso fue más bien trasladado de este siglo que inventado por los sabios; porque la piedad es el fundamento de todas las virtudes.

127. La piedad de la justicia es, en primer lugar, hacia Dios, en segundo lugar, hacia la patria, en tercer lugar, hacia los padres, y también hacia todos: lo cual es también según la enseñanza de la naturaleza. Pues desde la infancia, cuando primero comienza a infundirse el sentido, amamos la vida como un don de Dios, amamos la patria y a los padres, luego a los iguales con quienes deseamos asociarnos. De aquí nace la caridad, que prefiere a otros sobre sí misma, no buscando lo que es suyo, en lo cual está el principio de la justicia.

128. También a todos los seres animados les nace, primero, cuidar su propia salud, evitar lo que daña, buscar lo que beneficia, como el alimento, como los refugios para defenderse del peligro, de las lluvias, del sol, lo cual es de prudencia. También sucede que todos los géneros de seres animados son por naturaleza gregarios: primero con los compañeros de su género y forma, luego también con los demás; como vemos a los bueyes en manadas, a los caballos en rebaños, y especialmente a los iguales deleitarse con los iguales: también los ciervos con los ciervos, y a menudo unirse a los hombres. Ya sobre el deseo de procrear y la descendencia, o

incluso el amor de los progenitores, ¿qué puedo decir, en lo cual está la forma principal de la justicia?

129. Por lo tanto, está claro que estas y las demás virtudes son afines entre sí. Pues también la fortaleza (23, quest. 3, c. Fortitudo) que defiende a la patria de los bárbaros en la guerra, o en casa defiende a los débiles, o a los compañeros de los ladrones, está llena de justicia: y saber con qué consejo defender y ayudar, también captar las oportunidades de los tiempos y lugares, es de prudencia y modestia: y la misma templanza sin prudencia no puede conocer la medida: conocer la oportunidad, y devolver según la medida, es de justicia: y en todas estas cosas es necesaria la magnanimidad, y una cierta fortaleza de mente, a menudo también de cuerpo; para que quien quiera, pueda cumplirlo.

## CAPÍTULO XXVIII.

La sociedad se basa en la justicia y la beneficencia: las dos partes de aquella, la venganza y la posesión privada, no son reconocidas por los cristianos: lo que los estoicos enseñan sobre la comunidad de bienes y la ayuda mutua, lo tomaron de las Escrituras sagradas. Cuán grande es el esplendor de la justicia, y qué escollos impiden el acceso a ella.

130. Por lo tanto, la justicia se refiere a la sociedad del género humano y a la comunidad. Pues la razón de la sociedad se divide en dos partes, la justicia y la beneficencia, que también llaman liberalidad y benignidad: la justicia me parece más excelsa, la liberalidad más grata: aquella mantiene la censura, esta la bondad.

131. Pero el primer deber que los filósofos consideran de la justicia, entre nosotros se excluye. Pues dicen que esa es la primera forma de justicia, que nadie dañe a otro, a menos que sea provocado por una injuria: lo cual se invalida por la autoridad del Evangelio (Luc. IX, 56); pues la Escritura quiere que tengamos el espíritu del Hijo del hombre, que vino a conferir gracia, no a infligir injuria.

132. Luego consideraron que la forma de justicia es que alguien tenga lo común, es decir, lo público, como público, y lo privado como propio. Ni siquiera esto es según la naturaleza, pues la naturaleza ha derramado todo para todos en común. Así Dios ordenó que todo se generara para que el alimento fuera común para todos, y la tierra fuera una posesión común de todos. Por lo tanto, la naturaleza generó el derecho común, la usurpación hizo el derecho privado. En este lugar dicen que a los estoicos les agradó que todo lo que se genera en la tierra se crea para el uso de los hombres: y que los hombres se generan por causa de los hombres; para que puedan ser útiles unos a otros.

133. ¿De dónde tomaron esto, sino de nuestras Escrituras? Pues Moisés escribió que Dios dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y tenga dominio sobre los peces del mar, y las aves del cielo, y los ganados, y todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra" (Gén. I, 26). Y David dice: "Todo lo sujetaste bajo sus pies, ovejas y bueyes todos, y también las bestias del campo: las aves del cielo, y los peces del mar" (Sal. VIII, 8, 9). Por lo tanto, aprendieron de nosotros que todo está sujeto al hombre, y por eso consideran que se genera por causa del hombre.

134. También encontramos en los libros de Moisés que el hombre fue generado por causa del hombre, cuando el Señor dice: "No es bueno que el hombre esté solo, hagámosle una ayuda semejante a él" (Gén II, 18). Por lo tanto, la mujer fue dada al hombre como ayuda, para que generara; para que el hombre fuera ayuda para el hombre. De hecho, antes de que la mujer

fuera formada, se dijo de Adán: "No se encontró ayuda semejante a él" (Ibid., 20); pues el hombre no podía tener ayuda sino de otro hombre. Por lo tanto, de todos los seres animados no se encontró ningún animal semejante, y para decirlo absolutamente, no se encontró ayuda para el hombre: por lo tanto, se esperaba la ayuda del sexo femenino.

135. Por lo tanto, según la voluntad de Dios, o el vínculo de la naturaleza, debemos ser ayuda unos para otros, competir en deberes, poner todas las utilidades en medio, y para usar la palabra de la Escritura, llevar ayuda unos a otros, ya sea con estudio, o con deber, o con dinero, o con obras, o de cualquier manera; para que entre nosotros se aumente la gracia de la sociedad. Y que nadie sea disuadido del deber por el terror del peligro: sino que considere todo lo suyo, ya sea adverso o próspero. De hecho, el santo Moisés no temió emprender graves guerras por el pueblo de su patria, ni temió las armas del rey más poderoso, ni temió la ferocidad de la barbarie: sino que desechó su propia salvación, para devolver la libertad al pueblo.

136. Por lo tanto, el esplendor de la justicia es grande, que nace más para otros que para sí misma, ayuda a nuestra comunidad y sociedad: mantiene la excelencia; para que tenga todo sujeto a su juicio, brinde ayuda a otros, ofrezca dinero, no rehúse los deberes, asuma los peligros ajenos.

137. ¿Quién no desearía tener esta fortaleza de virtud, si no fuera que la avaricia primero debilita y dobla el vigor de tan gran virtud? Pues mientras deseamos aumentar las riquezas, acumular dinero, ocupar tierras con posesiones, sobresalir en riquezas; perdemos la forma de la justicia, perdemos la beneficencia común. Pues ¿cómo puede ser justo quien se esfuerza por arrebatar a otro lo que busca para sí mismo?

138. También el deseo de poder debilita la forma viril de la justicia. Pues ¿cómo puede interceder por otros quien intenta someter a otros a sí mismo: y brindar ayuda al débil contra los poderosos, quien él mismo busca un poder gravoso para la libertad?

## CAPÍTULO XXIX.

Que la justicia debe observarse incluso en la guerra y con los mismos enemigos, se demuestra con los ejemplos de Moisés y Eliseo: los antiguos tomaron de los hebreos el llamar a los enemigos con un nombre más suave: finalmente, el fundamento de la justicia está en la fe, y su forma en la Iglesia.

139. Cuánta justicia hay se puede entender por esto, que no se exceptúa ni en lugares, ni en personas, ni en tiempos, que incluso se reserva a los enemigos; para que si se ha fijado con el enemigo un lugar o un día para la batalla, se considere contrario a la justicia anticiparse al lugar o al tiempo. Pues importa si alguien es capturado en alguna lucha y grave conflicto, o por una gracia superior, o algún evento. Pues se devuelve una venganza más vehemente a los enemigos más fuertes e infieles, y a aquellos que han causado más daño, como a los madianitas que hicieron pecar a muchos del pueblo de los judíos a través de sus mujeres, por lo cual también la ira de Dios se derramó sobre el pueblo de los padres. Y por eso sucedió que Moisés, victorioso, no permitió que ninguno sobreviviera (Num. XXXI, 3 y ss.): pero a los gabaonitas que más bien intentaron al pueblo de los padres con fraude que con guerra, Josué no los atacó; sino que los afligió con la injuria de la condición impuesta (Josué IX, 20 y ss.). Pero a los sirios, a quienes Eliseo había introducido en la ciudad mientras sitiaban, golpeados por una ceguera momentánea, para que no pudieran ver a dónde iban, no consintió al rey de Israel que los golpeará diciendo: "No golpearás a los que no capturaste con tu lanza

y tu espada: ponles pan y agua, para que coman y beban, y sean enviados de regreso a su señor" (IV Reg. VI, 14 y ss.); para que, provocados por la humanidad, devolvieran la gracia. De hecho, después de eso, los piratas de Siria dejaron de venir a la tierra de Israel.

140. Si, por lo tanto, la justicia vale incluso en la guerra, ¿cuánto más debe observarse en la paz? Y esta gracia el profeta la otorgó a aquellos que vinieron a corregirlo. Pues así leemos, que el rey de Siria había enviado su ejército para sitiario, al saber que era Eliseo quien se oponía a todos sus consejos y argumentos. Viendo este ejército, Giezi, el siervo del profeta, comenzó a temer por el peligro de su salvación. A quien el profeta dijo: "No temas, porque más son los que están con nosotros que con ellos". Y al rogar el profeta que se abrieran los ojos de su siervo, se abrieron. Y Giezi vio todo el monte lleno de caballos y carros alrededor de Eliseo. Cuando descendieron, el profeta dijo: "Golpea, Dios, con ceguera al ejército de Siria". Una vez obtenido esto, dijo a los sirios: "Venid tras de mí, y os llevaré al hombre que buscáis". Y vieron a Eliseo, a quien deseaban corregir: y viéndolo, no podían capturarlo. Por lo tanto, está claro que incluso en la guerra se debe observar la fe y la justicia, y que no puede haber decoro si se viola la fe.

141. De hecho, incluso a los adversarios los antiguos los llamaban con una denominación más suave, para que los llamaran peregrinos; pues los enemigos en el antiguo rito se llamaban peregrinos. Lo cual también podemos decir que fue tomado de los nuestros; pues los hebreos llamaban a sus adversarios Allophylos, es decir, extranjeros en latín. De hecho, en el primer libro de los Reyes leemos así: "Y sucedió en aquellos días, que los extranjeros se reunieron para luchar contra Israel" (I Reg. IV, 1).

142. Por lo tanto, el fundamento de la justicia es la fe; pues los corazones de los justos meditan la fe: y quien se acusa a sí mismo como justo, coloca la justicia por encima de la fe; pues entonces aparece su justicia, si confiesa la verdad. De hecho, el Señor también a través de Isaías: "He aquí", dice, "pongo una piedra en el fundamento de Sion" (Isa. XXVIII, 18), es decir, a Cristo en los fundamentos de la Iglesia. Pues Cristo es la fe de todos: la Iglesia es una cierta forma de justicia. El derecho común de todos: ora en común, obra en común, es tentada en común. De hecho, quien se niega a sí mismo; él mismo es justo, él mismo es digno de Cristo. Por eso también Pablo puso a Cristo como fundamento (I Cor. III, 11), para que sobre él colocáramos las obras de justicia; porque la fe es el fundamento: pero en las obras, ya sean malas, hay iniquidad, o buenas, hay justicia.

### CAPÍTULO XXX.

Sobre la beneficencia y sus partes, la benevolencia y la liberalidad: cómo deben unirse juntas; y qué se requiere para que alguien ejerza la liberalidad con alabanza y mérito.

143. Pero ya hablemos de la beneficencia, que también se divide en benevolencia y liberalidad. De estos dos, por lo tanto, consta la beneficencia, para que sea perfecta. Pues no basta con querer bien (Dist. 86, c. Non satis), sino también hacer bien: ni basta de nuevo hacer bien, si no procede de una buena fuente, es decir, de una buena voluntad: "Porque Dios ama al dador alegre" (II Cor. IX, 7). Pues si haces algo de mala gana, ¿cuál es tu recompensa? Por lo cual el Apóstol dice en general: "Si lo hago de buena voluntad, tengo recompensa: si de mala gana, se me ha confiado una administración" (I Cor. IX, 17). También en el Evangelio hemos recibido muchas enseñanzas de justa liberalidad.

144. Es hermoso, por tanto, querer bien y dar con el propósito de beneficiar, no de dañar. Pues si piensas en dar al lujurioso para su desenfreno, o al adúltero para el pago de su adulterio, eso no es beneficencia, donde no hay benevolencia. Porque es perjudicar, no beneficiar al otro, si das a quien conspira contra la patria, a quien desea reunir a los perdidos con tu gasto, a quienes atacan a la Iglesia. No es esta una liberalidad aprobada, si ayudas a quien decide con grave disputa contra la viuda y los huérfanos, o intenta arrebatárles sus posesiones con alguna violencia.

145. No se aprueba la generosidad, si lo que uno da a otro, se lo arrebatara a alguien más: si busca injustamente y piensa que debe distribuirse justamente; a menos que, como Zaqueo (Luc. XIX, 8), devuelvas primero el cuádruple a quien has defraudado: y compenses los vicios de la gentilidad con el celo de la fe y la obra del creyente. Por tanto, que tu liberalidad tenga fundamento.

146. Lo primero que se busca es que des con fe, sin engañar con lo ofrecido; no digas que das más y des menos. ¿Para qué decirlo? Es fraude de lo prometido: está en tu poder dar lo que quieras. El fraude destruye el fundamento, y la obra se derrumba. ¿Acaso Pedro se indignó tanto como para querer que Ananías muriera, o su esposa (Hech. V, 3 y ss.)? Pero no quiso que los demás perecieran por su ejemplo.

147. Tampoco es perfecta la liberalidad, si das más por vanagloria que por misericordia. Tu afecto da nombre a tu obra: como procede de ti, así se estima. Ves qué juez moral tienes. Te consulta sobre cómo recibir tu obra, primero interroga tu mente. Que no sepa, dice, tu mano izquierda lo que hace tu derecha (Mat. VI, 3). No habla del cuerpo, sino que incluso tu hermano, tu igual, no sepa lo que haces; no sea que, mientras aquí buscas la recompensa de la vanagloria, allí pierdas el fruto de la remuneración. La liberalidad es perfecta cuando alguien cubre su obra con silencio y socorre en secreto las necesidades de cada uno: a quien alaba la boca del pobre, no sus propios labios.

148. Luego, la liberalidad perfecta (Dist. 86, c. Non satis, § Perfecta liberalitas) se recomienda por la fe, la causa, el lugar, el tiempo; para que primero obres con los domésticos de la fe. Gran culpa es si, sabiéndolo tú, un fiel carece: si sabes que está sin sustento, soportando hambre, sufriendo miseria, especialmente si se avergüenza de carecer: si ha caído en la causa de la cautividad de los suyos, o de la calumnia, y no lo ayudas: si está en la cárcel, y un justo es torturado con penas y suplicios por alguna deuda (pues aunque a todos se les debe misericordia, sin embargo, más al justo) si en el tiempo de su aflicción no obtiene nada de ti: si en el tiempo de peligro en que es llevado a la muerte, tu dinero vale más para ti que la vida del moribundo. De lo cual Job dijo bellamente: Que la bendición del que va a perecer venga sobre mí (Job XXIX, 13).

149. Dios no es aceptador de personas, porque conoce todas las cosas. Pero nosotros debemos misericordia a todos: pero como muchos la buscan con engaño, y fingen miseria; por eso, donde se manifiesta la causa, se conoce la persona, el tiempo urge, la misericordia debe derramarse más abundantemente. Pues el Señor no es avaro, para buscar lo máximo. Bienaventurado, en verdad, quien deja todo y lo sigue: pero también es bienaventurado quien hace lo que tiene, con afecto. Finalmente, prefirió las dos monedas de la viuda a las ofrendas de los ricos (Luc. XXI, 3); porque ella dio todo lo que tenía: pero ellos dieron una parte exigua de su abundancia. Por tanto, el afecto hace rica o pobre la contribución, y pone precio a las cosas. Sin embargo, el Señor no quiere que las riquezas se derramen de una vez, sino que se dispensen (Dist. 86, c. Dominus non vult): a menos que, como Eliseo mató sus bueyes

y alimentó a los pobres con lo que tenía (III Reg. XIX, 21); para que no se ocupara de los asuntos domésticos, sino que, dejando todo, se dedicara a la disciplina profética.

150. También es aprobada esa liberalidad (Dist. 86, c. Est probanda), para que no desprecies a tus parientes si sabes que carecen. Pues es mejor que tú mismo ayudes a los tuyos, quienes se avergüenzan de pedir sustento a otros, o de solicitar ayuda para su necesidad: pero no para que ellos quieran hacerse más ricos con lo que puedes dar a los necesitados; pues la causa prevalece, no el favor. Porque no te consagraste al Señor para hacer ricos a los tuyos: sino para adquirir para ti la vida eterna con el fruto de la buena obra, y redimir tus pecados con el precio de la misericordia. ¿Piensan que piden poco? Buscan tu precio, intentan quitarte el fruto de tu vida, y piensan que actúan justamente. Y te acusa de no haberlo hecho rico, cuando él quiere privarte de la recompensa de la vida eterna.

151. Hemos dado consejo, busquemos autoridad. Primero, nadie debe avergonzarse si de rico se hace pobre, mientras da al pobre; porque Cristo se hizo pobre, siendo rico, para enriquecer a todos con su pobreza. Dio la regla que debemos seguir, para que haya una buena razón para el patrimonio agotado; si alguien rechazó el hambre de los pobres, alivió la indigencia. Por eso también doy consejo en esto, dice el Apóstol: Esto os es útil, para que imitéis a Cristo (II Cor. VIII, 10). El consejo se da a los buenos, la corrección refrena a los errantes. Finalmente, como si hablara a los buenos, dice: Porque no solo comenzasteis a hacer, sino también a querer desde el año pasado (Ibid.). Ambas cosas son de los perfectos, no una parte. Así que enseña que ni la liberalidad sin benevolencia, ni la benevolencia sin liberalidad son perfectas. Por eso exhorta a la perfección, diciendo: Ahora, pues, llevad a cabo el hacer, para que como está pronta en vosotros la voluntad de hacer, así también lo esté el perfeccionar según lo que tenéis. Porque si la voluntad está pronta, es aceptada según lo que tiene, no según lo que no tiene. No para que haya alivio para otros y angustia para vosotros: sino por igualdad en este tiempo, vuestra abundancia para la necesidad de ellos, para que la abundancia de ellos sea para vuestra necesidad; para que haya igualdad, como está escrito: El que mucho, no tuvo más; y el que poco, no tuvo menos (Ibid., 11 y ss.).

152. Observamos cómo abarca tanto la benevolencia, como la liberalidad, y la medida, y el fruto, y las personas. Por eso la medida, porque daba consejo a los imperfectos, pues no sufren angustias, sino los imperfectos. Pero también si alguien, no queriendo gravar a la Iglesia en algún sacerdocio o ministerio, no da todo lo que tiene, sino que obra con honestidad lo que basta para el oficio, no me parece imperfecto. Y creo que aquí no se refiere a la angustia del ánimo, sino a la de los bienes familiares.

153. Sobre las personas, creo que se dijo: Para que vuestra abundancia sea para la necesidad de ellos, y la abundancia de ellos para vuestra necesidad; es decir, para que la abundancia del pueblo sea de buena obra para aliviar la necesidad de sustento de ellos: y la abundancia espiritual de ellos ayude en el pueblo la falta de mérito espiritual, y le confiera gracia.

154. Por eso puso un excelente ejemplo: El que mucho, no tuvo más; y el que poco, no tuvo menos. Bien exhorta a todos los hombres a la obra de misericordia con este ejemplo; porque incluso quien posee mucho oro, no abunda; porque nada es lo que hay en este mundo: y quien tiene poco, no tiene menos; porque nada es lo que pierde. Es una cosa sin pérdida, que toda ella es pérdida.

155. También se puede entender así: Quien tiene mucho, y si no da, no abunda; porque por mucho que adquiera, siempre necesita, quien más codicia: y quien tiene poco, no tiene menos; porque no es mucho lo que alimenta al pobre. De igual manera, el pobre que ofrece lo

espiritual por lo material, y si tiene mucha gracia, no abunda; porque la gracia no carga, sino que alivia la mente.

156. Pero también se puede entender así: No abundas, oh hombre. Pues ¿cuánto es lo que has recibido, aunque te parezca mucho? Juan, que no hay mayor entre los nacidos de mujer, sin embargo, era inferior a quien es menor en el reino de los cielos.

157. También puede ser así: La gracia de Dios no abunda corporalmente, porque es espiritual. ¿Quién puede comprender su magnitud o amplitud, que no ve? Si la fe es como un grano de mostaza, puede trasladar montañas, y no se te da más allá del grano de mostaza. Si la gracia abunda en ti, no hay que temer que tu mente comience a enorgullecerse con tan gran don; porque muchos han caído más gravemente desde la altura de su corazón, que si no hubieran tenido ninguna gracia del Señor. Y quien tiene poco, no tiene menos; porque no es corporal para dividirse: y lo que parece poco al que lo tiene, es mucho para quien no le falta nada.

158. También deben considerarse en la generosidad (Dist. 86, c. Consideranda) la edad y la debilidad, a veces incluso la vergüenza, que revela un noble nacimiento; para que des más a los ancianos, que ya no pueden buscar su sustento con trabajo. De igual manera, la debilidad del cuerpo, y esta debe ser ayudada con más prontitud. Luego, si alguien ha caído de la riqueza a la pobreza: y especialmente si no por su propio vicio, sino por robos, proscripción, o calumnias, ha perdido lo que tenía.

159. Pero tal vez alguien diga: Un ciego se sienta en un lugar y se le pasa por alto, y un joven fuerte recibe con frecuencia. Y es verdad, porque se introduce por la importunidad. No es juicio, sino tedio. Pues el Señor también dice en el Evangelio (Luc, XI, 8) sobre aquel que ya había cerrado su puerta, si alguien llama a su puerta con insistencia, se levanta y le da por su importunidad.

## CAPÍTULO XXXI.

Se ordena que el beneficio recibido se devuelva con mano generosa, siguiendo el ejemplo de la tierra: también se cita un pasaje de Salomón sobre el banquete, que luego se expone en sentido espiritual.

160. También es hermoso tener en mayor consideración a quien te ha otorgado algún beneficio o regalo, si él mismo cae en necesidad. Pues ¿qué hay más contrario al deber que no devolver lo que has recibido? Y creo que debe devolverse no con la misma medida, sino con mayor abundancia, y valorar el uso del beneficio; para que también tú ayudes, en la medida en que repelas su miseria. Pues no ser superior en devolver que en otorgar un beneficio, es ser menor, ya que quien primero otorgó, es superior en tiempo, primero en humanidad.

161. Por eso debemos imitar también en esto la naturaleza de la tierra, que suele devolver la semilla recibida en un número más abundante que el que recibió. Por eso se te ha escrito: Como la agricultura es el hombre insensato, y como la viña el hombre falto de sentido. Si lo dejas, se desolará (Prov. XXIV, 30, 31). Así que como la agricultura también el sabio, para que como si hubiera prestado, devuelva las semillas recibidas con mayor medida. La tierra, por tanto, o germina frutos espontáneos, o devuelve y reembolsa con mayor abundancia lo que se le ha confiado. Debes ambos por un cierto uso hereditario del padre, para que no seas dejado como un campo infecundo. Sin embargo, aunque alguien pueda excusarse de no haber

dado, ¿cómo puede excusarse de no haber devuelto? No dar a alguien apenas es lícito, pero no devolver no es lícito.

162. Por eso Salomón dice bellamente: Si te sientas a cenar en la mesa de un poderoso, entiende sabiamente lo que se te ofrece: y extiende tu mano sabiendo que debes preparar tales cosas. Pero si eres insaciable, no codicies sus manjares; porque estos obtienen una vida engañosa (Prov. XXIII, 1 y ss.). Deseando imitar estas sentencias, hemos escrito. Conferir gracia es bueno: pero quien no sabe devolver, es muy duro. La misma tierra sugiere el ejemplo de humanidad. Proporciona frutos espontáneos que no sembraste, también devuelve multiplicado lo que recibió. No puedes negar el dinero contado, ¿cómo puedes no devolver la gracia recibida? También tienes en los proverbios, que esta devolución de gracia suele valer tanto ante Dios, que incluso en el día de la ruina encuentra gracia cuando los pecados pueden prevalecer. ¿Y por qué usar otros ejemplos, cuando el mismo Señor promete en el Evangelio una recompensa más abundante por los méritos de los santos, y exhorta a obrar bien, diciendo: Perdonad y se os perdonará; dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosante darán en vuestro regazo (Luc. VI, 37, 38)?

163. Así que también ese banquete de Salomón no es de alimentos, sino de buenas obras. Pues ¿con qué mejor se deleitan las almas que con las buenas acciones? ¿O qué otra cosa puede llenar tan fácilmente las mentes de los justos como la conciencia de una buena obra? ¿Y qué alimento más agradable que hacer la voluntad de Dios? Este alimento se recordó que solo el Señor lo tiene en abundancia, como está escrito en el Evangelio: Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que está en el cielo (Juan IV, 34).

164. De este alimento nos deleitemos, del cual dice el Profeta: Deléitate en el Señor (Sal. XXXVI, 4). De este alimento se deleitan; quienes han comprendido con admirable ingenio las superiores delicias, quienes pueden saber cuál es ese deleite puro e inteligible de la mente. Comamos, pues, los panes de la sabiduría; y saciémonos en la palabra de Dios; porque no solo de pan, sino de toda palabra de Dios vive el hombre hecho a imagen de Dios. Sobre la copa, el santo Job dice bastante claramente: Como la tierra esperando la lluvia, así también ellos mis palabras (Job XXIX, 23).

## CAPÍTULO XXXII.

Después de haber mencionado qué gracia debe devolverse por los manjares de dicho banquete, se enumeran varias formas de devolver el beneficio; donde también se discute sobre la alabanza, los efectos y el orden de la benevolencia.

165. Es hermoso, por tanto, que nos humedezcamos con el discurso de las Escrituras divinas, y que las palabras de Dios descendan sobre nosotros como el rocío. Cuando, pues, te sientes a esa mesa del poderoso, entiende quién es este poderoso: y colocado en el paraíso de la delectación, y situado en el banquete de la sabiduría, considera lo que se te ofrece. La Escritura divina es el banquete de la sabiduría: cada libro es un plato. Entiende primero qué tienen los manjares de los platos, y luego extiende la mano; para que lo que lees o recibes del Señor tu Dios, lo llesves a cabo con obras, y representes la gracia conferida en ti con oficios: como Pedro y Pablo, que evangelizando devolvieron de alguna manera al dador del don, para que cada uno pudiera decir: Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no fue en vano en mí: sino que trabajé más abundantemente que todos ellos (I Cor. XV, 10).

166. Así que uno devuelve el fruto del beneficio recibido, como oro por oro, plata por plata: otro el trabajo, otro, no sé si incluso más ricamente, solo devuelve el afecto. Pues ¿qué si no

hay capacidad de devolver? En devolver un beneficio, más opera el ánimo que el patrimonio: y más pesa la benevolencia que la posibilidad de devolver el don. Pues la gracia se devuelve en lo que se tiene. Grande, por tanto, es la benevolencia, que aunque no confiara nada, ofrece más: y cuando no tiene nada en el patrimonio, da a muchos; y lo hace sin ninguna pérdida propia, y con ganancia de todos. Y por eso la benevolencia supera a la misma liberalidad. Esta es más rica en costumbres, que aquella en dones; pues son más los que necesitan el beneficio, que los que abundan.

167. Pero hay también benevolencia unida a la liberalidad, de la cual la misma liberalidad procede, cuando el uso de dar sigue al afecto de la generosidad: y separada y distinta. Pues donde falta la liberalidad, la benevolencia permanece, una especie de madre común de todos, que conecta y une la amistad: en los consejos fiel, en los prósperos alegre, en los tristes afligida; para que cada uno crea más en el consejo del benevolente que en el del sabio: como David, aunque era más prudente, sin embargo, se sometía a los consejos de Jonatán, el más joven. Quitada la benevolencia del uso de los hombres, será como si quitaras el sol del mundo; porque sin ella no puede haber uso de los hombres para mostrar el camino al peregrino, devolver al errante, ofrecer hospitalidad, (por tanto, no es una virtud mediocre, de la cual Job se jactaba diciendo (Job XXXI, 32): Fuera no habitaba el huésped, mi puerta estaba abierta a todo el que venía) dar agua de la fuente, encender luz de luz. La benevolencia, por tanto, está en todas estas cosas, como una fuente de agua que refresca al sediento, y como una luz que también brilla en otros, y no falta a aquellos que de su luz encienden luz para otros.

168. También es esa liberalidad de la benevolencia, que si tienes un documento de deuda, lo rompas devolviéndolo, sin haber obtenido nada del deudor. Lo cual el santo Job nos advierte que debemos hacer con su ejemplo (Ibid., 35 y ss.). Pues quien tiene, no presta: quien no tiene, no libera el documento. ¿Qué, entonces, si no exiges, lo reservas para herederos avaros, lo que puedes devolver con la alabanza de la benevolencia sin pérdida de dinero?

169. Y para discutirlo más plenamente; la benevolencia, primero surgida de las personas domésticas, es decir, de los hijos, padres, hermanos, a través de los grados de parentesco, llega al ámbito de las ciudades, y saliendo del paraíso llenó el mundo. Finalmente, cuando Dios puso un afecto benevolente en el hombre y la mujer, dijo: Serán ambos en una sola carne (Gen. II, 24), y en un solo espíritu. Por eso Eva se creyó al serpiente; porque quien había recibido benevolencia, no pensaba que existiera la malevolencia.

### CAPÍTULO XXXIII.

La benevolencia en la Iglesia principalmente, y en los hombres de las mismas o afines virtudes, persevera.

170. La benevolencia se incrementa con la reunión de la Iglesia, la comunión de la fe, la sociedad de los iniciados, la necesidad de recibir la gracia, la comunión de los misterios. Pues estas también reivindicaban para sí los nombres de parentesco, la reverencia de los hijos, la autoridad y piedad de los padres, la hermandad de los hermanos. Mucho, por tanto, contribuye a la acumulación de la benevolencia la necesidad de la gracia.

171. También ayudan los estudios de virtudes de los iguales. En efecto, la benevolencia también crea similitud de costumbres. Por ejemplo, Jonatán, hijo del rey, imitaba la mansedumbre del santo David, por lo cual lo amaba (1 Sam. XIX, 2 y ss.). De ahí también aquello: Con el santo serás santo (Sal. XVII, 26), parece derivarse no solo a la conversación,

sino también a la benevolencia. Pues ciertamente los hijos de Noé habitaban juntos, y no había entre ellos concordia de costumbres (Gén. IX, 22 y ss.). También habitaban en la casa paterna Esaú y Jacob, pero discrepaban (Gén. XXV, 27). No había benevolencia entre ellos que prefiriera a uno sobre el otro, sino más bien contienda que arrebatara la bendición (Gén. XXVII, 14 y ss.). Pues siendo uno rudo y el otro manso, entre costumbres dispares y estudios contrapuestos, no podía haber benevolencia. Añade que el santo Jacob no podía preferir la virtud degenerada de la casa paterna.

172. Nada es tan unificador como la justicia con equidad: que como compañera y socia de la benevolencia, hace que amemos a aquellos que creemos iguales a nosotros. La benevolencia también tiene en sí fortaleza; pues como la amistad procede de la fuente de la benevolencia, no duda en soportar graves peligros de la vida por un amigo: Y si me suceden males por él, dice, los soporto (Eclo. XXII, 31).

#### CAPÍTULO XXXIV.

Se mencionan otros beneficios de la benevolencia.

173. La benevolencia también suele desarmar la espada de la ira. La benevolencia hace que las heridas de un amigo sean útiles, más que los besos voluntarios de un enemigo (Prov. XXVII, 6). La benevolencia hace que de muchos se haga uno; ya que si hay muchos amigos, se hacen uno, en quienes hay un solo espíritu y una sola opinión. Observamos también que las correcciones en la amistad son gratas, que tienen agujijones, pero no dolor. Nos sentimos punzados por los discursos censuradores, pero nos deleitamos con la diligencia de la benevolencia.

174. En resumen, no siempre se deben los mismos deberes a todos, ni siempre a las personas, sino que a menudo hay preferencias de causas y tiempos, de modo que a veces se ayuda más a un vecino que a un hermano. Pues también Salomón dice: Mejor es un vecino cercano que un hermano lejano (Prov. XXVII, 10). Y por eso a menudo cada uno se encomienda más a la benevolencia de un amigo que a la relación de un hermano. Tanto vale la benevolencia, que a menudo supera los lazos de la naturaleza.

#### CAPÍTULO XXXV.

Sobre la fortaleza que se divide en bélica y doméstica: la primera no es virtud sin justicia y prudencia: la segunda se basa principalmente en la tolerancia.

175. Hemos tratado suficientemente la naturaleza y la fuerza de la honestidad en el lugar de la justicia. Ahora tratemos sobre la fortaleza, que como más excelsa que las demás, se divide en asuntos bélicos y domésticos. Pero el estudio de los asuntos bélicos parece ya ajeno a nuestro oficio, porque nos dedicamos más al oficio del alma que del cuerpo: ya no se refiere nuestro uso a las armas, sino a los negocios de la paz. Sin embargo, nuestros mayores, como Josué, Gedeón, Sansón, David, llevaron la máxima gloria también en asuntos bélicos.

176. Por lo tanto, la fortaleza es como más excelsa que las demás, pero nunca es una virtud sin compañía; pues no se confía a sí misma: de lo contrario, la fortaleza sin justicia es materia de iniquidad. Pues cuanto más poderosa es, más pronta está para oprimir al inferior; ya que en los mismos asuntos bélicos se considera si las guerras son justas o injustas.

177. David nunca inició una guerra a menos que fuera provocado. Por lo tanto, tuvo la prudencia como compañera de la fortaleza en la batalla. Pues incluso al enfrentarse a Goliat,

un hombre de enorme tamaño corporal, rechazó las armas que lo sobrecargarían (1 Sam. XVII, 40); porque la virtud se apoya más en sus propios brazos que en protecciones ajenas. Luego, desde lejos, para golpear más gravemente, mató al enemigo con el golpe de una piedra. Después, nunca emprendió una guerra sin consultar al Señor (2 Sam. V, 19 y ss.). Por eso, victorioso en todas las batallas, hasta su avanzada vejez, hábil con la mano, al emprender la guerra contra los gigantes, se mezclaba con las feroces tropas de guerreros (2 Sam. XXI, 15 y ss.), ávido de gloria, descuidado de su seguridad.

178. Pero no solo esta es la fortaleza ilustre; sino que también aceptamos como gloriosa la fortaleza de aquellos que por la fe, con magnitud de ánimo, cerraron las bocas de los leones, apagaron la fuerza del fuego, escaparon del filo de la espada, se fortalecieron en la debilidad (Heb. XI, 33, 34): que no, acompañados de comitivas y legiones, lograron una victoria común con muchos, sino que con la desnuda virtud del alma obtuvieron un triunfo singular sobre los pérfidos. ¡Qué insuperable Daniel, que no temió a los leones rugiendo a su alrededor! Las bestias rugían, y él banquetaba (Dan. XIV, 38).

#### CAPÍTULO XXXVI.

El deber de la fortaleza es, por un lado, repeler la injuria del más débil; por otro, controlar los movimientos desordenados del alma; y finalmente, despreciar lo bajo y perseguir con ánimo firme lo honesto. Se demuestra que esto debe ser realizado por todos los cristianos, pero especialmente por los hombres eclesiásticos.

178\*. Por lo tanto, la gloria de la fortaleza no está solo en las fuerzas del cuerpo y los brazos, sino más bien en la virtud del alma: ni en infligir (23, q. 2, c. Non in inferenda), sino en repeler la injuria es la ley de la virtud. Pues quien no repele la injuria de un compañero, si puede, está tan en falta como el que la comete. De ahí que (Éxodo II, 11 y ss.) el santo Moisés comenzó aquí primero las pruebas de la fortaleza bélica. Pues al ver a un hebreo recibiendo injuria de un egipcio, lo defendió; de tal manera que derribó al egipcio y lo escondió en la arena. También Salomón dice: Rescata al que es llevado a la muerte (Prov. XXIV, 10).

179. Por lo tanto, está claro de dónde han tomado esto Cicerón, o incluso Panecio, o el mismo Aristóteles. Aunque incluso más antiguo que estos dos, Job dijo: Salvé al pobre de la mano del poderoso, y ayudé al huérfano que no tenía ayudador. Que la bendición del que perece venga sobre mí (Job XXIX, 12, 13). ¿No es este el más fuerte, que soportó tan valientemente los ataques del diablo, y lo venció con la virtud de su mente? Y no hay duda de su fortaleza, a quien el Señor dice: Ciñe tus lomos como un hombre, recibe la altura y la virtud: humilla a todo injurioso (Job XL, 2). También el apóstol dice: Tenéis una fortísima consolación (Heb. VI, 18). Por lo tanto, es fuerte quien se consuela en algún dolor.

180. Y en verdad, con razón se llama fortaleza, cuando cada uno se vence a sí mismo, contiene la ira, no se ablanda ni se inclina con halagos, no se perturba con adversidades, no se ensoberbece con éxitos, y no es llevado como por un viento, con el cambio de diversas cosas. ¿Qué hay más excelso y magnífico que ejercitar la mente, afectar la carne y someterla a servidumbre; para que obedezca al mando, siga los consejos, para que en los trabajos emprendidos ejecute diligentemente el propósito del alma y la voluntad?

181. Esta es, por lo tanto, la primera fuerza de la fortaleza, ya que la fortaleza se observa en dos géneros del alma. Primero, que tenga por mínimas las cosas externas del cuerpo, y las considere como superfluas, más para despreciar que para desear. Segundo, que persiga con

clara intención del alma todas las cosas que son supremas, en las que se ve la honestidad y lo que es apropiado. ¿Qué hay más claro que formar así tu alma para que no pongas las riquezas, ni los placeres, ni los honores en lo más alto, ni consumas en ellos todo tu esfuerzo? Cuando así hayas dispuesto tu alma, es necesario que consideres que lo honesto y decoroso debe ser preferido, y que dirijas tu mente de tal manera que cualquier cosa que suceda, ya sea la pérdida del patrimonio, la disminución del honor, o la calumnia de los infieles, no la sientas como superior. Luego, que los peligros de la misma salvación asumidos por la justicia no te conmuevan.

182. Esta es la verdadera fortaleza, que tiene el atleta de Cristo, que, a menos que compita legítimamente, no es coronado. ¿Te parece un precepto menor de fortaleza: La tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, y la prueba esperanza (II Cor. VII, 5)? Observa cuántas luchas, y una sola corona. Este precepto no lo da sino quien está fortalecido en Cristo Jesús, cuya carne no tenía descanso. Aflicción por todas partes: luchas fuera, temores dentro. Y aunque en peligros, en muchos trabajos, en cárceles, en muertes; no se quebrantaba en ánimo, sino que luchaba, de tal manera que se hacía más poderoso en sus debilidades.

183. Por lo tanto, considera cómo enseña que aquellos que se acercan a los oficios de la Iglesia deben tener desprecio por las cosas humanas. Si, pues, habéis muerto con Cristo a los elementos de este mundo, ¿por qué aún, como si vivierais en este mundo, decretáis? No toquéis, no probéis, no gustéis, que todas son cosas para corrupción por el mismo uso (Col. II, 20 y ss.). Y más adelante: Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, no las de la tierra (Col. III, 1). Y de nuevo: Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra (Ibid., 5). Y esto aún para todos los fieles: pero a ti, hijo, te aconseja el desprecio de las riquezas, y también la declinación de las fábulas profanas y de viejas, no permitiendo nada sino lo que te ejercite en la piedad; porque el ejercicio corporal para nada es útil: pero la piedad es útil para todo.

184. Que, por lo tanto, la piedad te ejercite en la justicia, la continencia, la mansedumbre; para que huyas de las obras juveniles, fortalecido y arraigado en la gracia, emprendas el buen combate de la fe: no te enredes en los negocios seculares, porque sirves a Dios. Pues si quien sirve al emperador está prohibido por las leyes humanas de aceptar pleitos, de actuar en negocios forenses, de vender mercancías; cuánto más quien ejerce la milicia de la fe debe abstenerse de todo uso de negociación, contento con los frutos de su pequeño campo, si lo tiene: si no lo tiene, con el fruto de sus estipendios. Pues es buen testigo quien dice: Fui joven, y he envejecido, y no he visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan (Sal. XXXVI, 25). Pues esa es la tranquilidad del alma y la templanza, que no se afecta por el deseo de buscar, ni se angustia por el temor de la escasez.

## CAPÍTULO XXXVII.

Debe mantenerse la igualdad de ánimo tanto en la prosperidad como en la adversidad: sin embargo, a veces deben evitarse los males.

185. También es lo que se llama vacuidad del alma de angustias; para que no seamos más blandos en los dolores, ni más altivos en las prosperidades. Si aquellos que exhortan a algunos a asumir la república dan estos preceptos, cuánto más nosotros que somos llamados al oficio de la Iglesia, debemos hacer tales cosas que agraden a Dios; para que la virtud de Cristo se manifieste en nosotros, y así seamos aprobados por nuestro emperador, para que nuestros miembros sean armas de justicia, no armas carnales en las que reine el pecado, sino armas fuertes para Dios con las que se destruya el pecado: que muera nuestra carne, para que

en ella muera toda culpa; y como si resucitáramos de entre los muertos, resucitemos con nuevas obras y costumbres.

186. Estos son los plenos estipendios del oficio de la fortaleza. Pero porque en todo lo que hacemos, no solo buscamos lo que es honesto, sino también lo que es posible, no sea que emprendamos algo que no podamos ejecutar. Por lo cual, en tiempo de persecución, el Señor quiere que nos retiremos de ciudad en ciudad, o más bien, para usar la misma palabra, que huyamos (Mat. X, 23); no sea que alguien, deseando temerariamente la gloria del martirio, se ofrezca a peligros que tal vez la carne más débil, o el ánimo más relajado, no pueda soportar y tolerar.

### CAPÍTULO XXXVIII.

La mente debe fortalecerse con ejercicio contra los futuros inconvenientes, y también confirmarse con previsión: ¿y qué dificultades surgen aquí?

187. Tampoco debe alguien ceder por cobardía y abandonar la fe por miedo al peligro. Por esta razón, el ánimo debe ser preparado, la mente ejercitada, fortalecida para la constancia, para que el ánimo no pueda ser perturbado por terrores, ni quebrantado por molestias, ni ceder a los suplicios. Lo cual es difícil de soportar: pero porque todos los suplicios son vencidos por el temor de suplicios más graves, por eso, si fortaleces tu ánimo con consejo, y no crees que debes apartarte de la razón, y propones el temor del juicio divino, los tormentos del suplicio perpetuo, puedes asumir la tolerancia del ánimo.

188. Esto, por lo tanto, es de diligencia, para que alguien se prepare así: aquello es de ingenio, si alguien puede prever con vigor de mente lo que va a suceder, y colocarlo como ante los ojos, y definir qué debe hacer si sucede así; a veces considerar dos o tres cosas a la vez, que conjeture que pueden suceder individualmente o juntas, y disponer los actos que entienda que serán útiles para cada una o para todas juntas.

189. Por lo tanto, es propio del hombre fuerte no disimular cuando algo amenaza, sino prever, y como explorar desde una especie de atalaya de la mente, y enfrenar con pensamiento providente las cosas futuras, no sea que después diga: Por eso caí en esto, porque no creía que pudiera suceder. Finalmente, a menos que se exploren las adversidades, pronto ocupan. Como en la guerra, un enemigo imprevisto apenas se sostiene, y si encuentra desprevenidos, fácilmente oprime: así las adversidades no exploradas quiebran más el ánimo.

190. En estos dos aspectos, por lo tanto, está la excelencia del ánimo, primero, que tu ánimo, ejercitado en buenos pensamientos, con corazón puro vea lo que es verdadero y honesto: Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8): y juzgue que lo honesto es el único bien: luego, que no se perturbe con ocupaciones, ni fluctúe con deseos.

191. Y en verdad, nadie lo hace fácilmente. ¿Qué hay más difícil que despreciar como desde una especie de fortaleza de sabiduría las riquezas, y todas las demás cosas que a muchos les parecen grandes y excelsas? Luego, que confirmes tu juicio con razón estable, y lo que hayas juzgado como leve, lo desprecies como si no fuera a ser de provecho. Luego, que si algo adverso sucede, y se considera grave y amargo, lo soportes de tal manera que no creas que ha sucedido algo fuera de la naturaleza, cuando has leído: Desnudo nací, desnudo saldré. Lo que el Señor dio, el Señor quitó (Job I, 21); ciertamente había perdido hijos y bienes. Y que en todo guardes la persona del sabio y justo, como él guardó quien dijo: Como agradó al Señor, así se hizo: sea bendito el nombre del Señor (Ibid.). Y más adelante: Como una de las

mujeres insensatas has hablado. Si recibimos lo bueno de la mano del Señor, ¿no soportaremos lo malo? (Job II, 10).

### CAPÍTULO XXXIX.

La fortaleza debe luchar contra todos los vicios, especialmente contra la avaricia: lo cual se enseña que se hizo en el santo Job.

192. Por lo tanto, no es una fortaleza del alma mediocre ni separada de las demás, la que lucha con las virtudes: sino la que sola defiende los ornamentos de todas las virtudes, y guarda los juicios; y la que en una batalla inexpiable lucha contra todos los vicios, invicta ante los trabajos, fuerte ante los peligros, más rígida ante los placeres, dura ante las seducciones, a las que no sabe prestar oído, ni decir ave, como se dice; desprecia el dinero, huye de la avaricia como de una especie de mancha, que afemina la virtud. Pues nada es tan contrario a la fortaleza como ser vencido por el lucro. Con frecuencia, después de haber expulsado a los enemigos, y con el ejército enemigo en fuga, mientras el guerrero se ocupa de los despojos de los caídos, cae lamentablemente entre aquellos a quienes había derribado: y las legiones derrotadas por sus propios triunfos, mientras se ocupan de los despojos, revocan sobre sí al enemigo que había huido.

193. Por lo tanto, la fortaleza debe repeler y aplastar una peste tan inmensa, no ser tentada por deseos, ni quebrantada por el miedo; porque la virtud se mantiene firme, para perseguir con fortaleza todos los vicios, como venenos de la virtud: repeler la ira como con ciertas armas, que quita el consejo, y evitarla como una enfermedad. También debe evitar el deseo de gloria, que frecuentemente ha dañado cuando se ha buscado con demasiada immoderación, y siempre cuando se ha usurpado.

194. ¿Qué de esto faltó en virtud al santo Job, o qué vicio se le infiltró? ¿Cómo soportó el trabajo de la enfermedad, el frío, el hambre? ¿Cómo despreció el peligro de la salud? ¿Acaso las riquezas se acumularon con robos, de las cuales tanto fluía a los necesitados? ¿Acaso el censo despertó la avaricia, o los estudios de placer y deseos? ¿Acaso la contienda injuriosa de tres reyes, o la contumelia de los siervos lo sacó de su ira? ¿Acaso la gloria lo elevó como a un ligero, que se imprecaba cosas graves a sí mismo, si alguna vez hubiera ocultado una culpa no voluntaria, o hubiera temido a la multitud del pueblo, para no anunciarla en presencia de todos? Pues las virtudes no son consistentes con los vicios, sino que se mantienen firmes. ¿Quién, por lo tanto, es tan fuerte como el santo Job: a quien se puede adjudicar el segundo lugar, quien apenas encontró un igual?

### CAPÍTULO XL.

Se demuestra con ejemplos de los antiguos, especialmente con el hecho ilustre de Eleazar, que la virtud bélica tampoco faltó a los nuestros.

195. Pero tal vez algunos están aferrados a la gloria bélica, que piensan que solo existe la fortaleza guerrera; y por eso me he desviado hacia estas cosas, porque aquella faltaría a los nuestros. ¡Qué fuerte fue Josué, que en una sola batalla derribó a cinco reyes capturados con sus pueblos (Josué X, 5 y ss.)! Luego, cuando urgía la batalla contra los gabaonitas, y temía que la noche impidiera la victoria, con magnitud de mente y fe clamó: Detente, sol; y se detuvo, hasta que se consumó la victoria. Gedeón, con trescientos hombres, obtuvo un triunfo sobre un gran pueblo y un enemigo acerbo (Jueces VII, 8 y ss.). Jonatán, joven, mostró

valentía en una gran batalla (1 Sam. XIV, 1 y ss.). ¿Qué diré de los Macabeos (1 Mac. II, 35 y ss.)?

196. Pero primero hablaré del pueblo de los Padres, que estando preparados para luchar por el templo de Dios, y por sus leyes, siendo atacados con engaño por el enemigo en día de sábado, prefirieron ofrecer sus cuerpos desnudos a las heridas, que luchar, para no violar el sábado. Así que todos se ofrecieron alegremente a la muerte. Pero los Macabeos, considerando que con este ejemplo toda la nación podría perecer, también en sábado, cuando fueron provocados a la guerra, vengaron la muerte inocente de sus hermanos. De donde después, el rey Antíoco, estimulado, cuando encendió la guerra a través de sus generales Lisias, Nicanor, Gorgias, fue tan desgastado con sus tropas orientales y asirias, que cuarenta y ocho mil fueron derribados en medio del campo por tres mil.

197. Considerad la virtud del líder Judá Macabeo a través de uno de sus soldados (I Macabeos VI, 43 y ss.). Eleazar, al notar un elefante que sobresalía entre los demás, cubierto con una armadura real, pensó que el rey estaba en él. Se lanzó rápidamente al centro de la legión, y arrojando su escudo, mataba con ambas manos hasta llegar a la bestia, se metió debajo de ella y la mató con su espada. Así, al caer la bestia, aplastó a Eleazar, y así murió. ¡Cuánta fortaleza de ánimo! Primero, no temer a la muerte; luego, rodeado por legiones enemigas, lanzarse contra los enemigos compactos, penetrar en medio de la formación, y despreciando la muerte con más ferocidad, arrojar el escudo, y con ambas manos soportar y sostener el peso de la bestia herida: después, colocarse debajo de ella para golpear con más fuerza; y al quedar atrapado más que aplastado por su caída, fue sepultado en su propio triunfo.

198. No se equivocó en su suposición, aunque el atuendo real lo engañó; pues los enemigos, asombrados por tan gran espectáculo de valentía, no se atrevieron a atacar al desarmado y ocupado, y después de la caída de la bestia, se atemorizaron tanto que todos se consideraron inferiores a la valentía de uno solo. Finalmente, el rey Antíoco, hijo de Lisias, que había venido con ciento veinte mil hombres armados y con treinta y dos elefantes, de modo que desde el amanecer, el brillo de las armas resplandecía sobre cada bestia como si fueran montañas, como lámparas ardientes, aterrorizado por la fortaleza de uno solo, pidió la paz. Así, Eleazar dejó la paz como herencia de su valentía. Pero estos son los triunfos.

## CAPÍTULO XLI.

Se alaba la grandeza de ánimo de Judá y Jonatán, y se presenta ante los ojos la constancia de los mártires en soportar, que es una parte no menor de la fortaleza.

199. Pero como la fortaleza se prueba no solo en las cosas favorables, sino también en las adversas, contemplemos ahora el final de Judá Macabeo (I Macabeos IX, 8 y ss.). Después de vencer a Nicanor, el líder del rey Demetrio, más confiado contra veinte mil del ejército del rey, con novecientos hombres comenzó la batalla, y aunque estos querían retirarse para no ser aplastados por la multitud, él aconsejó una muerte gloriosa antes que una huida vergonzosa: "No dejemos una mancha en nuestra gloria", dijo. Así, al comenzar la batalla, luchando desde el amanecer hasta el anochecer, atacó el ala derecha, donde notó la mano más fuerte de los enemigos, y fácilmente la desvió. Pero mientras perseguía a los que huían, dio lugar a una herida por la espalda: así encontró un lugar de muerte más glorioso que los triunfos.

200. ¿Qué diré de su hermano Jonatán, quien, luchando con un pequeño grupo contra los ejércitos reales, abandonado por los suyos y dejado solo con dos, reanudó la batalla, desvió al enemigo y reunió a los suyos que huían para compartir el triunfo?

201. Tienes la fortaleza bélica, en la que no es pequeña la forma de honor y decoro; que prefiere la muerte a la servidumbre y la deshonra. ¿Y qué diré de las pasiones de los mártires? Y para no extendernos demasiado, los niños Macabeos obtuvieron triunfos no menores sobre el soberbio rey Antíoco que sus propios padres. Pues aquellos armados, estos sin armas vencieron (II Macabeos VII, 1 y ss.). Se mantuvo invicta la cohorte de los siete niños, rodeada por las legiones reales: se agotaron los suplicios, cedieron los torturadores, no se agotaron los mártires. Uno, despojado de la piel de su cabeza, había cambiado de apariencia, había aumentado su virtud. Otro, ordenado a sacar la lengua para ser amputada, respondió: "No solo el Señor escucha a los que hablan, que escuchaba a Moisés en silencio. (Éxodo XIV, 15). Escucha más los pensamientos silenciosos de los suyos que las voces de todos. ¿Temes el castigo de la lengua, no temes el castigo de la sangre? La sangre también tiene su voz, con la que clama a Dios, como clamó en Abel (Génesis IV, 10).

202. ¿Qué diré de la madre, que contemplaba alegre tantos funerales de sus hijos como trofeos, y se deleitaba con las voces de los que morían como con los cantos de los que salmodiaban, viendo en sus hijos la más hermosa cítara de su vientre, y la armonía de la piedad más dulce que cualquier número de lira (II Macabeos VII, 20 y ss.)?

203. ¿Qué diré de los niños de dos años, que recibieron la palma de la victoria antes que el sentido de la naturaleza? ¿Qué de la santa Inés, que puesta en peligro de dos cosas máximas, la castidad y la salvación, protegió la castidad, y cambió la salvación por la inmortalidad?

204. No pasemos por alto tampoco al santo Lorenzo, quien al ver a su obispo Sixto ser llevado al martirio, comenzó a llorar, no por su pasión, sino por su propia permanencia. Así comenzó a dirigirse a él con estas palabras: "¿A dónde vas sin tu hijo, padre? ¿A dónde, sacerdote santo, te apresuras sin tu diácono? Nunca solías ofrecer sacrificio sin ministro. ¿Qué te ha disgustado en mí, padre? ¿Me has considerado indigno? Prueba ciertamente si has elegido un ministro idóneo. A quien confiaste la consagración de la sangre del Señor, a quien diste la compañía de los sacramentos a consumir, ¿le niegas la compañía de tu sangre? Cuida que no se ponga en peligro tu juicio, mientras se alaba la fortaleza. El rechazo del discípulo es detrimento del magisterio. ¿Qué? ¿Acaso los hombres ilustres y destacados vencen más por las pruebas de sus discípulos que por las tuyas propias? Finalmente, Abraham ofreció a su hijo (Génesis XXII, 9), Pedro envió a Esteban antes (Hechos VII, 57). Y tú, padre, muestra en tu hijo tu virtud, ofrece a quien has instruido, para que seguro de tu juicio llegues a la corona con noble compañía.

205. Entonces Sixto dijo: "No te dejo ni te abandono, hijo; pero se te deben mayores pruebas. Nosotros, como ancianos, tomamos el curso de una lucha más ligera; a ti, como joven, te espera un triunfo más glorioso sobre el tirano. Pronto vendrás, deja de llorar, después de tres días me seguirás. Este número intermedio conviene al sacerdote y al diácono. No era tuyo vencer bajo el maestro, como si buscaras un ayudante. ¿Por qué buscas la compañía de mi pasión? Te dejo toda la herencia de ella. ¿Por qué buscas mi presencia? Que los discípulos débiles precedan al maestro, los fuertes lo sigan, para que venzan sin maestro, quienes ya no necesitan magisterio. Así también Elías dejó a Eliseo. A ti, por tanto, te encomiendo la sucesión de nuestra virtud.

206. Tal era la contienda, digna ciertamente de que sacerdote y ministro disputaran quién sufriría primero por el nombre de Cristo. En las tragedias se dice que los grandes aplausos del teatro se levantan cuando Píldes decía ser Orestes; Orestes, como era, afirmaba ser Orestes: aquel para ser matado en lugar de Orestes, Orestes para que Píldes no sufriera la muerte por él. Pero a ellos no se les permitía vivir, porque ambos eran culpables de parricidio: uno por haberlo cometido, el otro por haberlo ayudado. Aquí, a San Lorenzo no lo urgía nada más que el amor de la devoción; sin embargo, él mismo, después de tres días, cuando burló al tirano, fue puesto sobre una parrilla para ser quemado: "Está asado", dijo, "da la vuelta y come". Así, con la fortaleza del ánimo vencía la naturaleza del fuego.

## CAPÍTULO XLII.

No provocar a las potestades, ni prestar oídos a la adulación.

207. También creo que se debe evitar que, mientras algunos son llevados por un excesivo deseo de gloria, abusen insolentemente de las potestades, y a menudo exciten y enciendan los ánimos de los gentiles, adversos a nosotros, hacia el estudio de la persecución y los inflamen a la ira. Así, para que ellos puedan perseverar y vencer los suplicios, ¿cuántos hacen perecer?

208. También se debe prever no abrir el oído a los aduladores; pues ser ablandado por la adulación no solo no es de fortaleza, sino que parece incluso de cobardía.

## CAPÍTULO XLIII.

Sobre la templanza y sus principales partes, a saber, la tranquilidad y moderación del ánimo, el cuidado de la honestidad y la consideración del decoro.

209. Ya que hemos hablado de tres virtudes, resta que hablemos de la cuarta virtud, que se llama templanza y modestia: en la cual se busca y se considera principalmente la tranquilidad del ánimo, el estudio de la mansedumbre, la gracia de la moderación, el cuidado de la honestidad, la consideración del decoro.

210. Por tanto, debemos mantener un cierto orden de vida, de modo que los primeros fundamentos se tomen de la vergüenza: que es compañera y familiar de la placidez de la mente, huyendo de la insolencia, ajena a todo lujo, ama la sobriedad, fomenta la honestidad, busca ese decoro.

211. Siga la elección de la conversación, para que nos unamos a los más probados ancianos. Pues así como el trato con los iguales es más dulce, así el de los ancianos es más seguro, quienes con una especie de magisterio y guía de vida colorean las costumbres de los jóvenes, y como con el púrpura de la probidad los tiñen. Pues si aquellos que son ignorantes de los lugares desean emprender el camino con los expertos en caminos, ¡cuánto más deben los jóvenes emprender el nuevo camino de la vida con los ancianos, para que puedan errar menos y desviarse del verdadero camino de la virtud! Nada es más hermoso que tener a los mismos como maestros de vida y testigos.

212. También se debe buscar en toda acción qué conviene a las personas, a los tiempos y a las edades, qué es adecuado a los talentos de cada uno. Pues a menudo lo que conviene a uno no conviene a otro. Algo es adecuado para el joven, otra cosa para el anciano: algo en los peligros, otra cosa en las cosas favorables.

213. David danzó ante el arca del Señor (II Samuel VI, 14): Samuel no danzó; y no por eso aquel fue reprendido, sino más bien este fue alabado. Cambió su rostro ante el rey, cuyo nombre era Aquis (I Samuel XXI, 13): pero si lo hubiera hecho sin el temor de ser reconocido, no habría podido evitar la reprensión de ligereza. Saúl también, rodeado por el coro de profetas, también profetizó; y solo de él, como indigno, se mencionó: "¿Y Saúl entre los profetas?" (I Samuel XIX, 24).

#### CAPÍTULO XLIV.

Cada uno debe esforzarse en el oficio que le corresponde: pero muchos son impedidos por la imitación de los estudios paternos; lo contrario hacen los hombres eclesiásticos.

214. Por tanto, cada uno debe conocer su propio talento y aplicarse a lo que ha elegido como adecuado para sí mismo. Así, debe considerar primero qué seguir. Conozca sus virtudes, pero también reconozca sus vicios: y preséntese como un juez imparcial de sí mismo, para que se dedique a las virtudes y evite los vicios.

215. Uno es más apto para la lectura distinguida, otro es más agradable en el salmo, otro es más diligente en exorcizar a los que sufren de un espíritu maligno, otro es más adecuado para el santuario. El sacerdote debe observar todas estas cosas y asignar el oficio que convenga a cada uno. Pues a dondequiera que lleve a cada uno su propio talento, o el oficio que le convenga, se llena con mayor gracia.

216. Pero eso es difícil en toda la vida, y más difícil en nuestro oficio. Pues cada uno ama seguir la vida de sus padres. Por tanto, muchos se inclinan hacia la milicia, cuyos padres militaron, otros hacia diversas acciones.

217. En el oficio eclesiástico, sin embargo, rara vez encuentras a alguien que siga el instituto del padre: ya sea porque el acto es grave, o porque en la edad inestable la abstinencia es más difícil, o porque a la juventud ágil le parece una vida más oscura; y por eso se vuelven hacia aquellos estudios que consideran más plausibles. Pues muchos prefieren lo presente a lo futuro. Pero ellos militan por lo presente, nosotros por lo futuro. Por lo tanto, cuanto más excelente es la causa, más atenta debe ser la atención.

#### CAPÍTULO XLV.

Sobre lo bello y lo honesto: qué diferencia hay entre ellos tanto en autores profanos como sagrados.

218. Por tanto, mantengamos la vergüenza y esa modestia que eleva el ornato de toda la vida. No es poca cosa guardar la medida en cada cosa, y distribuir el orden, en el cual verdaderamente resplandece lo que se llama decoro: que está tan unido a lo honesto que no puede separarse. Pues lo que conviene es honesto, y lo que es honesto conviene; de modo que hay más distinción en el discurso que discreción en la virtud. Pues se puede entender que difieren entre sí, pero no se puede explicar.

219. Y para intentar extraer alguna distinción, la honestidad es como una buena salud, y una cierta salubridad del cuerpo: el decoro, sin embargo, es como la belleza y la hermosura. Así como la belleza parece sobresalir sobre la salubridad y la salud, y sin embargo no puede existir sin ellas, ni separarse de ningún modo; pues si no hay buena salud, no puede haber belleza y hermosura: así la honestidad contiene en sí ese decoro, de modo que parece provenir de ella, y no puede existir sin ella. Así como la salubridad de toda nuestra obra y

acción es la honestidad, y como la apariencia es el decoro, que confundido con la honestidad, se distingue en la opinión. Pues aunque en algo parezca sobresalir, sin embargo, está en la raíz de la honestidad, pero en su flor principal, de modo que sin ella cae, en ella florece. ¿Qué es la honestidad, sino lo que huye de la deshonra como de la muerte? ¿Qué es lo deshonesto, sino lo que trae aridez y muerte? Por tanto, con la sustancia de la virtud floreciente, ese decoro resplandece como una flor, porque la raíz está sana: pero con la raíz de nuestro propósito viciada, nada germina.

220. Tienes esto en nuestros escritos algo más expresado. Pues David dice: "El Señor reina, se ha vestido de decoro" (Salmo XCII, 1). Y el Apóstol dice: "Andad honestamente, como de día" (Romanos XIII, 13). Lo que los griegos dicen εὐσχημόνως, esto propiamente significa, con buen hábito, buena apariencia. Dios, por tanto, cuando creó al primer hombre, lo formó con buen hábito, buena composición de miembros, y le dio la mejor apariencia. No había dado la remisión de los pecados: pero después de que lo renovó con el espíritu, y le infundió gracia, quien había venido en forma de siervo, y en apariencia de hombre asumió el decoro de la redención humana. Y por eso dijo el Profeta: "El Señor reina, se ha vestido de decoro". Luego, en otro lugar dice: "A ti te conviene el himno, Dios, en Sion" (Salmo LXIV, 2); esto es decir: Es honesto que te temamos, te amemos, te roguemos, te honremos; pues está escrito: "Que todo lo vuestro se haga honestamente" (I Corintios XIV, 40). Pero podemos también temer, amar, rogar, honrar a un hombre: el himno se dice especialmente a Dios. Esto, como más excelente que los demás, es decoroso creerlo, lo que deferimos a Dios. También conviene que la mujer ore con un hábito adornado: pero especialmente le conviene orar velada, y orar prometiendo castidad con buena conversación (I Timoteo II, 9, 10).

## CAPÍTULO XLVI.

Se propone una división bifurcada del decoro: luego, después de mostrar que lo que es según la naturaleza es honesto, lo que es contrario, se considera deshonesto; esta misma división se ilustra con ejemplos.

221. Por tanto, hay un decoro que sobresale, cuya división es doble. Pues hay un decoro casi general, que se difunde por la universalidad de la honestidad, y se contempla como en todo el cuerpo: también hay un decoro especial, que resplandece en alguna parte. Ese general es como si tuviera una forma uniforme y una universalidad de honestidad en toda su acción, cuando toda su vida le es coherente, y no discrepa en ninguna cosa: este especial, cuando tiene alguna acción que sobresale en sus virtudes.

222. Al mismo tiempo, observa que es decoroso vivir según la naturaleza, vivir según la naturaleza, y es deshonesto lo que es contra la naturaleza. Pues el Apóstol dice como preguntando: "¿Conviene que la mujer ore a Dios sin velo? ¿No os enseña la misma naturaleza que si el hombre tiene el cabello largo, es una deshonra para él; porque es contra la naturaleza?" (I Corintios XI, 13). Y nuevamente dice: "Pero si la mujer tiene el cabello largo, es una gloria para ella" (Ibid. 15). Pues es según la naturaleza, ya que el cabello es un velo natural. Por tanto, la naturaleza misma nos dispensa la persona y la apariencia, que debemos conservar: ¡y ojalá pudiéramos también guardar su inocencia, y que nuestra malicia no alterara lo recibido!

223. Tienes este decoro general, porque Dios hizo la belleza de este mundo. Lo tienes también por partes, porque cuando Dios hizo la luz, y distinguió el día de la noche (Génesis I, 3 y ss.), cuando creó el cielo, cuando separó las tierras y los mares, cuando estableció el sol y la luna y las estrellas para que brillaran sobre la tierra, aprobó cada cosa. Por tanto, este

decoro, que resplandecía en cada parte del mundo, resplandeció en la universalidad, como lo prueba la Sabiduría, diciendo: "Yo era a quien aplaudía... cuando se alegraba en el orbe perfecto" (Proverbios VIII, 30, 31). De manera similar, en la estructura del cuerpo humano, es grata la proporción de cada miembro: pero más en común la composición adecuada de los miembros deleita, porque parecen cuadrar y convenir entre sí.

## CAPÍTULO XLVII.

¿Qué debemos hacer para que resplandezca en nuestra vida ese decoro, y qué apetitos debemos refrenar?

224. Si alguien guarda la equidad de toda su vida, y los modos de cada acción, también el orden, y la constancia de las palabras y obras, y guarda la moderación, en su vida resplandece ese decoro, y como en un espejo resplandece.

225. Sin embargo, que se añada un discurso suave, para que concilie el afecto de los oyentes, y se muestre agradable ya sea a los familiares, a los ciudadanos, o, si es posible, a todos. Que no se muestre adulator, ni se deje adular por nadie; pues lo uno es de astucia, lo otro de vanidad.

226. Que no desprecie lo que cada uno, y especialmente el hombre bueno, piense de sí mismo; pues de este modo aprende a deferir reverencia a los buenos. Pues descuidar los juicios de los buenos es o de arrogancia, o de negligencia: lo uno se atribuye a la soberbia, lo otro a la negligencia.

227. También debe cuidar los movimientos de su ánimo; pues él mismo debe ser observado y vigilado por sí mismo: y así como debe cuidarse de sí mismo, también debe protegerse. Pues hay movimientos, en los cuales está ese apetito, que irrumpe con cierto ímpetu; de donde en griego se dice ὄρη, porque se lanza con cierta fuerza repentina. No es poca la fuerza en estos del ánimo y de la naturaleza. Sin embargo, esta fuerza es doble, una puesta en el apetito, otra en la razón, que refrena el apetito, y lo hace obediente a sí misma, y lo lleva a donde quiere: y como con un magisterio diligente enseña qué se debe hacer, qué se debe evitar, para que obedezca a la buena maestra.

228. Debemos estar atentos para no actuar con temor o descuido, ni hacer nada de lo que no podamos dar una razón plausible. Aunque no todos reciben una explicación de nuestros actos, todos los examinan. No tenemos excusa, pues aunque hay una cierta fuerza natural en todo deseo, este deseo está sujeto a la razón y obedece a la ley de la misma naturaleza. Por lo tanto, es propio de un buen observador prever de tal manera que el deseo no se adelante a la razón ni la abandone; porque al adelantarse, perturba y excluye, y al abandonarla, la deja desamparada. La perturbación elimina la constancia, el abandono revela cobardía y acusa pereza. Con la mente perturbada, el deseo se extiende más ampliamente y más lejos, y como si estuviera desbocado, no acepta los frenos de la razón ni siente las riendas del conductor que podrían hacerlo retroceder. Por lo tanto, a menudo no solo se agita el ánimo y se pierde la razón, sino que también se inflama el rostro, ya sea por ira o lujuria; palidece de miedo, no se contiene de placer y se exalta con excesiva alegría.

229. Cuando esto sucede, se descarta una cierta censura natural y la gravedad de las costumbres, y no se puede mantener aquella autoridad que en los asuntos y consejos es la única que puede sostener lo que es decoroso, la constancia.

230. Un deseo más grave nace de una excesiva indignación, que a menudo enciende el dolor de una injuria recibida. Sobre esto, los preceptos del salmo que pusimos en la introducción (Cap. II. 6, 7) nos instruyen adecuadamente. Y es apropiado que al escribir sobre los Deberes, usemos esa afirmación de nuestra introducción que también se refiere a la enseñanza del deber.

231. Pero como antes, como era necesario, mencionamos brevemente cómo cada uno puede evitar ser provocado por una injuria recibida, temiendo que la introducción se hiciera más extensa, ahora creo que debemos discutirlo más ampliamente. Es un momento oportuno para hablar en las partes de la templanza sobre cómo se reprime la ira.

## CAPÍTULO XLVIII.

Repetición del argumento para reprimir la ira, se explican tres órdenes de aquellos que son provocados por injurias: se dice que el Apóstol y David han alcanzado el más perfecto de ellos: donde se transmiten algunas diferencias de esta vida y la futura.

232. Queremos demostrar, si es posible, que hay tres tipos de personas que reciben injurias en las Escrituras divinas. Uno es el de aquellos a quienes el pecador insulta, injuria y oprime. A estos, porque les falta justicia, les crece la vergüenza y se aumenta el dolor. Muchos de mi orden, de mi número, son similares a estos. Pues si alguien me hace una injuria a mí, que soy débil, quizás, aunque débil, perdone mi injuria. Si me acusa de un crimen, no soy tan grande como para estar contento con mi conciencia, aunque sepa que soy ajeno a la acusación; pero deseo borrar la mancha de mi pudor innato, como si fuera débil. Por lo tanto, exijo ojo por ojo y diente por diente, y devuelvo injuria por injuria.

233. Pero si soy alguien que progresa, aunque aún no perfecto, no devuelvo la injuria: aunque él me insulte y llene mis oídos de injurias, yo callo y no respondo nada.

234. Pero si soy perfecto (hablo en sentido figurado, pues en verdad soy débil), si soy perfecto, bendigo al que me maldice, como también bendecía Pablo; quien dijo: "Nos maldicen, y bendecimos" (I Cor. IV, 12). Pues había escuchado decir: "Amad a vuestros enemigos, orad por los que os calumnian y os persiguen" (Mat. V, 44). Por eso Pablo sufría persecución y la soportaba, porque vencía y mitigaba el afecto humano por la gracia de la recompensa propuesta; para ser hijo de Dios, si amaba al enemigo.

235. Sin embargo, también podemos enseñar que el santo David no fue inferior a Pablo en este tipo de virtud. Al principio, cuando su hijo Semei lo maldecía (II Reg. XVI, 7 y ss.) y le lanzaba acusaciones, él callaba y se humillaba, y guardaba silencio sobre sus buenas obras (Sal. XXXVIII, 3), es decir, la conciencia de sus buenas acciones: luego deseaba que lo maldijeran, porque con esa maldición adquiriría la misericordia divina.

236. Observa cómo reservó la humildad, la justicia y la prudencia para obtener la gracia del Señor. Primero dijo: "Por eso me maldice, porque el Señor le dijo que me maldijera" (II Reg. XVI, 10). Tienes la humildad; porque consideraba que lo que se ordena divinamente debe soportarse con ecuanimidad como un siervo. Luego dijo: "Mira, mi hijo que salió de mi vientre busca mi vida" (Ibid., 11). Tienes la justicia; pues si sufrimos cosas más graves de los nuestros, ¿por qué nos ofendemos por lo que nos infligen los extraños? Tercero, dijo: "Déjalo que maldiga; porque el Señor le dijo que lo hiciera, para que vea mi humillación y el Señor me recompense por esta maldición" (Ibid., 12). No solo soportó al que lo injuriaba, sino

también al que lo apedreaba y lo seguía, dejándolo ileso (II Reg. XIX, 22), e incluso después de la victoria, perdonó de buen grado al que le pidió perdón.

237. Inserté esto para mostrar que el santo David, con espíritu evangélico, no solo fue inofensivo, sino también agradecido con el que lo injuriaba, y más deleitado que exasperado por las injurias, por las cuales consideraba que se le debía una recompensa. Pero aunque era perfecto, aún buscaba cosas más perfectas. Se encendía con el dolor de la injuria, como hombre; pero vencía como buen soldado; soportaba como un atleta fuerte. El fin de la paciencia es la expectativa de las promesas, y por eso decía: "Hazme saber, Señor, mi fin, y el número de mis días, para que sepa qué me falta" (Sal. XXXVIII, 5). Busca aquel fin de las promesas celestiales, o aquel cuando cada uno resucitará en su orden: "Primicias Cristo, luego los que son de Cristo, que creyeron en su venida, luego el fin" (I Cor. XV, 23). Pues entregado el reino a Dios y al Padre, y evacuados todos los poderes, como dijo el Apóstol, comienza la perfección. Aquí, por tanto, hay impedimento, aquí hay debilidad incluso de los perfectos, allí plena perfección. Por eso también busca aquellos días de vida eterna, que son, no los que pasan; para conocer qué le falta, cuál es la tierra de la promesa que lleva frutos perpetuos, cuál es la primera mansión ante el Padre, cuál la segunda, cuál la tercera, en las que cada uno descansará según la razón de sus méritos.

238. Por lo tanto, debemos desear aquellas cosas en las que está la perfección, en las que está la verdad. Aquí hay sombra, aquí hay imagen, allí está la verdad. Sombra en la Ley, imagen en el Evangelio, verdad en los celestiales (Hebr. X. 1, y ss.). Antes se ofrecía un cordero, se ofrecía también un becerro, ahora se ofrece Cristo: pero se ofrece como hombre, como quien recibe la pasión; y se ofrece a sí mismo como sacerdote, para perdonar nuestros pecados: aquí en imagen, allí en verdad, donde intercede por nosotros ante el Padre como abogado. Aquí, por tanto, caminamos en imagen, vemos en imagen: allí cara a cara, donde está la plena perfección; porque toda perfección está en la verdad.

## CAPÍTULO XLIX.

Aquí debemos mantener en nosotros la imagen de las virtudes, y borrar la del diablo y los vicios, especialmente la avaricia: que nos quita la libertad y, turbados por diversas vanidades, nos despoja de la imagen de Dios.

239. Por lo tanto, mientras estemos aquí, mantengamos la imagen, para que allí lleguemos a la verdad. Que en nosotros esté la imagen de la justicia, la imagen de la sabiduría; porque llegará aquel día, y seremos juzgados según la imagen.

240. Que el adversario no encuentre en ti su imagen, ni rabia, ni furia; porque en estas cosas está la imagen de la maldad. Pues el adversario, el diablo, como león rugiente busca a quién matar, a quién devorar. Que no encuentre avaricia de oro, ni montones de plata, ni simulacros de vicios; para que no te quite la voz de la libertad. Pues la voz de la libertad es decir: "Vendrá el príncipe de este mundo, y en mí no encontrará nada" (Juan XIV, 30). Así que si estás seguro de que no encontrará nada en ti cuando venga a escudriñar, dirás lo que dijo el patriarca Jacob a Labán: "Reconoce si algo tuyo está conmigo" (Gén. XXXI, 32). Con razón el bienaventurado Jacob, en quien Labán no pudo encontrar nada suyo. Pues Raquel había escondido los simulacros de sus dioses de oro y plata.

241. Por lo tanto, si la sabiduría, si la fe, si tu desprecio del mundo, si tu gracia esconden toda perfidia, serás bienaventurado; porque no miras vanidades y locuras falsas (Sal. XXXIX, 5). ¿Acaso no es algo menor quitarle la voz al adversario, para que no pueda tener autoridad para

acusarte? Por lo tanto, quien no mira vanidades, no se turba; pues quien mira se turba, y muy vanamente. ¿Qué es acumular riquezas, sino vano; porque buscar lo caduco es bastante vano? Y cuando las hayas acumulado, ¿quién sabe si te será permitido poseerlas?

242. ¿No es vano que el comerciante, de noche y de día, recorra el camino para poder acumular montones de tesoros, acumule mercancías, se preocupe por el precio, no sea que venda por menos de lo que compró, busque los precios de los lugares, y de repente, o los ladrones, excitados por la envidia de su famosa negociación, lo ataquen, o, sin esperar vientos más favorables, mientras busca ganancia, sufra un naufragio impaciente por la demora?

243. ¿No se turba también vanamente aquel que con gran esfuerzo acumula lo que no sabe a qué heredero dejará? A menudo lo que el avaro ha reunido con gran preocupación, el heredero lujurioso lo dilapida con precipitada prodigalidad: y el glotón, ciego a lo presente, imprudente para el futuro, lo absorbe en un abismo. A menudo también el sucesor esperado adquiere la envidia de la herencia obtenida, y con rápida muerte transfiere las ganancias de la sucesión adquirida a extraños.

244. ¿Por qué, entonces, tejes vanamente una telaraña, que es vacía y sin fruto, y como si fueran redes, cuelgas inútiles riquezas: que aunque fluyan, no sirven de nada; más bien te despojan de la imagen de Dios y te visten con la imagen terrenal? Si alguien tiene la imagen de un tirano, ¿no está sujeto a condena? Tú depones la imagen del eterno emperador y eriges en ti la imagen de la muerte. Más bien, expulsa de la ciudad de tu alma la imagen del diablo, y levanta la imagen de Cristo. Que esta brille en ti, que resplandezca en tu ciudad, es decir, en tu alma, que borra las imágenes de los vicios. De las cuales dice David: "Señor, en tu ciudad, reducirás a nada sus imágenes" (Sal. LXXII, 20). Pues cuando el Señor haya pintado a Jerusalén a su imagen, entonces se borrará toda imagen de los adversarios.

## CAPÍTULO L.

Los levitas deben estar especialmente alejados de las codicias terrenales. Cuáles son sus virtudes según el Apóstol, y cuánta castidad se requiere en ellos: también cuál es su dignidad y oficio, para el cual son necesarias las virtudes principales. Estas no eran desconocidas para los filósofos, pero fallaron en el orden: algunas cosas son naturalmente según el deber, que por los adjuntos se hacen contra el deber; de donde se deduce cuántas dotes requiere la dignidad de los levitas: sigue la exposición de las palabras de Moisés bendiciendo a la tribu levítica.

245. Si el pueblo mismo ha sido instruido y formado por el Evangelio del Señor para el desprecio de las riquezas; cuánto más vosotros, levitas, debéis no estar atados a las codicias terrenales, de quienes Dios es la porción. Pues cuando Moisés dividió la posesión terrenal al pueblo, exceptuó a los levitas del consorcio de la posesión terrenal, porque él mismo sería su herencia (Num. XVIII, 23). Por eso dice David: "El Señor es la parte de mi herencia y de mi copa" (Sal. XV, 5). Finalmente, así se llama al levita "mi mismo", o "por mí". Gran es su don, que el Señor diga de él: "Él es mío"; o como dijo a Pedro sobre el estatero encontrado en la boca del pez: "Dáselo por mí y por ti" (Mat. XVII, 26). Por eso también el Apóstol, cuando dijo que el obispo debe ser sobrio, pudoroso, decoroso, hospitalario, apto para enseñar, no avaro, no litigioso, bien gobernado en su casa, añadió: "De igual manera, los diáconos deben ser serios, no de doble lengua, no dados a mucho vino, no codiciosos de ganancias deshonestas, teniendo el misterio de la fe en una conciencia pura" (I Tim. III, 8). Y que estos también sean probados primero, y así sirvan, sin tener ningún crimen.

246. Observamos cuántas cosas se requieren en nosotros: que el ministro del Señor sea abstemio de vino, que esté respaldado por un buen testimonio no solo de los fieles, sino también de los que están fuera. Pues es conveniente que la pública estimación sea testigo de nuestros actos y obras, para que no se desmerezca el ministerio; para que quien vea al ministro del altar adornado con virtudes adecuadas, alabe al autor y venere al Señor, que tiene tales siervos. Pues la alabanza del Señor está donde hay una posesión limpia y una disciplina familiar inocente.

247. ¿Qué puedo decir sobre la castidad, cuando solo se permite una unión, y no repetida (Dist. 26, Una tantum)? Y en el mismo matrimonio, por tanto, hay una ley de no reiterar el matrimonio, ni buscar la unión de una segunda esposa. Lo cual a muchos les parece extraño, por qué incluso antes del bautismo los impedimentos de un matrimonio reiterado generan obstáculos para la elección del ministerio y la prerrogativa de la ordenación; cuando incluso los delitos no suelen ser un obstáculo, si han sido perdonados por el sacramento del lavacro. Pero debemos entender que el bautismo puede perdonar la culpa, pero no puede abolir la ley. En el matrimonio no hay culpa, sino ley. Por lo tanto, lo que es de culpa se relaja en el bautismo: lo que es de ley en el matrimonio no se disuelve. ¿Cómo puede ser exhortador de la viudez quien ha frecuentado matrimonios?

248. Sabéis que el ministerio debe ser presentado inofensivo e inmaculado, y no violado por ningún contacto conyugal, vosotros que habéis recibido la gracia del ministerio sagrado con cuerpo íntegro, pudor incorrupto, ajenos incluso al mismo consorcio conyugal. No pasé esto por alto porque en muchos lugares más apartados, mientras ejercían el ministerio o incluso el sacerdocio, tuvieron hijos: y lo defienden como una costumbre antigua, cuando el sacrificio se ofrecía a intervalos de días; y sin embargo, incluso el pueblo se purificaba durante dos o tres días, para que pudiera acercarse puro al sacrificio, como leemos en el Antiguo Testamento (Éxodo XIX, 10); y lavaban sus vestiduras. Si en la figura había tanta observancia, ¿cuánta en la verdad? Aprende, sacerdote y levita, qué significa lavar tus vestiduras, para que presentes un cuerpo limpio para celebrar los sacramentos. Si el pueblo, sin la ablución de sus vestiduras, era prohibido acercarse a su ofrenda, ¿te atreves tú, sin lavar mente y cuerpo, a suplicar por otros, a ministrar a otros?

249. No es un oficio menor el de los levitas, de quienes dice el Señor: "He aquí que elijo a los levitas de entre los hijos de Israel por todo primogénito que abre el vientre entre los hijos de Israel: ellos serán mis redenciones, y serán mis levitas. Porque me he santificado el primogénito en la tierra de Egipto" (Num. III, 12 y 13). Sabemos que los levitas no se cuentan entre los demás, sino que se les prefiere a todos, que son elegidos de entre todos y santificados; como primicias de los frutos y primicias que se dedican al Señor, en las que está la solución de los votos y la redención de los pecados. "No los tomarás", dice, "entre los hijos de Israel: sino que pondrás a los levitas sobre el tabernáculo del testimonio, y sobre todos sus utensilios, y sobre todo lo que hay en él. Ellos llevarán el tabernáculo y todos sus utensilios, y ellos ministrarán en él, y en torno al tabernáculo acamparán, y al avanzar, los levitas desmontarán el tabernáculo: y al establecer el campamento, de nuevo ellos levantarán el tabernáculo. Cualquier extranjero que se acerque, morirá" (Num. I, 49 y ss.).

250. Por lo tanto, tú has sido elegido de entre todos los hijos de Israel, considerado como primogénito entre los frutos sagrados, puesto sobre el tabernáculo, para que te adelantes en los campamentos de santidad y fe, a los cuales si un extranjero se acerca, morirá, puesto para cubrir el arca del Testimonio. Pues no todos ven las alturas de los misterios, porque están cubiertos por los levitas; para que no vean quienes no deben ver, y no tomen quienes no pueden guardar. Moisés, de hecho, vio la circuncisión espiritual: pero la cubrió, para

prescribir la circuncisión en signo. Vio los ázimos de verdad y sinceridad, vio la pasión del Señor: cubrió los ázimos de verdad con ázimos corporales, cubrió la pasión del Señor con la inmólación del cordero o del becerro. Y los buenos levitas guardaron el misterio, con el manto de su fe; ¿y tú crees que es algo menor lo que se te ha confiado? Primero, para que veas las alturas de Dios, que es de sabiduría: luego, para que vigiles por el pueblo, que es de justicia: defiendas el campamento, y protejas el tabernáculo, que es de fortaleza: te presentes a ti mismo como continente y sobrio, que es de templanza.

251. Estos géneros de virtudes también los establecieron como principales aquellos que están fuera: pero juzgaron el orden de la comunidad superior al de la sabiduría; cuando la sabiduría es el fundamento, la justicia es la obra, que no puede permanecer si no tiene fundamento. Pero el fundamento es Cristo (I Cor. III, 11).

252. Por lo tanto, la primera es la fe, que es de sabiduría, como dice Salomón, siguiendo a su padre: "El principio de la sabiduría es el temor del Señor" (Prov. IX, 10). Y la ley dice: "Amarás al Señor tu Dios, amarás a tu prójimo" (Deut. VI, 5). Pues es hermoso que ofrezcas tu gracia y tus oficios a la sociedad del género humano. Pero lo primero que es decoroso es que lo que tienes más precioso, es decir, tu mente, que no tienes nada más excelente, lo dediques a Dios. Cuando hayas pagado la deuda al autor, puedes ofrecer tus obras en beneficio y ayuda de los hombres, y prestar ayuda a las necesidades, ya sea con dinero, o con oficio, o incluso con cualquier don; lo cual se extiende ampliamente en vuestro ministerio: con dinero, para socorrer: con deuda, para liberar al obligado: con oficio, para recibir lo que debe ser guardado, que teme perder, quien creyó que debía ser depositado.

253. Es deber, por tanto, guardar y devolver el depósito. Pero a veces se hace una permutación, ya sea por tiempo o por necesidad, para que no sea deber devolver lo que has recibido; como si alguien, contra la patria, llevando ayuda a los bárbaros, un enemigo declarado reclama el dinero: o si devuelves a alguien, cuando hay quien extorsiona: si devuelves a un furioso, cuando no puede guardar: si no niegas una espada depositada a un demente, con la que se matará, ¿no es contra el deber haber devuelto? Si recibes a sabiendas lo robado, para que se defraude al que lo perdió, ¿no es contra el deber?

254. También es contrario al deber (22, quaest. 4, c. Est etiam) a veces cumplir una promesa, guardar un juramento: como Herodes, quien juró que daría a la hija de Herodías lo que pidiera, y cumplió con la muerte de Juan, para no negar su promesa (Mat. XIV, 7 y ss.). Pues, ¿qué diré de Jefté, quien sacrificó a su hija, que fue la primera en salir a su encuentro victorioso, para cumplir el voto que había prometido, de ofrecer a Dios lo que primero le saliera al encuentro (Jue. XI, 39)? Hubiera sido mejor no prometer nada semejante, que cumplir la promesa con un parricidio.

255. No ignoráis cuán importante es prever esto. Y por eso se elige al levita, que custodie el santuario, para que no se equivoque en el consejo, no abandone la fe, no tema la muerte, no actúe con intemperancia, para que en su apariencia misma muestre gravedad: y no solo debe tener un alma, sino también unos ojos continentes, quien debe ser decoroso; para que ni siquiera un encuentro fortuito viole su frente de sobriedad; pues: Quien mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón (Mat. V, 28). Así, el adulterio no solo se comete por la contaminación del hecho, sino también por la intención de la mirada.

256. Estas cosas parecen grandes y demasiado severas, pero no son superfluas en un gran ministerio; cuando es tan grande la gracia de los levitas, que de ellos Moisés decía en las

bendiciones: Dad a Leví sus hombres, dad a Leví sus manifiestos, dad a Leví la suerte de su sufragio, y su verdad al hombre santo, a quien tentaron en las tentaciones, maldijeron sobre el agua de la contradicción. Quien dice a su padre y a su madre: No te conozco; y no reconoce a sus hermanos, y reniega de sus hijos: este guarda tus palabras, y observa tu testamento (Deut. XXXIII, 8 y ss.).

257. Por tanto, aquellos son sus hombres y sus manifiestos, que no tienen dolo en el corazón, no ocultan fraude, sino que guardan sus palabras y las meditan en su corazón, como también María meditaba (Luc. II, 19): que no conocen a sus padres como preferibles a su deber, que odian a los violadores de la castidad, que vengan la injuria de la pureza, que conocen los tiempos de los deberes; qué es mayor, qué es menor, qué es adecuado a cada tiempo, y que sigan solo lo que es honesto; ciertamente, donde hay dos cosas honestas, piensen que debe preferirse lo más honesto; estos son justamente benditos.

28. Si alguien, por tanto, manifiesta las justicias de Dios, que ponga incienso: Bendice, Señor, su virtud, recibe las obras de sus manos (Deut. XXXIII, 10); para que encuentre la gracia de la bendición profética ante aquel que vive y reina por los siglos de los siglos, Amén.

## LIBRO SEGUNDO.

### 69 CAPÍTULO I.

La felicidad de la vida se adquiere con la honestidad, ya que el cristiano, despreciando la gloria y los favores de los hombres, tiene como deseo que sus obras agraden solo a Dios.

1. En el libro anterior tratamos sobre los deberes que consideramos convenientes a la honestidad, en la cual nadie duda que se encuentra la vida feliz, que la Escritura llama vida eterna. Pues tal es el esplendor de la honestidad, que hacen la vida feliz la tranquilidad de la conciencia y la seguridad de la inocencia. Y por eso, así como el sol naciente oculta el globo de la luna y las demás luces de las estrellas, así el resplandor de la honestidad, cuando brilla con verdadero e incorrupto esplendor, oscurece las demás cosas que se consideran buenas según el placer del cuerpo, o según el mundo claras e ilustres.

2. Feliz ciertamente, que no se estima por juicios ajenos, sino que se percibe por los propios sentidos, como juez de sí mismo. Pues no busca opiniones populares como recompensa alguna, ni teme como castigo. Por tanto, cuanto menos sigue la gloria, más se eleva sobre ella. Pues quienes buscan la gloria, para ellos es recompensa de lo presente, sombra de lo futuro, que impide la vida eterna; lo que está escrito en el Evangelio: En verdad os digo, ya recibieron su recompensa (Mat. VI, 2); de aquellos, ciertamente, que como trompeta sonando, desean hacer pública su liberalidad que ejercen con los pobres. De manera similar, también sobre el ayuno que hacen por ostentación: Tienen, dice, su recompensa.

3. Por tanto, es de la honestidad hacer misericordia, o ayunar en secreto; para que parezca que buscas la recompensa solo de tu Dios, no también de los hombres. Pues quien la busca de los hombres, tiene su recompensa: pero quien la busca de Dios, tiene la vida eterna: que no puede otorgar sino el autor de la eternidad, como aquello: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43). Por lo cual, más expresamente la Escritura llamó vida eterna a aquella que es feliz; para que no se dejara a las opiniones de los hombres para ser estimada, sino que se confiara al juicio divino.

### CAPÍTULO II.

Varias opiniones de los filósofos sobre la felicidad: se prueba primero por el Evangelio que consiste en el conocimiento de Dios y en el estudio de las buenas obras: luego, para que no parezca tomado de los filósofos, se confirma con testimonios de los profetas.

4. Por tanto, los filósofos colocaron la vida feliz, unos en no sentir dolor, como Hierónimo: otros en el conocimiento de las cosas, como Herilo, quien al escuchar de Aristóteles y Teofrasto que el conocimiento de las cosas era maravillosamente alabado, lo colocó como el único bien supremo; aunque ellos lo alabaron como un bien, no como el único bien. Otros dijeron que el placer, como Epicuro: otros, como Calipo, y después de él Diodoro, lo interpretaron de tal manera que uno añadió la honestidad al placer, otro a la ausencia de dolor, lo cual no puede ser sin la vida feliz. Zenón el Estoico consideró que el único y supremo bien es lo honesto: Aristóteles, sin embargo, o Teofrasto y los demás peripatéticos, afirmaron que la vida feliz está en la virtud, es decir, en la honestidad, pero que su felicidad se completa también con los bienes del cuerpo y externos.

5. Pero la Escritura divina colocó la vida eterna en el conocimiento de la divinidad y en el fruto de la buena obra. De hecho, de ambas afirmaciones hay testimonio evangélico. Pues sobre el conocimiento, así dijo el Señor Jesús: Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII, 3). Y sobre las obras, así respondió: Todo el que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa, o hijos, o campos por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna (Mat. XIX, 29).

6. Pero para que no se estime que esto es reciente, y tratado antes por los filósofos que predicado en el Evangelio (pues los filósofos son anteriores al Evangelio, es decir, Aristóteles y Teofrasto, o Zenón y Hierónimo, pero posteriores a los profetas), se puede ver claramente que mucho antes de que se escuchara el nombre de los filósofos, por boca del santo David se expresó abiertamente ambos. Pues está escrito: Bienaventurado el que tú instruyes, Señor; y le enseñas de tu ley (Sal. XCIII, 12). Y en otro lugar: Bienaventurado el hombre que teme al Señor, en sus mandamientos se deleitará en gran manera (Sal. CXI, 1). Hemos demostrado sobre el conocimiento, cuyo premio recordó que es el fruto de la eternidad, añadiendo el Profeta, que en la casa de este que teme al Señor, o instruido en la Ley, y que se deleita en los mandamientos divinos: Gloria y riquezas, y su justicia permanece para siempre (Ibid. 3). También sobre las obras en el mismo salmo añadió que hay premio de vida eterna para el hombre justo. De hecho, dice: Bienaventurado el hombre que se compadece y presta, dispondrá sus palabras con juicio; porque no será conmovido para siempre. En memoria eterna será el justo (Ibid., 5, 6). Y más adelante: Esparció, dio a los pobres, su justicia permanece para siempre (Ibid., 9).

7. Por tanto, la fe tiene vida eterna, porque es un buen fundamento: y las buenas obras también, porque el hombre justo se prueba tanto en palabras como en hechos. Pues si está ejercitado en palabras, y es perezoso en obras, refuta su prudencia con hechos: y es más grave saber qué hacer, y no haber hecho lo que se reconoció que debía hacerse. Por el contrario, ser diligente en obras, infiel en afecto, es como si quisieras elevar hermosos tejados sobre un fundamento defectuoso: cuanto más construyas, más se derrumba; porque sin el apoyo de la fe, las buenas obras no pueden permanecer. Un puerto inseguro perfora el barco, y el suelo arenoso cede rápidamente, y no puede soportar las cargas de la edificación impuesta. Allí, por tanto, la plenitud del premio, donde la perfección de las virtudes, y una cierta igualdad de sobriedad en hechos y palabras.

CAPÍTULO III.

Se examina la definición de felicidad tomada de las Escrituras, y se demuestra que nada le añade ni le quita por los bienes externos o por las incomodidades.

8. Y puesto que el mero conocimiento de las cosas ha sido rechazado, ya sea como vano según las disputas superfluas de la Filosofía, o como una sentencia semiperfecta; consideremos cómo la Escritura divina resuelve la sentencia sobre esto, sobre lo cual vemos que las cuestiones de la Filosofía son tan múltiples e implicadas y confusas. Pues la Escritura no afirma que nada es bueno sino lo que es honesto, y juzga que la virtud es feliz en todo estado de cosas, que no se aumenta con los bienes del cuerpo, o externos, ni se disminuye con las adversidades: y nada es tan feliz, sino lo que está alejado del pecado, lleno de inocencia, lleno de la gracia de Dios. Pues está escrito: Bienaventurado el hombre que no anduvo en consejo de impíos, ni estuvo en camino de pecadores, ni se sentó en silla de escarnecedores: sino que en la ley del Señor está su delicia (Sal. I, 1, 2). Y en otro lugar: Bienaventurados los inmaculados en el camino, que andan en la ley del Señor (Sal. CXVIII, 1).

9. Por tanto, la inocencia y el conocimiento hacen feliz. También advertimos anteriormente que la recompensa de la buena obra es la felicidad de la vida eterna (Sup., cap. 2). Por tanto, queda que, despreciando el patrocinio del placer, o el temor del dolor (de los cuales uno es como quebrantado y blando, el otro como afeminado e ineficaz), se demuestre que la vida feliz se eleva incluso en los mismos dolores. Lo cual puede enseñarse fácilmente, cuando leemos: Bienaventurados sois cuando os injurien, y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros por causa de la justicia. Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos. Así persiguieron también a los profetas que fueron antes de vosotros (Mat. V, 11, 12). Y en otro lugar: El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz, y sígame (Mat. XVI, 24).

#### CAPÍTULO IV.

El mismo argumento, a saber, que la felicidad no se disminuye ni se aumenta por las cosas externas, se ilustra con ejemplos de los antiguos.

10. Por tanto, hay felicidad incluso en los dolores, que la virtud llena de suavidad comprime y cohibe, abundante en sus propias riquezas domésticas, ya sea para la conciencia, ya sea para la gracia. Pues no era poco feliz Moisés, cuando rodeado por los pueblos de Egipto, y cerrado por el mar, encontró por sus piadosos méritos un camino peatonal a través de las olas para él y su pueblo (Éx. XIV, 13). ¿Cuándo fue más fuerte, que entonces cuando, rodeado por peligros extremos, no desesperaba de la salvación, sino que exigía el triunfo?

11. ¿Qué de Aarón, cuándo se creyó más feliz, que entonces cuando se interpuso entre los vivos y los muertos, y con su presencia detuvo la muerte, para que no pasara a las filas de los vivos desde los cadáveres de los muertos (Núm. XVI, 48)? ¿Qué diré del joven Daniel, que era tan sabio, que entre leones exasperados por el hambre, no se quebrantaba por ningún temor de bestial ferocidad: tan ajeno al miedo, que podía banquetear, sin temer que provocara a las fieras al pasto con su ejemplo (Dan. XIV)?

12. Por tanto, hay virtud incluso en el dolor, que ofrece a sí misma la dulzura de una buena conciencia; y por eso es indicio de que el dolor no disminuye el placer de la virtud. Así como, por tanto, no hay disminución de felicidad para la virtud por el dolor, así tampoco hay aumento por el placer del cuerpo o la gracia de los bienes. De los cuales el Apóstol dijo bellamente: Lo que para mí era ganancia, lo he considerado como pérdida por Cristo (Fil. III,

7, 8). Y añadió: Por quien he considerado todo como pérdida, y lo estimo como basura, para ganar a Cristo (Heb. XI, 26).

13. De hecho, Moisés consideró como pérdida los tesoros de los egipcios, y prefirió el oprobio de la cruz del Señor: ni entonces rico cuando abundaba en dinero, ni después pobre cuando carecía de alimento; a menos que tal vez entonces pareciera a alguien menos feliz, cuando en el desierto faltaba el alimento diario para él y su pueblo. Pero lo que nadie se atrevería a negar del sumo bien y de la felicidad, se le ministraba maná, es decir, pan de ángeles del cielo: también la lluvia diaria de carne abundaba en los banquetes de todo el pueblo (Éx. XVI, 13 y ss.).

14. También al santo Elías le faltaba pan para su sustento, si se buscaba (III Re. XVII, 6): pero no parecía faltar, porque no se buscaba. Por tanto, por el servicio diario de los cuervos, por la mañana se le traía pan, carne por la tarde. ¿Acaso por eso era menos feliz, porque era pobre para sí mismo? De ninguna manera. Más bien, era más feliz, porque era rico para Dios. Pues es mejor ser rico para otros que para uno mismo, como lo era este, que en tiempo de hambre pedía comida a una viuda, para que la tinaja de harina no se agotara durante tres años y seis meses, y el vaso de aceite de la viuda pobre bastara y proveyera para los usos diarios (Ibid., 14). Con razón Pedro quería estar allí, donde veía a estos (Mat. XVII, 4). Con razón aparecieron en el monte con Cristo en gloria; porque él mismo también se hizo pobre, siendo rico.

15. Por tanto, ningún apoyo proporcionan las riquezas para la vida feliz. Lo cual el Señor demostró claramente en el Evangelio diciendo: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tienen hambre y sed, porque serán saciados. Bienaventurados los que ahora lloran, porque reirán (Luc. VI, 20 y ss.). Por tanto, se ha declarado muy claramente que la pobreza, el hambre, el dolor, que se consideran males, no solo no son un impedimento para la vida feliz, sino que también son una ayuda.

## CAPÍTULO V.

Las cosas que se consideran buenas, a menudo son un impedimento para la vida feliz: y las que se consideran malas, son materia de virtudes: lo cual se confirma con ejemplos de felicidad y otros.

16. Pero también aquellas cosas que parecen buenas, riquezas, saciedad, alegría exenta de dolor, se ha demostrado que son un detrimento para el fruto de la felicidad, por el juicio del Señor, cuando se dice: ¡Ay de vosotros, ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros, que estáis saciados, porque tendréis hambre (Ibid., 24 y ss.)! Y a aquellos que ríen, porque llorarán. Así, por tanto, no solo no son un apoyo para la vida feliz los bienes del cuerpo o externos, sino que también son un detrimento.

17. De ahí que Nabote fuera feliz incluso cuando era lapidado por un rico (III Re. XXI, 13), porque pobre e indefenso frente a las riquezas reales, era rico solo en afecto y religión, para no cambiar la herencia de la viña paterna por dinero real: y por eso perfecto, porque defendería con su propia sangre los derechos de sus mayores. De ahí también que Acab fuera miserable incluso en su propio juicio, porque había hecho matar a un pobre; para poseer su viña.

18. Es cierto que el único y supremo bien es la virtud, y que ella sola abunda para el fruto de la vida feliz: ni los bienes externos o del cuerpo, sino solo la virtud proporciona la vida feliz,

por la cual se adquiere la vida eterna. Pues la vida feliz es el fruto de lo presente: pero la vida eterna es la esperanza de lo futuro.

19. Sin embargo, hay quienes en este cuerpo tan débil, tan frágil, consideran imposible la vida feliz, en la cual es necesario angustiarse, dolerse, lamentarse, enfermarse: como si yo dijera que la vida feliz consiste en la exultación del cuerpo, y no en la altura de la sabiduría, la dulzura de la conciencia, la sublimidad de la virtud. Pues no es estar en la pasión, sino ser vencedor de la pasión lo que es feliz, ni quebrantarse por el movimiento del dolor temporal.

20. Supón que suceden estas cosas que se consideran graves en cuanto a la fuerza del dolor, ceguera, exilio, hambre, violación de la hija, pérdida de los hijos. ¿Quién negará que Isaac fue feliz, que no veía en su vejez, y confería bendiciones de felicidad (Gen. XVII, 1 y ss.)? ¿No fue feliz Jacob, que huyó de su patria, mercenario pastor soportó el exilio, lamentó que la pureza de su hija fuera violada, sufrió hambre (Gen. XXXI, 1 y ss.)? ¿No son felices aquellos de cuya fe Dios da testimonio, cuando se dice: Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob (Gen. XXXIV, 1 y ss.)? La servidumbre es miserable, pero no miserable José; más bien, ciertamente feliz, cuando en servidumbre reprimía las lujurias de su señora (Gen. XXXIV, 8 y ss.). ¿Qué diré del santo David, que lloró la muerte de tres hijos (II Re. XIII, 3), y lo que es más duro, el incesto de su hija (II Re. XVIII, 33)? ¿Cómo no ser feliz, de cuya sucesión surgió el autor de la felicidad, que hizo felices a muchos? Pues bienaventurados los que no vieron y creyeron (Juan XX, 29). También ellos estuvieron en el sentido de la debilidad, pero prevalecieron de la debilidad fuertes. ¿Qué más laborioso que el santo Job, ya sea en el incendio de su casa, o en la muerte momentánea de sus diez hijos, dolores corporales? ¿Acaso menos feliz, que si no hubiera soportado aquellas cosas en las que fue más probado (Job I, 14 ss.; II, 7 ss.)?

21. Sin embargo, supón que hubo en ellos algo de amargura, que la virtud del alma no oculta el dolor. Pues no negaré que el mar profundo, porque hay costas poco profundas; ni el cielo claro, porque a veces se cubre de nubes: ni la tierra fecunda, porque en algunos lugares hay grava estéril: o las cosechas abundantes, porque suelen tener avena estéril mezclada. De manera similar, supón que la cosecha de la conciencia feliz se interpone con alguna amargura de dolor. ¿No se oculta en los manojos de la vida feliz, si algo adverso y amargo sucede, como avena estéril, o como la amargura del cizaña se cubre con la dulzura del trigo? Pero ya pasemos a lo propuesto.

## CAPÍTULO VI.

Sobre lo útil, no aquel lucrativo, sino justo y honesto, que incluso se busca con pérdidas: y se divide en útil corporal y de piedad.

22. En el libro anterior hicimos la división de tal manera, que en primer lugar estaba lo honesto y decoroso, de donde se derivan los deberes, en segundo lugar lo útil. Y así como en el primero dijimos que entre lo honesto y lo decoroso hay cierta distinción, que puede más entenderse que explicarse: así también cuando tratamos lo útil, parece que debe considerarse qué es más útil.

23. Sin embargo, no evaluamos la utilidad por la estimación de ganancia pecuniaria, sino por la adquisición de piedad; como dice el Apóstol: "La piedad es útil para todo, teniendo promesa de la vida presente y de la futura" (I Tim. IV, 8). Así, en las Escrituras divinas, si buscamos diligentemente, a menudo encontramos que lo honesto es llamado útil: "Todo me

es lícito, pero no todo es útil" (I Cor., VI, 12). Antes hablaba de los vicios. Por lo tanto, dice esto: Es lícito pecar, pero no es decoroso. Los pecados están en nuestro poder, pero no son honestos. Es fácil entregarse a la lujuria, pero no es justo. Pues no se recoge alimento para Dios, sino para el vientre.

24. Por lo tanto, porque lo que es útil también es justo: es justo que sirvamos a Cristo, quien nos redimió; por eso son justos aquellos que se ofrecieron a la muerte por su nombre: injustos los que se desviaron, de quienes dice: "¿Qué utilidad hay en mi sangre?" (Salmo XXIX, 10); es decir, ¿qué progreso hay en mi justicia? De ahí también aquellos: "Atémosle al justo, porque nos es inútil" (Isaías III, 10), es decir, injusto es quien nos reprende, condena, corrige. Aunque esto también puede derivarse a la avaricia de los hombres impíos, que está cercana a la perfidia; como leemos en Judas el traidor, quien por el afán de avaricia y el deseo de dinero, cayó y se enredó en el lazo de la traición.

25. Por lo tanto, debemos tratar sobre esta utilidad, que está llena de honestidad, como el mismo Apóstol definió diciendo: "Esto lo digo para vuestra utilidad, no para poner un lazo, sino para lo que es honesto" (I Cor. VII, 35). Está claro, por lo tanto, que lo que es honesto es útil; y lo que es útil, honesto: y lo que es útil, justo; y lo que es justo, útil. Pues no hablo a mercaderes ávidos de ganancia, sino a hijos, y hablo de los Oficios, que deseo inculcar e infundir en vosotros, a quienes elegí para el ministerio del Señor; para que lo que está impreso y arraigado en vuestras mentes y costumbres por el uso y la institución, también se revele por la palabra y la disciplina.

26. Por lo tanto, al hablar de utilidad, usaré ese versículo profético: "Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia" (Salmo 118, 36); para que el sonido de la utilidad no despierte el deseo de dinero. De hecho, algunos tienen: "Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la utilidad"; es decir, aquella utilidad que busca el comercio de ganancias, aquella que se inclina y deriva por el uso de los hombres hacia el estudio del dinero. Pues comúnmente solo llaman útil a lo que es lucrativo: pero nosotros tratamos sobre esa utilidad, que se busca con pérdidas; para que ganemos a Cristo, cuya ganancia es la piedad con suficiencia (I Tim. VI, 6). Gran ganancia, ciertamente, es aquella por la cual adquirimos piedad, que es rica ante Dios, no con facultades caducas, sino con dones eternos; en los cuales no hay una tentación resbaladiza, sino una gracia constante y perpetua.

27. Por lo tanto, hay una utilidad corporal y otra de piedad, como dividió el Apóstol: "Porque el ejercicio corporal para poco es útil; pero la piedad para todo es útil" (I Tim. IV, 8). ¿Y qué hay más honesto que la integridad? ¿Qué más decoroso que mantener el cuerpo inmaculado y la pureza inviolada e intachable? ¿Qué también más decoroso que una esposa viuda guarde fidelidad a su difunto esposo? ¿Qué más útil que esto, por lo cual se adquiere el reino celestial? Pues hay quienes se hicieron eunucos por el reino de los cielos (Mat. XIX, 12).

## CAPÍTULO VII.

La utilidad es lo mismo que la honestidad; y nada es más útil que el amor, que se adquiere con mansedumbre, afabilidad, beneficencia, justicia y otras virtudes; como se entiende por la historia de Moisés y David: finalmente, del amor nace la fe, y de la fe el amor.

28. Por lo tanto, no solo hay una convivencia familiar de honestidad y utilidad, sino que también la misma utilidad es la honestidad. Por eso, aquel que quería abrir el reino de los cielos a todos, no buscaba lo que le era útil a él, sino lo que era útil para todos. De ahí que

debamos hacer un orden y un grado, incluso desde lo que es común y usual hasta lo que es excelente; para que de muchas cosas recojamos el progreso de la utilidad.

29. Y primero debemos saber que nada es tan útil como ser amado: nada tan inútil como no ser amado; pues ser odiado lo considero fatal y demasiado peligroso. Por lo tanto, debemos esforzarnos en recomendar nuestra reputación y opinión con toda diligencia, y primero influir en el afecto de los hombres con la placidez de la mente y la benignidad del ánimo. Pues la bondad es popular y grata para todos, y nada se infiltra tan fácilmente en los sentidos humanos. Si esto se ayuda con la mansedumbre de las costumbres y la facilidad, luego con la moderación del precepto, y la afabilidad del discurso, el honor de las palabras, también con la gracia de la paciencia en el turno de los discursos, increíble cuánto avanza hacia el cúmulo del amor.

30. Pues leemos no solo en los privados, sino también en los mismos reyes, cuánto ha avanzado la facilidad de la afabilidad amable, o cuánto ha perjudicado la soberbia y la hinchazón de las palabras; hasta el punto de que los mismos reinos se tambaleaban y el poder se disolvía. Ya si alguien comprende la gracia popular con consejo, uso, ministerio, oficios: o si alguien ofrece su peligro por todo el pueblo; no hay duda de que tanto amor se le devolverá por parte del pueblo, que el pueblo preferirá su salvación y gracia a la suya propia.

31. Cuántas injurias absorbía Moisés del pueblo (Éxodo XXXII, 11 y ss.): y cuando el Señor quería vengarse de los insolentes; sin embargo, él se ofrecía frecuentemente por el pueblo, para sustraer al pueblo de la indignación divina. Con cuánta palabra suave, después de las injurias, llamaba al pueblo, lo consolaba en los trabajos, lo calmaba con oráculos, lo fomentaba con obras: y aunque hablaba constantemente con Dios (Génesis XXXIII, 8 y ss.); sin embargo, solía dirigirse a los hombres con una humilde y grata apelación. Merecidamente fue estimado por encima de los hombres, de modo que no podían mirar su rostro (Génesis XXXIV, 29 y ss.), y creían que su sepultura no fue encontrada (Deuteronomio XXXIV, 6); porque había vinculado las mentes de todo el pueblo a sí mismo, de modo que lo amaban más por su mansedumbre que lo admiraban por sus hechos (I Samuel X, 12, y en otros lugares).

32. ¿Qué decir de su imitador, el santo David, elegido entre todos para gobernar al pueblo, cuán manso y amable, humilde de espíritu, diligente de corazón, fácil de afecto? Antes del reino se ofrecía por todos: como rey igualaba su milicia con todos, y compartía el trabajo: fuerte en la batalla, manso en el mando, paciente en la injuria, más dispuesto a soportar que a devolver las injurias. Por eso era tan querido por todos, que siendo joven fue buscado para el reino incluso contra su voluntad, resistiendo fue obligado, siendo anciano fue rogado por los suyos para que no participara en la batalla; porque preferían todos arriesgarse por él, que él por todos.

33. Así había obligado al pueblo con sus servicios gratuitos (II Samuel II, 2 y ss.), primero, que en las discordias del pueblo prefería exiliarse en Hebrón, que reinarse en Jerusalén: luego, que incluso amaba la virtud puesta en el enemigo: pensaba que la justicia debía ser otorgada igualmente a aquellos que llevaban armas contra él como a los suyos: finalmente (II Samuel III, 32 y ss.) admiró al más fuerte defensor de la parte adversa, al duque Abner que traía batallas, y no despreció su gracia de paz cuando la pidió, lo honró con un banquete: lamentó y lloró su muerte por insidias, honró sus exequias, vengó su muerte, prestó fidelidad a su conciencia, la cual transcribió a su hijo entre los derechos hereditarios, más preocupado por no dejar la muerte del inocente sin venganza, que por lamentar su propia muerte.

34. No es poca cosa, especialmente en un rey, cumplir así los deberes de la humildad, para mostrarse común incluso con los más bajos, no buscar alimento con el peligro ajeno, rechazar la bebida (II Samuel XXIII, 13 y ss.), confesar el pecado, ofrecerse a sí mismo a la muerte por el pueblo, para que la indignación divina se volviera sobre él, cuando al ángel que golpeaba le decía: "Aquí estoy, yo he pecado, y yo, el pastor, he hecho mal, y este rebaño, ¿qué ha hecho? Que tu mano sea sobre mí."

35. Pues, ¿qué más decir, que no abría su boca a los que meditaban engaño, y, como si no oyera, no consideraba necesario responder palabra alguna: no respondía a las injurias: cuando se le menospreciaba, oraba: cuando se le maldecía, bendecía? Caminando en simplicidad, y huyendo de los soberbios, seguidor de los inmaculados, que mezclaba ceniza con sus alimentos, cuando deploraba sus propios pecados, y temperaba su bebida con lágrimas (Salmo XXXVII, 14, y en otros lugares). Merecidamente fue tan buscado por todo el pueblo, que vinieron a él todas las tribus de Israel diciendo: "He aquí, somos tu hueso y tu carne: ayer y anteayer, cuando Saúl era rey sobre nosotros; tú eras quien sacabas y traías a Israel. Y el Señor te dijo: Tú apacientarás a mi pueblo" (II Samuel V, 1 y ss.). ¿Y qué más decir de él, de quien salió tal sentencia de Dios, que de él dijera: "He hallado a David conforme a mi corazón" (Salmo LXXXVIII, 21)? Pues, ¿quién caminó en santidad de corazón y justicia como él, para cumplir la voluntad de Dios: por quien incluso a sus descendientes pecadores se les dio perdón, y se reservó prerrogativa a los herederos (I Reyes XI, 12, 13)?

36. ¿Quién, pues, no amaría a aquel, a quien veía tan querido por sus amigos; que porque él sinceramente amaba a sus amigos, igualmente se consideraba amado por sus amigos? Finalmente, los padres lo preferían a sus hijos, los hijos lo preferían a sus padres. De ahí que Saúl, gravemente indignado, quiso herir a su hijo Jonatán con una lanza; porque juzgaba que la amistad de David valía más para él que la piedad o la autoridad paterna (I Samuel XX, 30 y ss.).

37. Pues para el incentivo del amor común contribuye mucho, si alguien devuelve el afecto a los que le aman, y demuestra que ama no menos de lo que es amado, y eso se manifiesta con ejemplos de amistad fiel. Pues, ¿qué hay más popular que la gracia? ¿Qué hay más innato en la naturaleza, que amar al que te ama? ¿Qué hay más arraigado e impreso en los afectos humanos, que inducir en el ánimo amar a aquel de quien deseas ser amado? Merecidamente dice el sabio: "Pierde dinero por el hermano y el amigo" (Eclesiástico XXIX, 13). Y en otro lugar: "No me avergonzaré de saludar al amigo, y no me esconderé de su rostro" (Eclesiástico XXII, 31). Pues el sermón eclesiástico testimonia que en el amigo está el medicamento de la vida y la inmortalidad (Eclesiástico VI, 16): y nadie dudará que en el amor está la máxima protección, cuando el Apóstol dice: "Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta, el amor nunca falla" (I Cor. XIII, 7 y ss.).

38. Por eso David no cayó, porque fue querido por todos, y prefirió ser amado por sus súbditos que ser temido. Pues el temor guarda las vigilias de la protección temporal, no conoce la custodia de la duración. Por lo tanto, donde el temor cesa, la audacia se infiltra; porque la fe no la impone el temor, sino que la exhibe el afecto.

39. Por lo tanto, el primer paso para nuestra recomendación es el amor. Es bueno, por lo tanto, tener un buen testimonio del amor de muchos. De aquí nace la fe, para que incluso los extraños no teman confiarse a tu afecto, al ver que eres querido por muchos. De manera similar, también se llega al amor a través de la fe; para que quien haya demostrado fe a uno o dos, como si influyera en los ánimos de todos, adquiriera la gracia de todos.

## CAPÍTULO VIII.

Nada vale más para conciliar la gracia que los consejos: pero nadie puede confiar en ellos, a menos que se basen en la justicia y la prudencia: cuán brillantes han sido estas dos virtudes en Salomón, se hace evidente por su célebre juicio.

40. Por lo tanto, estas dos cosas contribuyen mucho a nuestra recomendación, el amor y la fe; y la tercera es esta, si tienes algo que muchos consideren digno de admiración y crean que debe ser honrado.

41. Y como el uso de los consejos concilia especialmente a los hombres, por eso se desea la prudencia y la justicia en cada uno, y se esperan de muchos; para que en quien estén, a él se le confíe la fe, que pueda dar un consejo útil y fiel al que lo desea. Pues, ¿quién se confiará a aquel que no cree que sabe más que él mismo, que busca consejo? Es necesario, por lo tanto, que sea más excelente aquel de quien se busca consejo, que aquel que lo pide. Pues, ¿por qué consultar a un hombre, a quien no crees que pueda encontrar algo mejor de lo que tú mismo entiendes?

42. Pero si encuentras a alguien que sobresale en vivacidad de ingenio, vigor de mente y autoridad, y se añade a esto que está más preparado por ejemplo y uso, resuelve los peligros presentes, prevé los futuros, anuncia los inminentes, resuelve el argumento, lleva el remedio a tiempo, está preparado no solo para aconsejar, sino también para ayudar; a este se le tiene tanta fe, que dice quien busca consejo: "Y si me suceden males por él, los soporto" (Eclesiástico XXII, 31).

43. Por lo tanto, confiamos nuestra salud y reputación a un hombre de este tipo, que sea, como dije antes, justo y prudente. Pues la justicia hace que no haya temor de fraude: también la prudencia hace que no haya sospecha de error. Sin embargo, nos confiamos más fácilmente a un hombre justo que a un prudente, para hablar según el uso común. Sin embargo, según la definición de los sabios, en quien hay una virtud, concurren las demás, y no puede haber prudencia sin justicia. Lo que también encontramos en nuestros escritos; pues dice David: "El justo se compadece y presta" (Salmo XXXVI, 21). ¿Qué presta el justo? En otro lugar dice: "Dichoso el hombre que se compadece y presta, dispondrá sus palabras con juicio" (Salmo CXI, 5).

44. Aquel noble juicio de Salomón, ¿no está lleno de sabiduría y justicia? Por lo tanto, veamos si es así. Dos mujeres, dice, se presentaron ante el rey Salomón, y una de ellas le dijo: Escúchame, señor. Yo y esta mujer habitamos en una misma habitación, hace tres días que di a luz, y cada una de nosotras tuvo un hijo, y estábamos solas, sin ningún árbitro en casa, ni otra mujer con nosotras, solo nosotras dos: y su hijo murió esta noche, porque se acostó sobre él: y se levantó a medianoche, y tomó a mi hijo de mi seno, y lo colocó en su regazo, y a su hijo muerto lo puso en mi seno. Y me levanté por la mañana para amamantar al niño, y lo encontré muerto. Y lo consideraré al amanecer, y no era mi hijo. Y la otra respondió: No, sino que mi hijo es el que vive: pero tu hijo es el que está muerto (I Reyes III, 16 y ss.).

45. Y esta era la contienda, ya que ambas reclamaban para sí al hijo vivo: pero negaban que el muerto fuera suyo. Entonces el rey ordenó traer una espada, y dividir al niño, y dar a cada una una parte: la mitad a una, y la mitad a la otra. Exclamó la mujer que era la verdadera madre, conmovida por el afecto: No, señor, no divides al niño: mejor dáselo a ella, y que viva, y no lo mates. Pero la otra respondió: Ni mío, ni de ella sea el niño, divídanlo. Y el rey

decidió dar el niño a la mujer que había dicho: No lo maten, sino denlo a esa mujer; porque, dijo, sus entrañas se conmovieron por su hijo.

46. Por lo tanto, no sin razón se consideró que el entendimiento de Dios estaba en él; pues, ¿qué está oculto para Dios? Pero, ¿qué hay más oculto que el testimonio de las entrañas internas, en las que el entendimiento del sabio desciende como un árbitro de piedad, y extrae como una voz del vientre materno; porque se reveló el afecto materno, que prefería que su hijo viviera incluso con una extraña, que ser asesinado ante los ojos de su madre?

47. Por lo tanto, fue de sabiduría distinguir las conciencias ocultas, extraer la verdad de lo oculto; y como con una espada, así con la espada del espíritu penetrar no solo las entrañas del vientre, sino también del alma y la mente: también de justicia, para que quien había matado al suyo, no tomara el ajeno; sino que la verdadera madre recuperara al suyo. Finalmente, también la Escritura lo pronunció: "Oyó, dice, todo Israel este juicio que el rey había juzgado: y temieron ante el rey, porque el entendimiento de Dios estaba en él, para hacer justicia" (I Reyes III, 28). Finalmente, el mismo Salomón pidió la sabiduría, para que se le diera un corazón prudente para escuchar y juzgar con justicia (Ibid., 9).

## CAPÍTULO IX.

Aunque la justicia y la prudencia son indivisibles, es necesario servir al ingenio del vulgo que distingue las virtudes cardinales.

48. Está claro, por lo tanto, incluso según la Escritura divina, que es más antigua, que la sabiduría no puede existir sin justicia; porque donde hay una de estas virtudes, allí están ambas. También Daniel, cuán sabiamente, con una alta interrogación, descubrió la mentira de la acusación fraudulenta, de modo que la respuesta de los calumniadores no coincidía. Por lo tanto, fue de prudencia descubrir a los culpables con el testimonio de su propia voz: también de justicia, dar a los culpables el castigo, y liberar al inocente (Daniel XIII, 54 y ss.).

49. Por lo tanto, hay una convivencia indivisible de sabiduría y justicia: pero por el uso del vulgo se divide una cierta forma de virtudes, de modo que la templanza está en despreciar los placeres: la fortaleza se observa en los trabajos y peligros: la prudencia en la elección de los bienes, sabiendo distinguir lo conveniente y lo adverso: la justicia que es buena guardiana del derecho ajeno, y vengadora de la propiedad, conservando lo suyo a cada uno. Por lo tanto, que esta división cuatripartita hecha por la opinión común nos sea grata, para que, apartando el pie de esa sutil disputa de la sabiduría filosófica, que se extrae como de un adyton para la causa de la verdad a limar, sigamos el uso forense y el sentido popular. Guardando, por lo tanto, esta división, volvamos al propósito.

## CAPÍTULO X.

La salvación del hombre justo se confía más al consejo del prudente: pero aquel que ha unido en sí la justicia y la prudencia, suele ser buscado por todos: ejemplo de esto fue Salomón, de quien se exponen las palabras de la reina de Saba; también José y Daniel.

50. Confiamos nuestra causa al más prudente, y de él pedimos consejo más prontamente que de los demás. Sin embargo, el consejo fiel del hombre justo a menudo pesa más que el ingenio del más sabio. Pues son más útiles las heridas del amigo, que los besos de otros (Proverbios XXVII, 6). Luego, porque el juicio es del justo, pero el argumento es del sabio: en aquel está la censura de la discusión, en este la astucia de la invención.

51. Si conectas ambos aspectos, habrá una gran salud en los consejos, que todos contemplan con admiración por la sabiduría y amor por la justicia; de modo que todos busquen escuchar la sabiduría de aquel hombre, en quien se encuentra la unión de ambas virtudes: así como todos los reyes de la tierra buscaban ver el rostro de Salomón y escuchar su sabiduría; de tal manera que incluso la reina de Saba vino a él y lo puso a prueba con preguntas: Y vino, y le dijo todo lo que tenía en su corazón, y escuchó toda la sabiduría de Salomón, sin que ninguna palabra se le pasara por alto (III Reg. X, 2 y 3).

52. ¿Cuál es esa sabiduría que no pasa por alto nada, ni hay algo que el verdadero Salomón no le haya anunciado? Conócelo, oh hombre, por lo que escuchas que se dice: Es cierto, dice, el discurso que escuché en mi tierra sobre tus palabras y tu prudencia, y no creí a quienes me lo decían, hasta que vine y mis ojos lo vieron: y ahora no es ni siquiera la mitad de lo que me anunciaban. Has añadido bienes sobre todo lo que escuché en mi tierra. Bienaventuradas tus mujeres, y bienaventurados tus siervos que están ante ti, que escuchan toda tu prudencia (Ibid., 6 y ss.). Entiende el banquete del verdadero Salomón, y lo que se ofrece en ese banquete, entiende sabiamente, y considera en qué tierra la congregación de las naciones ha escuchado la fama de la verdadera sabiduría y justicia, y con qué ojos lo ha visto, contemplando ciertamente lo que no se ve. Porque lo que se ve es temporal, pero lo que no se ve es eterno (II Cor. IV, 14).

53. ¿Quiénes son las bienaventuradas mujeres, sino aquellas de las que se dice, porque muchas escuchan la palabra de Dios y la cumplen (Luc. XI, 28)? Y en otro lugar: Porque quienquiera que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano, hermana y madre (Mat. XII, 50). ¿Quiénes son también tus bienaventurados siervos que están ante ti, sino Pablo, quien decía: Hasta este día estoy testificando tanto a pequeños como a grandes (Act. XXVI, 22), Simeón que esperaba en el templo para ver la consolación de Israel (Luc. II, 25)? ¿Cómo podría pedir ser despedido, si no porque estando ante el Señor, no podía tener la facultad de partir, a menos que hubiera obtenido la voluntad del Señor? Salomón se nos propone como ejemplo, de quien se solicitaba con afán escuchar su sabiduría.

54. José tampoco estaba ocioso en la cárcel, para que no se le consultara sobre asuntos inciertos. Su consejo benefició a todo Egipto; de modo que no sintiera la esterilidad de siete años, y aliviara a otros pueblos del ayuno de la hambruna miserable (Gen. XLI, 10 y ss.).

55. Daniel, de entre los cautivos, hecho árbitro de los consejeros reales, corrigió el presente con sus consejos, anunció el futuro. Pues de lo que frecuentemente interpretó, mostró ser un verdadero anunciador, y se le otorgó fe en todo (Dan. II, 10 y ss.).

## CAPÍTULO XI.

Se muestra que la tercera condición que vale para conciliar la fe en alguien, resplandeció en Moisés, Daniel y José.

56. Pero también parece que el tercer lugar de aquellos que se estimarían dignos de admiración, se recorre con el ejemplo de José, Salomón y Daniel. Pues, ¿qué diré de Moisés, cuyos consejos todo Israel esperaba diariamente, cuya vida daba fe de su prudencia y aumentaba su admiración? ¿Quién no se confiaría al consejo de Moisés, a quien los ancianos, si algo consideraban que estaba por encima de su entendimiento y virtud, lo reservaban para ser juzgado?

57. ¿Quién rechazaría el consejo de Daniel, de quien Dios mismo dijo: ¿Quién es más sabio que Daniel? (Ezequ. XXVIII, 3)? ¿O cómo podrían los hombres dudar de sus mentes, a quienes Dios confería tanta gracia? Con el consejo de Moisés se llevaban a cabo las guerras: por los méritos de Moisés, del cielo fluía el alimento, la bebida de la roca.

58. ¡Qué puro el ánimo de Daniel, para suavizar las costumbres bárbaras, apaciguar a los leones (Dan. XIV, 39)! ¡Qué templanza en él! ¡Cuánta continencia de ánimo y cuerpo! No sin razón fue admirable para todos, cuando (lo que los hombres admiran vehementemente) apoyado por amistades reales, no buscaba oro, ni valoraba más el honor que se le ofrecía que la fe. Incluso prefería arriesgarse por la ley del Señor, que inclinarse por la gracia del hombre.

59. Pues, ¿qué diré de la castidad y justicia del santo José (a quien casi pasé por alto); de las cuales una rechazó las seducciones de las mujeres, rechazó las recompensas: la otra despreció la muerte, rechazó el miedo, prefirió la cárcel (Gen. XXXIX, 8 y ss.)? ¿Quién no juzgaría a este hombre idóneo para consultar sobre una causa privada, cuyo ánimo fértil y mente fecunda, con una especie de abundancia de consejos y corazón, fecundó la esterilidad del tiempo (Gen. XLI, 25 y ss.)?

## CAPÍTULO XII.

Nadie debe pedir consejo a un hombre contaminado por vicios; ni tampoco a uno malhumorado y difícil: sino a alguien cuyo ejemplo tenemos en las Escrituras.

60. Advertimos, por tanto, que en la adquisición de consejos, la probidad de vida, la prerrogativa de las virtudes, el uso de la benevolencia, la gracia de la facilidad, añaden mucho. ¿Quién buscaría una fuente en el lodo? ¿Quién pediría bebida de agua turbia? Por lo tanto, donde hay lujuria, donde hay intemperancia, donde hay confusión de vicios; ¿quién pensaría que de allí se puede extraer algo? ¿Quién no despreciaría la corrupción de las costumbres? ¿Quién juzgaría útil para la causa ajena a quien ve inútil para su propia vida? ¿Quién, además, no evitaría al malvado, al malévolo, al contumelioso, y preparado para hacer daño; quién no lo evitaría con todo esfuerzo?

61. ¿Quién, aunque esté bien instruido para la ayuda del consejo, buscaría a alguien de difícil acceso; en quien esté aquello, como si alguien cerrara una fuente de agua? Pues, ¿de qué sirve tener sabiduría, si niegas el consejo? Si cierras la oportunidad de consultar, has cerrado la fuente; de modo que ni fluya para otros, ni te beneficie a ti.

62. Sin embargo, conviene también sobre aquel que, teniendo prudencia, la mancha con las inmundicias de los vicios, porque contamina la salida del agua. Las vidas degeneradas acusan a los ánimos. ¿Cómo puedes juzgar superior en consejo a quien ves inferior en costumbres? Debe estar por encima de mí, a quien me dispongo a confiar. ¿O acaso lo consideraré idóneo para darme consejo, que no se lo da a sí mismo: y creeré que está disponible para mí, quien no está disponible para sí mismo: cuyo ánimo ocupan los placeres, lo domina la lujuria, lo somete la avaricia, lo perturba la codicia, lo sacude el miedo? ¿Cómo puede haber lugar para el consejo, donde no hay lugar para la tranquilidad?

63. Admirable y digno de respeto es el consejero (Isa. III, 3), que el Señor propicio dio a los Padres, y ofendido lo retiró. Quien puede dar consejo debe ser su imitador, y mantener su prudencia alejada de los vicios, porque nada impuro entra en ella.

## CAPÍTULO XIII.

Declarada la belleza de la sabiduría con testimonios divinos, el discurso pasa a probar su asociación con otras virtudes.

64. ¿Quién, pues, como si fuera un rostro, mostraría la apariencia de belleza, y con partes traseras bestiales y garras feroces deshonraría la gracia de la forma superior; cuando la forma de las virtudes es tan admirable y clara, y especialmente la belleza de la sabiduría, como indica la serie de las Escrituras? Porque esta es más hermosa que el sol, y comparada con toda la disposición de las estrellas, se encuentra superior a la luz. Pues esta luz la recibe la noche, pero la malicia no vence a la sabiduría (Sab. VII, 29).

65. Hemos hablado de su belleza, y lo hemos comprobado con el testimonio de la Escritura: queda por enseñar con la autoridad de la Escritura que no tiene compañía con los vicios, sino una envidiable unión con las demás virtudes: cuyo espíritu es elocuente, sin contaminación, seguro, santo, amante del bien, agudo, que no impide hacer el bien, benigno, estable, seguro, teniendo toda virtud, previendo todo (Sab. VII, 22 y ss.). Y más adelante: Enseña la sobriedad, la justicia y la virtud (Sab. VIII, 7).

#### CAPÍTULO XIV.

La prudencia está unida a todas las virtudes, pero especialmente con el desprecio de las riquezas.

66. Por tanto, la prudencia obra todo, tiene consorcio con todos los bienes. Pues, ¿cómo puede dar un consejo útil, si no tiene justicia, para revestirse de constancia, no temer la muerte, no ser desviado por ningún terror, ningún miedo, ninguna adulación de la verdad: no rechazar el exilio, que sabe que para el sabio el mundo es su patria: no temer la pobreza, que sabe que al sabio no le falta nada, para quien todo el mundo es riqueza? Pues, ¿qué hay más excelente que aquel hombre, que no se deja mover por el oro, que desprecia las riquezas, y desde una especie de fortaleza desprecia las codicias de los hombres? Quien haga esto, los hombres lo consideran por encima del hombre: ¿Quién es este, dice, y lo alabaremos? Pues ha hecho maravillas en su vida (Ecli. XXXI, 9). Pues, ¿cómo no admirar a quien desprecia las riquezas, que muchos han preferido a su propia salvación?

67. Por tanto, a todos les conviene la censura de la frugalidad, la autoridad de la continencia, y especialmente a quien sobresale en honor, para que los tesoros no posean al hombre eminente, y no sirva a las riquezas, quien está al frente de los libres. Más bien conviene que esté por encima del tesoro en ánimo, y por debajo del amigo en servicio. Pues la humildad aumenta la gracia. Esto es pleno de alabanza y digno de un hombre principal, no tener en común con los mercaderes de Tiro y los comerciantes de Galaad la codicia de ganancias deshonestas, ni colocar todo bien en el dinero, y como si fuera un mercenario, contar las ganancias diarias, calcular los beneficios.

#### CAPÍTULO XV.

Sobre la liberalidad. A quiénes principalmente debe impartirse: y de qué manera las personas de escasos recursos pueden ejercerla con obras y consejos.

68. Pero si es loable tener un ánimo sobrio respecto a estas cosas, cuánto más lo es si adquieres el amor de la multitud con liberalidad, ni demasiado en lo superfluo con los importunos, ni restringido con los necesitados.

69. Hay muchos tipos de liberalidad, no solo disponiendo y distribuyendo el sustento diario a los necesitados, para que puedan sostener su vida; sino también ayudando y socorriendo a aquellos que se avergüenzan de necesitar públicamente, para que no se agote el sustento común de los necesitados. Hablo de aquel que está al frente de algún cargo, como si ejerce el oficio de sacerdote, o de administrador; para que sugiera al obispo sobre ellos, y no reprima si conoce a alguien en alguna necesidad, o reducido a la necesidad de la pobreza por la pérdida de bienes: especialmente si no ha caído en esa desgracia por la disipación de la juventud, sino por el despojo de alguien y la pérdida de su patrimonio, de modo que no pueda ejercer el sustento diario.

70. También es una gran liberalidad redimir cautivos, rescatarlos de las manos de los enemigos, salvar a los hombres de la muerte, y especialmente a las mujeres de la deshonra, devolver a los hijos a los padres, a los padres a los hijos, restituir a los ciudadanos a la patria. Estas cosas son bien conocidas por la devastación de Iliria y Tracia: ¡cuántos cautivos había en venta por todo el mundo, que si los llamaras, no podrían llenar el número de una sola provincia! Sin embargo, hubo quienes, incluso aquellos que las Iglesias redimieron, quisieran devolverlos a la servidumbre, más gravosos que la misma cautividad, que envidiaran la misericordia ajena. Ellos, si hubieran caído en cautiverio, servirían como libres: si hubieran sido vendidos, no rechazarían el servicio de la servidumbre; y quieren rescindir la libertad ajena, quienes no podrían rescindir su propia servidumbre, a menos que tal vez les placiera recibir el precio del comprador: en lo cual, sin embargo, no se rescinde la servidumbre, sino que se redime.

71. Por tanto, la principal liberalidad es redimir cautivos, y especialmente del enemigo bárbaro, que no muestra ninguna humanidad hacia la misericordia, salvo lo que la avaricia reserva para la redención: asumir deudas ajenas, si el deudor no puede pagar, y se ve obligado a la solución, que es debida por derecho, y está desprovisto de recursos: alimentar a los pequeños, proteger a los huérfanos.

72. También hay quienes colocan a las vírgenes huérfanas de padres en matrimonio para proteger su castidad, y no solo las ayudan con diligencia, sino también con gastos. También hay un tipo de liberalidad que enseña el Apóstol: Que si algún fiel tiene viudas, las asista, para que la Iglesia no se vea gravada con su sustento, para que baste a aquellas que son verdaderamente viudas (I Tim. V, 16).

73. Por tanto, esta liberalidad es útil, pero no común a todos. Pues hay muchos hombres buenos, que son de escasos recursos, contentos con lo poco para su uso, pero no idóneos para el subsidio de aliviar la pobreza ajena; sin embargo, hay otro tipo de beneficencia, con la cual pueden ayudar al inferior. Pues hay una doble liberalidad: una que ayuda con el subsidio de la cosa, es decir, con el uso del dinero; otra que se emplea con la colaboración de las obras, mucho más frecuentemente más espléndida, y mucho más clara.

74. ¡Cuánto más ilustremente Abraham recuperó a su sobrino cautivo con armas victoriosas (Gen. XIV, 16), que si lo hubiera redimido! ¡Cuánto más útilmente el santo José ayudó al rey de Egipto con el consejo de la providencia, que si hubiera aportado dinero! Pues el dinero no redimió la abundancia de una sola ciudad: la previsión repelió el hambre de todo Egipto durante cinco años (Gen. XLI, 33 y ss.).

75. Sin embargo, el dinero se consume fácilmente, los consejos no saben agotarse. Estos se aumentan con el uso: el dinero se reduce, y pronto se agota, y abandona la misma benignidad; de modo que cuanto más quieras dar a muchos, a menos ayudas, y a menudo te falta lo que

pensabas dar a otros. Sin embargo, la colaboración del consejo y la obra, cuanto más se difunde en muchos, más abundante permanece, y regresa a su fuente. Pues la abundancia de la prudencia fluye de nuevo en sí misma: y cuanto más fluya hacia muchos, más ejercitado queda todo lo que permanece.

## CAPÍTULO XVI.

Debe observarse la moderación en la liberalidad, para que no se desperdicie en indignos lo que se debía a los más dignos; sin embargo, no deben administrarse las limosnas de manera demasiado parca y tímida: sino imitar al bienaventurado José, cuya prudencia se encomia con palabras más extensas.

76. Por tanto, está claro que debe haber una medida en la liberalidad, para que la generosidad no se vuelva inútil. Debe mantenerse la sobriedad, especialmente en los sacerdotes, para que no dispensen por ostentación, sino por justicia. Pues en ninguna parte hay mayor avidez de petición. Vienen los fuertes, vienen aquellos que no tienen otra causa que vagar, y quieren agotar los subsidios de los pobres, vaciar el sustento: y no contentos con lo poco, buscan más, captando el sufragio de la petición con la ostentación de las vestiduras, y licitando los aumentos de las ganancias con la simulación de los orígenes. Si alguien les da fácilmente crédito, pronto agota los ahorros destinados a los pobres. Debe haber una medida en la distribución, para que ni ellos se vayan vacíos, ni se transfiera la vida de los pobres a los despojos de los fraudulentos. Por tanto, debe haber una medida, para que ni se abandone la humanidad, ni se desampare la necesidad.

77. Muchos simulan deudas. Que haya un examen de la verdad. Se lamentan de haber sido despojados por robos: o que la injuria haga fe, o el conocimiento de la persona, para que sean ayudados más prontamente. A los relegados de la Iglesia se les debe impartir sustento, si carecen de medios para alimentarse. Por tanto, quien guarda la medida, no es avaro con nadie, sino generoso con todos: pues no debemos solo prestar oídos a las voces de los que piden, sino también ojos para considerar las necesidades. La debilidad clama más al buen operador que la voz del pobre. Y no puede ser que la importunidad de los que vociferan no extorsione más: pero no siempre debe haber lugar para la impudencia. Debe verse a aquel que no te ve: debe buscarse a aquel que se avergüenza de ser visto. Aquel también encerrado en la cárcel debe presentarse ante ti; aquel afectado por la enfermedad debe resonar en tu mente, quien no puede llegar a tus oídos.

78. Cuanto más te vea el pueblo obrar, más te amaré. Conozco a muchos sacerdotes, que cuanto más han dado, más han abundado; porque quienquiera que ve a un buen operario, le confiere lo que él dispensa con su oficio, seguro de que su misericordia llegará al pobre: pues nadie quiere que su contribución no beneficie al pobre. Pues si ve a un dispensador desmedido o demasiado tacaño, despreciará a ambos: si disipa los frutos del trabajo ajeno con erogaciones superfluas, o los guarda en sacos. Por tanto, así como debe observarse la medida de la liberalidad, también parece que a veces debe aplicarse un estímulo. La medida es para que lo que haces bien, puedas hacerlo diariamente; para que no sustraigas a la necesidad lo que has concedido a la efusión: el estímulo es porque el dinero obra mejor en el alimento del pobre que en el saco del rico. Cuida de no encerrar en tus bolsillos la salvación de los necesitados, y de no sepultar la vida de los pobres como en tumbas.

79. José pudo haber donado todas las riquezas de Egipto, y derramado los tesoros reales; sin embargo, no quiso parecer derrochador con lo ajeno: prefirió vender el grano, que darlo a los hambrientos; porque si lo hubiera dado a pocos, habría faltado a muchos. Probó esa

liberalidad, para que abundara para todos. Abrió los graneros, para que todos compraran el subsidio de grano (Gen. XLI, 56, 57), para que al recibirlo gratis, no abandonaran el cultivo de las tierras; porque quien usa lo ajeno, descuida lo propio.

80. Por tanto, primero acumuló dinero, luego los demás instrumentos, y finalmente adquirió para el rey los derechos de las tierras, no para despojar a todos de lo suyo, sino para sostenerlos: estableció un tributo público, para que pudieran tener lo suyo más seguro. Lo cual fue tan grato a todos a quienes había quitado las tierras; que no consideraron la venta de su derecho, sino la redención de su salvación. Finalmente dijeron: Nos has sanado, hemos hallado gracia ante nuestro Señor (Gen. XLVII, 14 y ss., 25). Pues no perdieron nada de la propiedad, quienes recuperaron el derecho: y no perdieron nada de la utilidad, quienes adquirieron la perpetuidad.

81. ¡Oh gran hombre, que no buscó la gloria temporal de una liberalidad superflua, sino que estableció la comodidad perpetua de la providencia! Pues hizo que los pueblos se ayudaran a sí mismos con los tributos, y no desearan subsidios ajenos en tiempo de necesidad. Pues fue mejor contribuir algo de los frutos, que perder todo el derecho. Estableció la quinta parte de la contribución, y en la previsión fue más perspicaz, y en el tributo más liberal. Finalmente, nunca después Egipto sufrió tal hambre.

82. ¡Cuán admirablemente recogió el futuro! Primero, ¡cuán agudamente expresó la verdad del sueño real como intérprete! El primer sueño del rey fue este: Siete vacas subían del río, hermosas a la vista, y gordas de cuerpo, y pastaban en la orilla del río. También otras vacas, feas a la vista y flacas de cuerpo, subían del río después de aquellas vacas, y pastaban junto a ellas en el mismo lecho de las riberas: y parecían estas vacas delgadas y exiguas devorar a aquellas que sobresalían en forma y gracia. Y el segundo sueño fue este: Siete espigas gordas, escogidas y buenas surgían de la tierra: y después de ellas, siete espigas exiguas y marchitas por el viento se esforzaban por someterse: y parecía que las espigas estériles y delgadas devoraban a las espigas lozanas y abundantes.

83. Este sueño fue interpretado por San José de tal manera que las siete vacas eran siete años, y las siete espigas igualmente eran siete años, interpretando los tiempos a partir de la fecundidad y el fruto. Pues la fecundidad de las vacas expresa un año, y el fruto de la cosecha completa un año entero. Estas subían del río porque los días, los años y los tiempos pasan como los ríos, y fluyen rápidamente. Así, los primeros siete años de tierra fértil y fecunda se declararon futuros: pero los otros siete años posteriores serían estériles e infecundos, cuya esterilidad consumiría la abundancia de los anteriores. Por esta razón, aconsejó prever que en los años más fértiles se reuniera un suministro de grano que pudiera sostener la escasez de la futura infecundidad.

84. ¿Qué debo admirar primero? ¿La inteligencia con la que la verdad descendió a su lecho? ¿O el consejo con el que previó una necesidad tan grave y duradera? ¿O la vigilancia y la justicia; de las cuales una, con tan gran tarea impuesta, reunió tan múltiples provisiones, y la otra mantuvo la equidad para todos? Pues, ¿qué puedo decir de la magnanimidad; que, vendido por sus hermanos en esclavitud, no devolvió la injuria, sino que alejó el hambre? ¿Qué de la dulzura, con la que buscó la presencia de su amado hermano con una piadosa artimaña, a quien, mediante un elegante robo simulado, acusó de robo para retenerlo como rehén de su favor (Gén. XLIV, 2 y ss.)?

85. Por lo cual, con razón, su padre le dice: Mi hijo engrandecido es José, mi hijo engrandecido, celoso es mi hijo joven... Te ayudó mi Dios, y te bendijo con la bendición del cielo desde lo alto, y con la bendición de la tierra, tierra que tiene todo, por las bendiciones de tu padre y de tu madre. Prevalció sobre las bendiciones de los montes eternos, y los deseos de las colinas eternas (Gén. XLIX, 22 y ss.), y en el Deuteronomio: Aquel que fue visto, dice, en la zarza, para que venga sobre la cabeza de José, y sobre su vértice. Honorable entre sus hermanos: la primicia del toro es su gloria, los cuernos del unicornio son sus cuernos. Con su cuerno aventará a las naciones hasta los confines de la tierra. A él pertenecen los diez mil de Efraín, y a él los mil de Manasés (Deut. XXXIII, 16 y ss.).

## 91 CAPÍTULO XVII.

¿Qué virtudes deben estar presentes en aquel a quien consultamos, y de qué manera José y Pablo fueron adornados con las mismas?

86. Así debe ser quien dé consejo a otro, que se ofrezca a sí mismo como modelo para los demás en ejemplo de buenas obras, en doctrina, en integridad, en gravedad; que su palabra sea saludable e irreprochable, su consejo útil, su vida honesta, su sentencia decorosa.

87. Así era Pablo, quien daba consejo a las vírgenes (I Cor. VII, 25 y ss.), enseñanzas a los sacerdotes (Tit. II, 7), para que primero se ofreciera a sí mismo como modelo a imitar. Por eso también sabía humillarse, como lo supo José, quien, nacido de la más alta estirpe de patriarcas, no desdeñó la servidumbre indigna, la ofrecía con obediencia, la iluminaba con virtudes. Sabía humillarse, quien soportó tanto al vendedor como al comprador, y llamaba señor a aquel. Escucha cómo se humilla: Si mi señor no sabe nada en su casa por mí, y todo lo que tiene lo ha puesto en mis manos, y no se me ha sustraído nada excepto tú, porque eres su esposa; ¿cómo haré este mal y pecaré ante el Señor (Gén. XXXIX, 8 y ss.)? Voz plena de humildad, plena de castidad: de humildad, porque defería al señor; de honor, porque devolvía la gratitud: también plena de castidad, porque consideraba un grave pecado contaminarse con una vergonzosa deshonra.

88. Así, pues, debe ser el consejero, que no tenga nada nebuloso, nada engañoso, nada simulado, que refute su vida y costumbres; nada impropio y malicioso, que desvíe a los consultantes. Pues hay cosas que se evitan, otras que se desprecian. Evitamos aquellas que pueden dañar, que maliciosamente pueden deslizarse hacia el daño; como si aquel que es consultado, fuera de dudosa fe, y ávido de dinero, para que pueda ser cambiado por un precio: si es injurioso, este se evita y se declina. Pero el voluptuoso, intemperante, aunque ajeno al fraude; sin embargo, avaro y más codicioso de ganancia deshonesta, este se desprecia. Pues, ¿qué ejemplo de industria, qué fruto de trabajo puede dar, qué cuidado y preocupación puede recibir en su ánimo, quien se ha entregado a la pereza y a la indolencia?

89. Por eso el hombre de buen consejo dice: Porque he aprendido a contentarme con lo que tengo (Fil. IV, 11). Pues sabía que la raíz de todos los males es la avaricia, y por eso estaba contento con lo suyo, no buscaba lo ajeno (I Tim. VI, 10). Me basta, dice, lo que tengo; ya sea poco, ya sea mucho lo que tenga, para mí es mucho. Parece que se debe decir algo más expresamente. Usó una palabra significativa: Me basta, dice, en lo que estoy; es decir, ni falta, ni sobra. No falta, porque no busco nada más: no sobra, porque no solo tengo para mí, sino para muchos. Esto respecto al dinero.

92 90. Sin embargo, de todo se puede decir que le bastaban las cosas presentes, es decir, no deseaba mayor honor, ni más abundantes servicios; no era ávido de gloria desmedida, ni

buscaba el favor indebidamente: sino que esperaba el fin debido de la lucha, paciente en el trabajo, seguro de su mérito: Sé, dice, y humillarme (Fil. IV, 12). No, pues, una humildad ignorante, sino que tenga su modestia y conocimiento, se da para alabanza. Pues hay una humildad de temor, hay de impericia e ignorancia; y por eso la Escritura dice: Y salvará a los humildes de espíritu (Sal. XXXIII, 19). Por tanto, dijo excelentemente: Sé y humillarme, es decir, en qué lugar, con qué moderación, con qué fin, en qué oficio, en qué cargo. El fariseo no supo humillarse, por eso fue rechazado: el publicano supo, por eso fue justificado (Luc. XVIII, 11 y ss.).

91. Pablo sabía también abundar, porque tenía un ánimo rico; aunque no tenía el tesoro del rico. Sabía abundar, quien no buscaba el don en dinero, sino que buscaba el fruto en gracia. Podemos también entender así, que sabía abundar, quien podía decir: Nuestra boca está abierta a vosotros, oh corintios, nuestro corazón está ensanchado (II Cor. VI, 11).

92. En todo estaba instruido, tanto para saciarse como para tener hambre. Bienaventurado quien sabía saciarse en Cristo. No, pues, aquella saciedad corporal, sino espiritual, que obra la ciencia. Y con razón se necesita ciencia; porque no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios (Deut. VIII, 3). Por tanto, quien así sabía saciarse y así tener hambre, sabía que siempre buscara lo nuevo, tuviera hambre de Dios, tuviera sed del Señor. Sabía tener hambre, quien sabía que los hambrientos comerán (Mat. V, 6): sabía y podía abundar, quien no tenía nada, y poseía todo (II Cor. VI, 10).

## CAPÍTULO XVIII.

Cuánto daño pueden causar los consejeros inicuos, se puede entender suficientemente con el ejemplo de las diez tribus que se separaron del rey Roboam.

93. Así pues, la justicia recomienda excelentemente a los hombres que presiden algún cargo: por el contrario, la iniquidad los abandona y ataca. Nos sirve de ejemplo la Escritura que dice que cuando el pueblo de Israel, después de la muerte de Salomón, pidió a su hijo Roboam que aliviara sus cuellos de la dura servidumbre, y moderara la austeridad del mandato paterno, él, despreciando el consejo de los ancianos, dio una respuesta de este tipo por sugerencia de los jóvenes, que añadiría carga sobre el yugo paterno, y cambiaría los castigos más leves por más graves (III Reg. XII, 4 y ss.).

94. Con esta respuesta, el pueblo exasperado respondió: No tenemos parte con David, ni herencia en los hijos de Jesé. Vuelve cada uno a tus tiendas, Israel (Ibid. 16); porque este hombre no será ni príncipe ni líder para nosotros. Así, abandonado por el pueblo y desamparado, apenas pudo tener la sociedad de dos tribus por el mérito de David.

## 93 CAPÍTULO XIX.

La justicia y la benevolencia y la afabilidad concilian a muchos: pero esta debe ser sincera.

95. Queda claro, pues, que la equidad confirma los mandatos, y la injusticia los disuelve. Pues, ¿cómo puede la malicia poseer un reino, que ni siquiera puede gobernar una sola familia privada? Por tanto, se necesita la máxima benignidad, para que no solo defendamos los gobiernos públicos, sino también los derechos privados. La benevolencia ayuda mucho, que se esfuerza por abrazar a todos con beneficios, vincularlos con deberes, empeñarlos con gracia.

96. También dijimos que la afabilidad del discurso vale mucho para conciliar la gracia. Pero queremos que esta sea sincera y sobria sin ninguna adulación, para que la adulación del discurso no deshonre la simplicidad y pureza del lenguaje; pues debemos ser un modelo para los demás no solo en obra, sino también en palabra, en castidad y fe. Como queremos ser considerados, así seamos: y como tenemos el afecto, así lo manifestemos. Ni digamos en nuestro corazón una palabra iniqua, que pensemos que puede ocultarse en silencio; porque escucha en secreto lo dicho, quien hizo lo oculto: y conoce los secretos de las entrañas, quien infundió el sentido en las entrañas. Por tanto, como si estuviéramos bajo los ojos del juez, consideremos que todo lo que hacemos está puesto en la luz, para que se manifieste a todos.

## CAPÍTULO XX.

Cuánto beneficia a todos la familiaridad con los buenos, especialmente a los jóvenes: esto se prueba con los ejemplos de Josué y Moisés, y otros; a los que se añade que, aunque sean desiguales en edad, a veces son iguales en virtud, como lo demuestran Pedro y Juan.

97. Por tanto, es muy beneficioso para cada uno unirse a los buenos. También es útil para los jóvenes seguir a hombres ilustres y sabios; porque quien se junta con sabios, es sabio: pero quien se une a imprudentes, es reconocido como imprudente. Y así, es muy provechoso para la instrucción, y para el testimonio de probidad. Pues los jóvenes muestran que son imitadores de aquellos a quienes se adhieren; y se fortalece la opinión de que han recibido de ellos la semejanza de vida, con quienes han adquirido el deseo de convivir.

98. De ahí que Josué fuera tan grande, porque no solo lo instruyó en la ciencia de la Ley la compañía de Moisés, sino que también lo santificó para la gracia (Éxodo XXIV, 13). Finalmente, cuando en su tabernáculo se veía resplandecer la majestad de la presencia divina del Señor, solo estaba en el tabernáculo Josué. Moisés hablaba con Dios, Josué igualmente estaba cubierto por la nube sagrada. Los ancianos y el pueblo estaban abajo; Josué subía con Moisés para recibir la Ley (Éxodo XXXIII, 11). Todo el pueblo estaba dentro del campamento, Josué fuera del campamento en el tabernáculo del testimonio. Cuando la columna de nube descendía, y hablaba con Moisés, él estaba como fiel ministro: ni salía del tabernáculo el joven, mientras los ancianos, situados lejos, temían los divinos milagros.

99. Por tanto, en todas partes, entre las admirables obras y los reverendos secretos, se adhería inseparablemente al santo Moisés. De ahí que quien había sido compañero de conversación, se convirtiera en sucesor del poder (Deut. XXXIV, 9). Con razón se convirtió en un hombre de tal calibre, que detuvo el curso de los ríos (Josué III, 15 y ss.), dijo: Detente, sol, y el sol se detuvo (Josué X, 12, 13); como si el espectador de su victoria retrasara la noche, prolongara el día: ¡qué! (lo que se negó a Moisés) fue elegido solo para introducir al pueblo en la tierra prometida. Gran hombre en los milagros de la fe, grande en triunfos. Las obras de aquel son más augustas, las de este más prósperas. Ambos, pues, apoyados en la gracia divina, avanzaron más allá de la condición humana (Éxodo XIV, 21): aquel mandó al mar, este al cielo.

100. Hermosa, pues, es la unión de los ancianos y los jóvenes (Gén. XII, 4). Unos son testimonio, otros son consuelo: unos son magisterio, otros son deleite. Omito que Lot, joven, se adhirió a Abraham incluso cuando partía; no sea que se piense que esto fue más por parentesco, y más por una unión necesaria que voluntaria. ¿Qué diremos de Elías y Eliseo? Aunque la Escritura no indica expresamente que Eliseo fuera joven, advertimos y deducimos que era más joven (III Reg. XIX, 21). En los Hechos de los Apóstoles, Bernabé tomó a Marcos, Pablo a Silas, Pablo a Timoteo, Pablo a Tito (Hechos XII y otros lugares).

101. Pero en aquellos anteriores vemos que los oficios estaban divididos, para que los ancianos prevalecieran en consejo, los jóvenes en ministerio. A menudo también, iguales en virtudes, desiguales en edades, se deleitan en su unión, como se deleitaban Pedro y Juan. Pues leemos en el Evangelio que Juan era joven y, aunque por méritos y sabiduría no era segundo de ninguno de los ancianos, había en él una vejez venerable de costumbres y una prudencia cana. Pues la vida inmaculada es el premio de una buena vejez.

## CAPÍTULO XXI.

Beneficia mucho a la recomendación, si defiendes a los débiles, o acoges a los peregrinos, o exhibes servicios similares, y esto especialmente a hombres probados. Donde, introducida la censura de la avaricia, principalmente se desapruueba la prodigalidad en los sacerdotes.

102. Esto también ayuda al progreso de una buena reputación, si rescatas al necesitado de las manos del poderoso, salvas al condenado a muerte, en la medida en que se pueda hacer sin perturbación; para que no parezca que lo hacemos más por causa de ostentación que de misericordia, y causemos heridas más graves mientras deseamos curar las más leves. Ya si has liberado al oprimido por las riquezas del poderoso, y más gravado por el precio de la facción que por su propio crimen, se fortalece el testimonio de una excelente opinión.

103. También la hospitalidad recomienda a muchos. Pues es una muestra pública de humanidad, que el peregrino no carezca de hospedaje, sea recibido con cortesía, se le abra la puerta al que llega. Es muy decoroso en la estimación de todo el mundo, recibir a los peregrinos con honor, no faltar a la gracia de la hospitalidad en la mesa, acudir con los servicios de la liberalidad, explorar la llegada de los huéspedes.

104. Lo que se ha dado como alabanza a Abraham, quien vigilaba ante su puerta, no sea que pasara algún peregrino: y diligentemente mantenía guardia, para salir al encuentro, para adelantarse, para rogar, que el huésped no pasara, diciendo: Señor, si he hallado gracia ante ti, no pases de largo a tu siervo (Gén. XVIII, 1 y ss.). Y por eso, como recompensa por la hospitalidad, recibió el fruto de la posteridad.

105. También Lot, su sobrino, no solo cercano en parentesco, sino también en virtud, por el afecto de la hospitalidad desvió de sí y de los suyos los castigos de Sodoma (Gén. XIX, 1 y ss.).

106. Por tanto, conviene ser hospitalario, benigno, justo, no codicioso de lo ajeno; más bien cediendo algo de su propio derecho si ha sido atacado, que reclamando los derechos ajenos, evitando pleitos, aborreciendo las disputas, rescatando la concordia y la gracia de la tranquilidad. Pues ceder algo de su propio derecho a un hombre bueno no solo es de liberalidad, sino a menudo también de conveniencia. Primero, evitar el gasto del pleito no es un lucro menor; luego se añade al fruto que se aumenta la amistad, de la cual surgen muchas comodidades, que serán fructíferas para quien desprecie algo en el momento.

107. En los servicios hospitalarios, la humanidad debe impartirse a todos: pero a los justos se debe deferir un honor más abundante: Porque cualquiera que reciba a un justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo (Mat. X, 41, 42), como el Señor pronunció. Y tan grande es ante Dios la gracia de la hospitalidad, que ni siquiera un vaso de agua fría está exento de las recompensas de la remuneración. ¿Ves que Abraham recibió a Dios en hospitalidad, mientras buscaba huéspedes? ¿Ves que Lot recibió ángeles? ¿Cómo sabes si también tú, cuando recibes a un hombre, recibes a Cristo? Aunque en el huésped está Cristo; porque

Cristo está en el pobre, como él mismo dijo: Estuve en la cárcel, y vinisteis a mí: estuve desnudo, y me cubristeis (Mat. XXV, 36).

108. Es agradable, pues, no buscar el dinero, sino la gracia. Pero este mal ya hace tiempo que ha influido en las mentes humanas, que el dinero sea para el honor, y las almas de los hombres sean capturadas por la admiración de las riquezas. De ahí se ha introducido la avaricia, como una especie de aridez de los buenos oficios; para que los hombres consideren pérdida todo lo que se gasta fuera de lo habitual. Pero incluso en esto, para que la avaricia no pueda traer impedimento, la venerable Escritura ha previsto, diciendo: Porque mejor es la hospitalidad con verduras (Prov. XV, 17). Y más adelante: Mejor es el pan en dulzura con paz (Prov. XVII, 1). Pues la Escritura no nos enseña a ser pródigos, sino liberales.

109. Hay dos tipos de generosidad: uno de liberalidad, otro de derroche pródigo. Es liberal recibir en hospitalidad, vestir al desnudo, redimir a los cautivos, ayudar a los que no tienen recursos: es pródigo derrochar en banquetes suntuosos y en mucho vino; de donde has leído: El vino es pródigo, y la embriaguez es contumeliosa (Prov. XX, 1). Es pródigo vaciar las propias riquezas por el favor popular: lo que hacen quienes dilapidan su patrimonio en juegos circenses, o incluso teatrales, y en espectáculos de gladiadores, o incluso en cacerías, para superar las celebridades de los anteriores; cuando todo eso es vano, lo que hacen. Pues tampoco conviene ser immoderado en los gastos de las buenas obras.

110. Hermosa liberalidad es mantener la medida incluso con los pobres, para que abunde para muchos: no fluir más allá de la medida por el favor de la conciliación. Todo lo que se ofrece con afecto puro y sincero, eso es decoroso: no emprender edificaciones superfluas, ni omitir las necesarias.

111. Y esto conviene especialmente al sacerdote, adornar el templo de Dios con un decoro adecuado, para que también con este culto resplandezca el aula del Señor: frecuentar los gastos de misericordia convenientes: dar lo que sea necesario a los peregrinos; no superfluo, sino competente: no redundante, sino congruente con la humanidad; para que no busque el favor ajeno con el gasto de los pobres, ni se muestre más restringido hacia los clérigos o más indulgente. Pues lo uno es inhumano, lo otro pródigo; si falta el gasto para la necesidad de aquellos a quienes debes apartar de las sórdidas trampas de la negociación: o si sobra para el placer.

## 97 CAPÍTULO XXII.

Debe establecerse un medio entre la excesiva indulgencia y la severidad; pues aquellos que con indulgencia afectada intentan infiltrarse en los ánimos de otros, no logran nada sólido y duradero: lo que el ejemplo de Absalón muestra suficientemente.

112. Incluso conviene que haya una medida en las mismas palabras y preceptos; para que no parezca una indulgencia excesiva, ni una severidad excesiva. Pues muchos prefieren ser más indulgentes, para parecer buenos: pero es cierto que nada simulado y ficticio es de verdadera virtud; y tampoco suele ser duradero. Al principio florece, en el proceso se disipa y se disuelve como una florcilla: pero lo que es verdadero y sincero, se funda en una raíz profunda.

113. Y para probar nuestras afirmaciones con ejemplos, ya que lo que es simulado no puede ser duradero, sino que, como si floreciera por un tiempo, pronto cae, de esa familia de la que

hemos tomado muchos ejemplos para el progreso de la virtud, presentemos un testimonio de simulación y fraude (II Reg. XIV, 25).

114. Absalón (II Sam. XV, 1 y ss.) era hijo del rey David, notable por su belleza, sobresaliente en su juventud, de tal manera que no se encontraba en Israel un hombre como él, impecable desde la planta del pie hasta la coronilla. Se hizo de carros y caballos, y de cincuenta hombres que corrían delante de él. Se levantaba al amanecer y se paraba junto a la puerta en el camino; y si veía a alguien que buscaba justicia del rey, se acercaba a él y le decía: ¿De qué ciudad eres? Y él respondía: Soy de una de las tribus de Israel, tu siervo. Absalón replicaba: Tus palabras son buenas y justas, pero no tienes quien te escuche de parte del rey. ¿Quién me constituirá juez, y a quienquiera que venga a mí, a quien sea necesario un juicio, lo justificaré? Con tales palabras seducía a cada uno. Y cuando se acercaban a adorarlo, extendía sus manos, los tomaba y los besaba. Así se ganaba los corazones de todos, mientras tales halagos tocaban el sentido más íntimo de sus entrañas.

115. Pero estos delicados y ambiciosos eligieron lo honorable y agradable por un tiempo y lo placentero: cuando se presentó una pequeña demora, que el prudente profeta de todos consideró que debía interponerse cediendo un poco, no pudieron tolerar ni soportar. Finalmente (II Sam. XVIII, 5), sin dudar de la victoria de David, encomendaba a su hijo a los combatientes, para que le perdonaran. Por eso tampoco quiso participar en la batalla; para no parecer que levantaba las armas, aunque fuera contra un parricida, pero aún así contra su hijo.

116. Está claro, por tanto, que son perpetuas y sólidas las cosas que son verdaderas, y que se reúnen sinceramente más que con engaño: pero las que se preparan con simulación y adulación no pueden perseverar por mucho tiempo.

### CAPÍTULO XXIII.

La fe inestable de aquellos que han sido comprados con dinero o ambición.

117. ¿Quién, pues, considerará fieles a aquellos que son comprados con dinero para la obediencia, o a los que son atraídos por la adulación? Pues también aquellos frecuentemente quieren venderse, y estos no pueden soportar mandatos duros. Con una leve adulación son fácilmente capturados: si los hieres con una palabra, murmuran, desertan, se van hostiles, se marchan indignados, prefieren mandar que obedecer: como si, obligados por un beneficio, pensarán que los que deben tener como superiores les deben estar sujetos.

118. ¿Quién, pues, considerará fieles a aquellos que cree que deben ser obligados a él con dinero o adulación? Pues también aquel que ha recibido dinero se juzga a sí mismo vil y despreciable, a menos que sea comprado frecuentemente. Por lo tanto, espera frecuentemente su precio: y aquel que parece ser atraído por la adulación, quiere ser siempre solicitado.

### CAPÍTULO XXIV.

Esforzarse por los honores con buenas artes, especialmente los eclesiásticos: y administrar el cargo obtenido con moderación y sabiduría. Ni los órdenes inferiores deben menospreciar al obispo con virtudes simuladas, ni el obispo debe ser envidioso del clero: sino justo en todo, y especialmente en el juicio.

119. Por lo tanto, creo que se debe esforzar con buenas acciones y un propósito sincero por el honor, y especialmente el eclesiástico; para que no haya arrogancia desmedida, ni negligencia

relajada: ni afectación vergonzosa, ni ambición indecorosa. En todo abunda la simplicidad directa del alma, y se recomienda suficientemente a sí misma.

120. En el mismo cargo no conviene que haya una severidad dura, ni una indulgencia excesiva; para que no parezca que ejercemos el poder, o que no cumplimos con el deber asumido.

121. También se debe esforzar para obligar a muchos con beneficios y servicios, y conservar la gratitud otorgada; para que no se vuelvan desmemoriados del beneficio, aquellos que se sienten gravemente heridos. Pues frecuentemente sucede que aquellos a quienes has favorecido con gracia, o elevado a un grado superior, los alejas si juzgas indignamente que alguien debe serles preferido. Pero también conviene que el sacerdote favorezca con sus beneficios o juicios, para que guarde la equidad, y deferir al presbítero o ministro, como a un padre.

122. Ni estos, porque han sido aprobados una vez, deben ser arrogantes; sino más bien, como recordando la gracia, mantener la humildad: ni ofenderse el sacerdote, si ya sea el presbítero, o el ministro, o cualquiera del clero, acumula su reputación por misericordia, ayuno, integridad, doctrina y lectura: pues la gracia de la Iglesia es la alabanza del maestro. Es bueno que se alabe la obra de alguien, pero sin que se haga con afán de jactancia. Que los labios de los próximos alaben a cada uno, y no su propia boca: y que las obras los recomienden, no sus afanes.

123. Sin embargo, si alguien no obedece al obispo, desea exaltarse y elevarse, oscurecer los méritos del obispo con una afectación simulada de doctrina o humildad, o misericordia, se desvía de la verdad y se enorgullece; porque la regla de la verdad es que no hagas nada por causa de tu propia recomendación, que haga menor a otro: ni si tienes algo bueno, lo ejerzas para la deformación y vituperio de otro.

124. No defiendas al impío, ni pienses que las cosas santas deben ser confiadas al indigno: ni tampoco presiones e impugnes a aquel cuyo crimen no has descubierto. Pues aunque en todo la injusticia ofende rápidamente, especialmente en la Iglesia, donde debe haber equidad, donde debe haber igualdad; para que el más poderoso no se arrogue más, ni el más rico usurpe más. Pues ya sea pobre o rico, en Cristo son uno. Que el más santo no se arrogue más; pues es igual que sea más humilde.

125. Pero tampoco aceptemos la persona de otro en el juicio: que la gracia esté ausente, que los méritos de la causa decidan. Nada pesa tanto en la opinión, más bien en la fe, como si en el juicio das la causa al más poderoso del inferior: o acusas al pobre inocente, excusas al rico culpable. Es fácil para la humanidad favorecer a los más honorables, para que no se sientan ofendidos, para que no se sientan dolidos por la derrota. Pero primero, si temes la ofensa, no aceptes el juicio: si eres sacerdote, o si eres cualquier otro, no provoques. Aunque te es lícito callar en un asunto meramente pecuniario; aunque es de constancia asistir a la equidad. Pero en la causa de Dios, donde hay peligro de comunión, incluso disimular el pecado no es leve.

## CAPÍTULO XXV.

Los beneficios deben conferirse más bien a los pobres que a los ricos; pues estos o consideran que el beneficio buscado por ellos mismos, o se indignan porque parecen haberse convertido en deudores: los pobres, en cambio, constituyen a Dios mismo como su deudor, y confiesan con gusto los beneficios recibidos. A esto se añade una exhortación al desprecio del dinero.

126. ¿Y qué te beneficia favorecer al rico? ¿Es porque recompensa más rápidamente al amante? Pues favorecemos más frecuentemente a aquellos de quienes esperamos la devolución del favor. Pero es más conveniente atender al débil y al inesperado; porque por aquel que no tiene, esperamos la recompensa del Señor Jesús (Luc. XIV, 12, 13): quien bajo la apariencia de un banquete dio una forma general de virtudes: para que conferamos nuestros beneficios más bien a aquellos que no pueden devolvernos, enseñando que no se debe invitar a los ricos, sino a los pobres a los banquetes y comidas. Pues los ricos parecen ser invitados para que también ellos nos devuelvan el banquete; los pobres, porque no tienen con qué devolver, cuando reciben, hacen al Señor nuestro remunerador, quien se ofreció a ser obligado por el pobre.

127. También en el uso del mundo, la concesión de un beneficio hecha a los pobres más que a los ricos es más útil; porque el rico desprecia el beneficio, y le avergüenza ser deudor de la gracia. Incluso lo que se le ha conferido, lo atribuye a sus méritos, como si lo hubiera recibido como una deuda, o se le hubiera dado porque quien lo dio pensó que sería devuelto más abundantemente por el rico. Así, al recibir el beneficio, los ricos piensan que han dado más que recibido: el pobre, en cambio, aunque no tiene con qué devolver el dinero, devuelve la gratitud. En esto es cierto que devuelve más de lo que ha recibido; pues el dinero se paga con moneda, la gratitud nunca se agota. El dinero se vacía al devolverlo: pero la gratitud se conserva tanto al tenerla como al devolverla. Además, lo que el rico rechaza, el pobre confiesa que está obligado por la deuda, y considera que se le ha ayudado, no que se le ha conferido un honor: considera que se le han dado hijos, que se le ha devuelto la vida, que se ha salvado a la familia. ¿Cuánto mejor es, pues, colocar el beneficio entre los buenos que entre los ingratos?

128. Por eso el Señor dijo a los discípulos: No poseáis oro, ni plata, ni dinero (Mat. X, 9); porque como con una hoz, cortó la avaricia que brota en los corazones humanos. También Pedro dijo al cojo, que era llevado desde el vientre de su madre: No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, te doy. En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda (Hech. III, 6). Así que no dio dinero, dio salud. ¡Cuánto mejor es tener salud sin dinero, que dinero sin salud! El cojo se levantó, lo que no esperaba: no recibió el dinero que esperaba. Pero estas cosas apenas se encuentran en los santos del Señor, para que las riquezas sean despreciadas.

## CAPÍTULO XXVI.

Cuán antiguo es el mal de la avaricia, es claro por muchos ejemplos del Antiguo Testamento; y de aquí también se evidencia cuán vana es la posesión de riquezas.

129. Sin embargo, las costumbres de los hombres se han inclinado tanto por la admiración de las riquezas, que nadie es considerado digno de honor a menos que sea rico. Y este no es un uso reciente: sino que ya desde hace mucho tiempo, lo que es peor, este vicio ha arraigado en las mentes humanas. Pues cuando la gran ciudad de Jericó cayó al sonido de las trompetas sacerdotales, y Josué se apoderó de la victoria, reconoció que la fuerza del pueblo había sido debilitada por la avaricia y el deseo de oro. Pues cuando Acar tomó de los despojos de la ciudad incendiada un manto de oro, doscientos siclos de plata y una lengua de oro, presentado ante el Señor no pudo negar, sino que confesó el robo (Josué VII, 19 y ss.).

130. Por tanto, la avaricia es antigua y antigua, que comenzó con los oráculos de la misma ley divina, más bien, la ley fue dada para reprimirla. Por la avaricia, Balac pensó que Balaam podría ser tentado con premios para maldecir al pueblo de los padres: y la avaricia habría vencido, si el Señor no le hubiera ordenado abstenerse de maldecir (Núm. XXII, 7 y ss.). Por

la avaricia, Acar, precipitado, había llevado a todo el pueblo de los padres a la ruina. Así que Josué, que pudo detener el sol para que no avanzara (Josué X, 12, 13), no pudo detener la avaricia de los hombres para que no se extendiera. A su voz, el sol se detuvo, la avaricia no se detuvo. Con el sol detenido, Josué completó el triunfo: pero con la avaricia avanzando, casi perdió la victoria.

131. ¿Qué decir del más fuerte de todos, Sansón, no fue engañado por la avaricia de la mujer Dalila? Así que aquel que desgarró con sus manos a un león rugiente, que fue atado y entregado a los extranjeros, sin ningún ayudante, solo, deshizo las ataduras y mató a mil de ellos: que rompió las cuerdas entrelazadas con nervios como si fueran hilos suaves de esparto; él, con la cabeza inclinada sobre las rodillas de una mujer, perdió el adorno de su invencible cabellera, la prerrogativa de su fuerza. El dinero fluyó al regazo de la mujer, y la gracia se apartó del hombre (Jueces XVI, 5 y ss.).

132. Por tanto, la avaricia es mortal, el dinero es seductor, que contamina a los que lo tienen, no ayuda a los que no lo tienen. Sin embargo, que el dinero a veces ayude, pero al inferior y al que lo desea. ¿Qué al que no lo desea, que no lo busca, que no necesita su ayuda, que no se inclina por su afán? ¿Qué a los demás, si aquel que lo tiene es más rico? ¿Acaso por eso es más honesto; porque tiene lo que a menudo se pierde la honestidad, porque tiene lo que debe custodiar más que poseer? Pues poseemos aquello de lo que hacemos uso: pero lo que está más allá del uso, no tiene el fruto de la posesión, sino el peligro de la custodia.

## CAPÍTULO XXVII.

En el desprecio del dinero está la forma de la justicia: virtud que deben seguir tanto los clérigos como los obispos; donde principalmente se trata de no imponer precipitadamente la excomunión.

133. En resumen, sabemos que el desprecio del dinero es la forma de la justicia; y por eso debemos evitar la avaricia, y esforzarnos con todo nuestro empeño para no hacer nunca nada contra la justicia, sino guardar en todas las acciones y obras.

134. Si queremos recomendarnos a Dios, tengamos caridad, seamos unánimes, sigamos la humildad, considerando a los demás superiores a sí mismos. Esta es la humildad, si nadie se arroga nada a sí mismo, y se considera inferior. El obispo debe usar a los clérigos como sus miembros, y especialmente a los ministros que son verdaderamente hijos; a quien vea apto para el cargo, a él lo asigne.

135. Con dolor se amputa incluso la parte del cuerpo que ha gangrenado, y se trata durante mucho tiempo, si puede ser sanada con medicamentos: si no puede, entonces el buen médico la corta. Así es el afecto del buen obispo, que desea sanar a los enfermos, eliminar las úlceras que se extienden, cauterizar algunas, no cortar: finalmente, lo que no puede ser sanado, cortarlo con dolor. De donde resalta más ese hermoso precepto, que pensemos no en lo que es nuestro, sino en lo que es de los demás (Fil. II, 4). Pues de este modo no habrá nada que, ya sea enojados, nos permitamos a nuestro afecto, o favoreciendo, atribuyamos algo más de lo justo a nuestra voluntad.

## CAPÍTULO XXVIII.

La misericordia debe ejercerse incluso con la propia envidia: a lo que se refiere la memorable historia de los vasos sagrados rotos por Ambrosio para la redención de los cautivos, y las bellísimas instrucciones sobre el uso legítimo del oro y la plata que posee la Iglesia. Después

de mostrar, a partir del hecho de San Lorenzo, quiénes son los verdaderos tesoros de la Iglesia, se proponen las reglas a seguir en la fundición y el gasto de los vasos consagrados.

136. Este es el mayor incentivo para la misericordia, que compadezcamos las calamidades ajenas (Dist. 86, cap. Pulchra, § Compatiamur), ayudemos las necesidades de los demás, tanto como podamos, e incluso más de lo que podamos a veces. Pues es mejor, por misericordia, presentar causas, o soportar la envidia, que pretender la inclemente; como nosotros alguna vez caímos en la envidia, por haber roto los vasos místicos para redimir cautivos, lo que podría haber disgustado a los arrianos; y no tanto les disgustaba el hecho, como que hubiera algo que reprocharnos. ¿Quién es tan duro, insensible, de hierro, que le desagrada que un hombre sea redimido de la muerte, una mujer de las impurezas de los bárbaros, que son más graves que la muerte: jóvenes o niños, o infantes de las contaminaciones de los ídolos, a quienes se les forzaba a contaminarse por miedo a la muerte?

137. Aunque llevamos a cabo esta causa no sin alguna razón; sin embargo, la expusimos al pueblo de tal manera que confesamos, y afirmamos que era mucho más conveniente que salváramos almas para el Señor que oro (Mat. X, 9). Pues quien envió a los apóstoles sin oro, congregó Iglesias sin oro. La Iglesia tiene oro (12, quaest. 2, cap. Aurum); no para guardarlo, sino para distribuirlo, y socorrer en las necesidades. ¿Qué necesidad hay de guardar lo que no ayuda en nada? ¿O ignoramos cuánto oro y plata se llevaron los asirios del templo del Señor (IV Reg. XXIV, 13)? ¿No es mejor que los sacerdotes lo fundan para la alimentación de los pobres, si faltan otros recursos, que un enemigo sacrílego lo contamine y se lo lleve? ¿No dirá el Señor: ¿Por qué permitiste que tantos indigentes murieran de hambre? Y ciertamente tenías oro, podrías haber proporcionado alimento. ¿Por qué tantos cautivos fueron llevados al comercio y no redimidos, fueron asesinados por el enemigo? Habría sido mejor que guardaras los vasos de los vivos, que los de metal.

138. A esto no se podría dar respuesta. ¿Qué dirías: Temí que al templo de Dios le faltara ornamento? Respondería: Los sacramentos no buscan oro: ni agradan por el oro, que no se compran con oro. El ornamento de los sacramentos es la redención de los cautivos. Verdaderamente esos son vasos preciosos, que redimen almas de la muerte. Ese es el verdadero tesoro del Señor, que obra lo que su sangre obró. Entonces se reconoce el vaso de la sangre del Señor, cuando en ambos ve la redención; para que el cáliz redima del enemigo, a quienes la sangre redime del pecado. ¡Qué hermoso, que cuando las filas de cautivos son redimidas por la Iglesia, se diga: Estos los redimió Cristo! He aquí el oro que puede ser probado, he aquí el oro útil, he aquí el oro de Cristo que libera de la muerte, he aquí el oro con el que se redime la castidad, se preserva la pureza.

139. Por eso preferí entregaros libres a estos, que reservar el oro. Este número de cautivos, este orden es más excelente que la apariencia de los vasos. A este servicio debía servir el oro del Redentor, para que redimiera a los que estaban en peligro. Reconozco que la sangre de Cristo infundida en el oro no solo resplandeció, sino que también imprimió la virtud de la operación divina con el don de la redención.

140. Tal oro reservó el santo mártir Lorenzo al Señor, cuando se le preguntó por los tesoros de la Iglesia, prometió mostrarlos. Al día siguiente llevó a los pobres. Preguntado dónde estaban los tesoros que había prometido, mostró a los pobres diciendo: Estos son los tesoros de la Iglesia. Y verdaderamente son tesoros, en los que está Cristo, en los que está la fe. Finalmente, el Apóstol dice: Tenemos este tesoro en vasos de barro (II Cor. IV, 7). ¿Qué mejores tesoros tiene Cristo, que aquellos en los que dijo que está? Pues así está escrito: Tuve

hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis (Mat. XXV, 35). Y más adelante: Porque lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Ibid., 40). ¿Qué mejores tesoros tiene Jesús, que aquellos en los que ama ser visto?

141. Estos tesoros mostró Lorenzo, y venció, porque ni el perseguidor pudo arrebatárselos. Así que Joaquín, que guardaba el oro en el asedio, y no lo distribuía para comprar alimento; vio que le arrebataban el oro, y que él mismo era llevado cautivo (IV Reg. XXIV, 13). Lorenzo, que prefirió distribuir el oro de la Iglesia a los pobres, que reservarlo para el perseguidor, por la singular vivacidad de su interpretación recibió la sagrada corona del martirio. ¿Acaso se le dijo al santo Lorenzo: No debiste distribuir los tesoros de la Iglesia, vender los vasos de los sacramentos?

142. Es necesario que alguien con fe sincera y previsión perspicaz cumpla con este deber. Ciertamente, si alguien deriva beneficios para sí mismo, es un crimen: pero si lo distribuye a los pobres, redime al cautivo, es misericordia. Pues nadie puede decir: ¿Por qué vive el pobre? Nadie puede quejarse, porque los cautivos han sido redimidos: nadie puede acusar, porque el templo de Dios ha sido edificado: nadie puede indignarse, porque se han ampliado los espacios para enterrar a los fieles: nadie puede dolerse, porque en los sepulcros de los cristianos está el descanso de los difuntos. En estos tres casos, es lícito romper, fundir, vender los vasos de la Iglesia, incluso los consagrados.

143. Es necesario que la forma del cáliz místico de la Iglesia no se desvíe, para que el ministerio del cáliz sagrado no se transfiera a usos nefastos. Por eso, dentro de la Iglesia primero se buscaron vasos que no estuvieran consagrados: luego se rompieron, finalmente se fundieron, y a través de pequeñas donaciones se distribuyeron a los necesitados, incluso se utilizaron para pagar el rescate de cautivos. Si faltan nuevos, y que no parezcan consagrados, creo que todo puede piadosamente convertirse para los usos que mencionamos anteriormente.

## CAPÍTULO XXIX.

Es necesario defender los depósitos de las viudas, e incluso de todos los fieles en la Iglesia, aunque sea con riesgo propio: esta cuestión se ilumina con los ejemplos del sacerdote Onías, Ambrosio y el obispo de Pavía.

144. Es ciertamente necesario observar diligentemente que los depósitos de las viudas permanezcan intactos, se guarden sin ofensa alguna, no solo de las viudas, sino también de todos; pues la fe debe mostrarse a todos, pero la causa de las viudas y los huérfanos es mayor.

145. De hecho, solo por el nombre de las viudas, como leemos en los libros de los Macabeos (II Mac. III, 10 y ss.), todo lo que estaba encomendado al templo fue preservado. Pues cuando se hizo la denuncia de las grandes sumas de dinero que Simón el impío reveló al rey Antíoco que podían encontrarse en el templo de Jerusalén, Heliodoro fue enviado para investigar, llegó al templo y reveló al sumo sacerdote la envidia de la denuncia y la causa de su llegada.

146. Entonces el sacerdote dijo que los depósitos eran el sustento de las viudas y los huérfanos: y mostró algunos de Hircano Tobías, un hombre santo. Había cuarenta talentos de plata y doscientos de oro. Cuando Heliodoro quiso llevarse lo robado y reclamarlo para los intereses del rey, los sacerdotes se arrojaron ante el altar, vestidos con estolas sacerdotales, e invocaron llorando al Dios vivo que había dado la ley sobre los depósitos, para que se

mostrara como guardián de sus preceptos. El rostro y el color del sumo sacerdote cambiados mostraban el dolor del alma y la preocupación de la mente atenta. Todos lloraban, porque el lugar caería en desprecio si ni siquiera en el templo de Dios se guardaba la custodia segura de la fe: las mujeres golpeaban su pecho, y las vírgenes encerradas golpeaban la puerta: otros corrían a los muros, otros miraban por las ventanas, todos levantaban las manos al cielo, orando para que el Señor asistiera a sus leyes.

147. Pero Heliodoro, no aterrorizado por esto, insistía en lo que había planeado, y había rodeado el tesoro con sus guardias; cuando de repente se le apareció un jinete terrible resplandeciente con armas doradas: su caballo estaba adornado con un manto distintivo. También aparecieron dos jóvenes con gran poder, de aspecto agradable, con el esplendor de la gloria, hermosamente vestidos, que lo rodearon y lo azotaron por ambos lados sin cesar con continuos golpes. ¿Qué más? Envuelto en oscuridad cayó al suelo, y con una clara señal de operación divina yacía sin vida, sin esperanza de salvación. Surgió alegría entre los temerosos, miedo entre los soberbios: y algunos de los amigos de Heliodoro suplicaban a Onías, pidiendo vida para él, ya que estaba exhalando su último aliento.

148. Entonces, a petición del sumo sacerdote, los mismos jóvenes aparecieron de nuevo a Heliodoro, vestidos con las mismas vestiduras, y le dijeron: Agradece al sumo sacerdote Onías, por quien te ha sido devuelta la vida. Pero tú, habiendo experimentado los azotes de Dios, ve y anuncia a todos los tuyos cuán grande es la religión del templo y el poder de Dios. Dicho esto, no aparecieron más. Heliodoro, recobrando el aliento, ofreció un sacrificio al Señor, agradeció al sacerdote Onías, y regresó con su ejército al rey diciendo: Si tienes algún enemigo, o alguien que conspira contra tus asuntos, envíalo allí, y lo recibirás azotado.

149. Por lo tanto, hijos, la fe en los depósitos debe ser guardada, y se debe aplicar diligencia. Aquí resplandece excelentemente vuestro ministerio, si la opresión de un poderoso, que ni la viuda ni los huérfanos pueden soportar, es contenida con la ayuda de la Iglesia: si mostráis que el mandato del Señor vale más para vosotros que el favor del rico.

150. Vosotros mismos recordáis cuántas veces hemos luchado contra los ataques reales por los depósitos de las viudas, e incluso de todos. Esto es común entre vosotros y yo. Presentaré un ejemplo reciente de la Iglesia de Pavía, que estaba en peligro de perder el depósito de una viuda que había recibido. Pues al interponer aquel que deseaba reclamarlo para sí con un rescripto imperial, los clérigos no tenían autoridad: los honorables e intercesores designados decían que no se podía oponer a los preceptos del emperador. Se leía la forma más directa del rescripto, los estatutos del maestro de oficios, el agente en los asuntos estaba inminente. ¿Qué más? Había sido entregado.

151. Sin embargo, después de consultar conmigo, el santo obispo ocupó las habitaciones a las que sabía que había sido trasladado el depósito de la viuda. Cuando no pudo ser llevado, fue recuperado bajo un documento. Luego fue reclamado de nuevo por el documento: el emperador había reiterado el precepto, para que él mismo nos visitara. Fue negado: y expuesta la autoridad de la ley divina, y la serie de lecturas, y el peligro de Heliodoro, finalmente el emperador aceptó la razón. Después también se intentó una usurpación; pero el santo obispo se adelantó, para devolver a la viuda lo que había recibido. La fe, entretanto, está a salvo: la opresión no es temida; porque ahora está en peligro la cosa, no la fe.

## CAPÍTULO XXX.

Conclusión del libro a través de una exhortación a evitar a los envidiosos, y a seguir la prudencia, la fe y otras virtudes.

152. Hijos, huid de los impíos, tened cuidado con los envidiosos. Entre el impío y el envidioso hay esta diferencia: el impío se deleita con su propio bien, el envidioso se atormenta con el ajeno: aquel ama el mal, este odia el bien; de modo que es casi más tolerable quien quiere el bien para sí mismo, que quien desea el mal para todos.

153. Hijos, pensad antes de actuar: y cuando hayáis pensado durante más tiempo, entonces haced lo que aprobáis. La ocasión de una muerte loable, cuando se da, debe ser aprovechada de inmediato. La gloria diferida huye, y no se captura fácilmente.

154. Amad la fe, porque por la fe y la devoción Josías adquirió un gran amor de sus adversarios; porque celebró la Pascua del Señor, cuando tenía dieciocho años, como nadie antes que él (IV Reyes XXIII, 21 y ss.). Así como superó a los superiores con celo, así también vosotros, hijos, tomad el celo de Dios. Que el celo de Dios os busque y os devore; para que cada uno de vosotros diga: Me ha buscado el celo de tu casa (Salmo LXVIII, 10). El apóstol de Cristo fue llamado celoso (Lucas VI, 15). ¿Qué digo del Apóstol? El mismo Señor dice: El celo de tu casa me consume (Juan II, 17). Sea, pues, el celo de Dios, no este humano que genera envidia.

155. Que haya paz entre vosotros, que supera todo entendimiento. Amaos unos a otros. Nada es más dulce que la caridad, nada más grato que la paz. Y vosotros mismos sabéis que os he amado y os amo siempre más que a los demás: como hijos de un mismo padre os habéis unido en el afecto de la hermandad.

156. Retened lo que es bueno, y el Dios de la paz y el amor estará con vosotros en el Señor Jesús: a quien sea el honor, la gloria, la magnificencia, el poder, con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

## LIBRO TERCERO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

De David y Salomón recibimos el precepto de cómo debemos tratar con nuestro corazón, y por lo tanto no debemos considerar a Escipión como el primer autor de lo que se le atribuye. Qué hermosas cosas realizaron los santos profetas en su ocio: se comparan los ocios de estos y otros, y se muestra que el justo nunca está solo ni en estrechez.

1. El profeta David nos enseñó a caminar en nuestro corazón como en una casa amplia, y a tratar con él como con un buen compañero; para que él mismo se dijera y hablara consigo mismo, como aquello: Dije, guardaré mis caminos (Salmo XXXVIII, 2). También su hijo Salomón dice: Bebe agua de tus vasijas, y de los manantiales de tus pozos (Prov. V, 15); es decir, usa tu propio consejo. Porque el agua profunda es el consejo en el corazón del hombre (Prov. XX, 5). Nadie, dice, sea extraño para ti. Que tu fuente de agua sea propia: y alégrate con la esposa de tu juventud. Que el ciervo de la amistad y el cervatillo de las gracias conversen contigo (Prov. V, 17, 18).

2. Por lo tanto, no fue Escipión el primero en saber que no estaba solo cuando estaba solo; ni menos ocioso cuando estaba ocioso: lo supo antes que él Moisés, quien cuando callaba, clamaba (Éxodo XIV, 15): cuando estaba ocioso, luchaba; y no solo luchaba, sino que también triunfaba sobre enemigos que no había tocado (Éxodo XVII, 11 y ss.). Tan ocioso,

que otros sostenían sus manos: y no menos ocupado que los demás, que con manos ociosas vencía al enemigo que no podían vencer los que luchaban. Por lo tanto, Moisés hablaba en silencio, y trabajaba en el ocio. ¿Y quién tiene mayores negocios que los ociosos de este, que durante cuarenta días en el monte abarcó toda la Ley, y en aquella soledad no le faltó quien hablara con él (Éxodo XXIV, 15 y ss.)? Por eso también David dice: Escucharé lo que el Señor Dios hablará en mí (Salmo LXXXIV, 9). ¡Y cuánto más es si Dios habla con alguien, que él mismo consigo!

3. Pasaban los apóstoles, y su sombra curaba a los enfermos. Se tocaban sus vestiduras, y se llevaba la salud (Hechos V, 16).

4. Elías pronunció una palabra, y la lluvia se detuvo y no cayó sobre la tierra durante tres años y seis meses. De nuevo habló, y la tinaja de harina no se agotó, y el vaso de aceite no se vació durante todo el tiempo de la hambruna (III Reyes XVII, 1 y ss.).

5. Y puesto que a muchos les deleitan las cosas bélicas; ¿qué es más excelente, los brazos de un gran ejército, o haber ganado la batalla solo con méritos? Eliseo estaba sentado en un lugar, y el rey de Siria traía una gran carga de guerra al pueblo de los padres, y acumulaba diversas artimañas de consejos, y trataba de rodearlo con emboscadas: pero el profeta descubría todos sus preparativos, y con el vigor de su mente, por la gracia de Dios, presente en todas partes, anunciaba a los suyos las intenciones de los enemigos, y les advertía de los lugares que debían evitar. Cuando esto fue revelado al rey de Siria, envió un ejército y cercó al profeta. Eliseo oró, y los hizo golpear con ceguera, y entrar cautivos en Samaria, quienes habían venido a sitiario (IV Reyes VI, 8 y ss.).

6. Compare este ocio con el ocio de otros. Pues otros suelen apartar su mente de los negocios para descansar, y se retiran del encuentro y la reunión de los hombres; y buscan el secreto del campo, captan las soledades de los campos, o dentro de la ciudad se dedican al alma, se entregan al descanso y la tranquilidad: pero Eliseo, ya sea en la soledad, divide el Jordán con su paso (IV Reyes II, 8); para que la parte posterior fluya, y la superior regrese a la fuente: o en el Carmelo, resuelta la dificultad de la generación, fecunda a la estéril con una concepción inesperada: o resucita a los muertos: o templaba las amargas de los alimentos, y hace que se endulcen con la mezcla de harina: o distribuyendo diez panes, recoge las sobras, después de saciar al pueblo: o el hierro del hacha que se había caído, y sumergido en el profundo del río Jordán, hace que flote al enviar un madero al agua: o cambia la lepra por limpieza, o la sequía por lluvias, o el hambre por fertilidad (IV Reyes IV, 16 y ss., y en otros lugares).

7. ¿Cuándo, pues, está solo el justo, que siempre está con Dios? ¿Cuándo está solitario, que nunca se separa de Cristo? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? Confío en que ni la muerte, ni la vida, ni el ángel (Rom. VIII, 35). ¿Cuándo, pues, está libre de negocio, quien nunca está libre de mérito, por el cual se completa el negocio? ¿En qué lugares está circunscrito, para quien todo el mundo es posesión de riquezas? ¿Con qué estimación se define, quien nunca es comprendido por la opinión? Pues parece desconocido y conocido: parece morir, y he aquí que vive: parece triste, y siempre más alegre: como pobre, y generoso: como quien no tiene nada, y posee todo (II Cor. VI, 8). Pues el hombre justo no mira nada, sino lo que es constante y honesto. Y por eso, aunque a otros les parezca pobre, para sí mismo es rico: que no se valora por lo que es caduco, sino por lo que es eterno.

## CAPÍTULO II.

Lo que los filósofos disputan sobre la comparación de lo honesto y lo útil, no tiene lugar entre los cristianos, para quienes nada es útil si no es justo. ¿Cuáles son los oficios perfectos, cuáles los medios? Las mismas palabras se aplican de manera diferente a diferentes personas: finalmente, el hombre justo nunca busca su propio beneficio a costa del daño ajeno, sino que siempre se esfuerza por la utilidad de los demás.

8. Y puesto que hemos hablado de los dos lugares anteriores, en los que tratamos sobre lo honesto y lo útil, sigue si debemos comparar la honestidad y la utilidad entre sí, y buscar qué se debe seguir. Pues así como tratamos anteriormente, si aquello era honesto o deshonesto; y en segundo lugar, si era útil o inútil: de manera similar en este lugar, algunos piensan que se debe preguntar si es honesto o útil.

9. Pero nosotros nos preocupamos de no parecer que introducimos estas cosas como si estuvieran en conflicto entre sí, que ya hemos demostrado que son una: ni puede ser honesto si no es útil: ni útil si no es honesto; porque no seguimos la sabiduría de la carne, en la que la utilidad de esta comodidad pecuniaria se valora más, sino la sabiduría que es de Dios, en la que las cosas que en este mundo se consideran grandes, se tienen por pérdida.

10. Pues este κατορθώμα, que es el oficio perfecto y absoluto, procede de la verdadera fuente de la virtud. Al cual es secundario el oficio común, que por su propio término se significa que no es de ardua virtud y singular, que puede ser común a muchos. Pues buscar ganancias de dinero es familiar para muchos, deleitarse con un banquete más elegante y con manjares más sabrosos es habitual: pero ayunar y ser continente es de pocos; y no ser codicioso de lo ajeno, raro: por el contrario, querer quitar algo a otro, y no estar contento con lo suyo; pues en esto hay compañía con muchos. Por lo tanto, unos oficios son primeros, otros medios. Los primeros con pocos, los medios con muchos.

11. De hecho, en las mismas palabras hay frecuentemente distinción. Pues de manera diferente llamamos bueno a Dios, de manera diferente al hombre: de manera diferente llamamos justo a Dios, de manera diferente al hombre. De manera similar, llamamos sabio a Dios de manera diferente, de manera diferente al hombre. Lo cual también se nos enseña en el Evangelio: Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto (Mateo V, 48). Leo que el mismo Pablo es perfecto y no perfecto. Pues cuando dijo: No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto: pero sigo adelante para ver si lo alcanzo (Filipenses III, 12), inmediatamente añadió: Así que todos los que somos perfectos (Ibid., 15). Pues hay una doble forma de perfección: una que tiene números medios, otra que tiene números completos: una aquí, otra allí: una según la posibilidad del hombre, otra según la perfección futura. Pero Dios es justo en todo, sabio sobre todo, perfecto en todo.

12. También hay diferencia entre los mismos hombres. De manera diferente es sabio Daniel, de quien se dijo: ¿Quién es más sabio que Daniel? (Ezequiel XXVIII, 3). De manera diferente son sabios otros, de manera diferente Salomón, que fue lleno de sabiduría sobre toda la sabiduría de los antiguos, y sobre todos los sabios de Egipto (III Reyes IV, 29 y ss.). Pues es diferente saber comúnmente, y saber perfectamente. Quien sabe comúnmente, sabe por lo temporal, sabe por sí mismo; para quitar algo a otro, y añadirlo a sí mismo. Quien sabe perfectamente, no sabe buscar sus propias comodidades: sino que con todo su afecto se dirige a lo que es eterno, a lo que es decoroso y honesto, buscando no lo que le es útil a él, sino lo que es útil a todos.

13. Por lo tanto, esta sea la fórmula, para que entre esas dos, lo honesto y lo útil, no podamos errar; porque el justo no considera que se deba quitar nada a otro, ni quiere aumentar su

comodidad con el daño ajeno. Esta forma te prescribe el Apóstol diciendo: Todo es lícito, pero no todo conviene: todo es lícito, pero no todo edifica. Nadie busque lo suyo, sino lo de los demás (I Cor. X, 22); esto es, nadie busque su propia comodidad, sino la de los demás: nadie busque su propio honor, sino el de los demás. Por eso también en otro lugar dice: Considerando cada uno a los demás como superiores a sí mismos, no pensando cada uno en lo suyo, sino en lo de los demás (Filipenses II, 3, 4).

14. Nadie busque tampoco su propia gracia, nadie su propia alabanza, sino la de los demás. Lo cual también podemos advertir claramente declarado en los Proverbios, diciendo el Espíritu Santo por Salomón: Hijo, si eres sabio, serás sabio para ti mismo y para tus prójimos; pero si te vuelves malo, solo sufrirás el mal (Proverbios IX, 12). Pues el sabio consulta a los demás, como el justo; ya que es partícipe de sí mismo, de la forma de ambas virtudes.

### CAPÍTULO III.

Se urge el precepto de no buscar el propio beneficio, primero con el ejemplo de Cristo, luego con la interpretación del nombre, finalmente con la misma forma y usos de los miembros. De donde se muestra cuán vergonzoso es quitar la utilidad ajena; pues con este crimen se viola tanto la ley natural como la divina, y además se pierde aquello por lo que superamos a los demás seres animados, y finalmente se pisotean las leyes civiles con la máxima infamia.

15. Si alguien, pues, quiere agradar a todos, busque en todo no lo que le es útil a él, sino lo que es útil a muchos, como también buscaba Pablo. Esto es conformarse a Cristo, no buscar lo ajeno, no quitar nada a otro, para adquirir para sí (Filipenses II, 6 y ss.). Pues Cristo el Señor, siendo en forma de Dios, se vació a sí mismo, para asumir la forma de hombre, que enriqueció con las virtudes de sus obras. ¿Tú, entonces, despojas a quien Cristo vistió? ¿Tú desnudas a quien Cristo vistió? Pues eso haces, cuando buscas aumentar tus comodidades con el daño ajeno.

16. Considera, oh hombre, de dónde tomaste tu nombre; de la tierra ciertamente, que no quita nada a nadie, sino que todo lo da a todos, y ofrece diversos frutos para el uso de todos los seres animados. De ahí se deriva la humanidad, virtud especial y doméstica del hombre, que ayuda a su compañero.

17. Que la forma de tu cuerpo y el uso de tus miembros te enseñen. ¿Acaso un miembro de tu cuerpo reclama para sí las funciones de otro miembro, o el ojo el oficio de la boca, o la boca el oficio del ojo, o la mano el servicio de los pies, o el pie el de las manos? Incluso las manos, derecha e izquierda, tienen la mayoría de las funciones divididas, de modo que si intercambias su uso, va contra la naturaleza; y antes despojarías al hombre entero que cambiar los servicios de tus miembros: si te alimentas con la izquierda o usas la derecha para el servicio de la izquierda, como lavar los restos de comida, a menos que la necesidad lo exija. 18. Imagina y concede al ojo el poder de quitarle el sentido a la cabeza, el oído a los oídos, los pensamientos a la mente, el olfato a la nariz, el sabor a la boca, y de conferirlo a sí mismo; ¿no disolvería todo el estado de la naturaleza? Por eso el Apóstol dice bellamente: Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuera oído, ¿dónde estaría el olfato? (I Cor. XII, 17). Todos somos un solo cuerpo y miembros diversos, pero todos necesarios para el cuerpo; pues el miembro no puede decir al otro miembro: No te necesito. Incluso los miembros que parecen más débiles son mucho más necesarios y requieren mayor cuidado para protegerse. Y si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él.

19. Por eso, ¡qué grave es que quitemos algo a aquel con quien debemos compadecer! Y a quien debemos el consorcio del ministerio, ¡seamos para él un fraude y un daño! Esta es ciertamente la ley de la naturaleza, que nos obliga a toda humanidad, para que cada uno se ofrezca al otro como partes de un solo cuerpo. No debemos pensar que se debe quitar algo, ya que va contra la ley de la naturaleza no ayudar. Así nacemos para que los miembros consientan con los miembros, y uno se adhiera al otro, y se sirvan mutuamente. Si uno falta a su deber, los demás se ven obstaculizados: si la mano saca el ojo, ¿no se niega a sí misma el uso de su obra? Si hiere el pie, ¿cuántos actos se priva a sí misma? Y ¿cuánto más grave es que se quite al hombre entero que a un solo miembro? Si en un miembro se viola todo el cuerpo, ciertamente en un hombre se disuelve la comunión de toda la humanidad; se viola la naturaleza del género humano y la congregación de la santa Iglesia, que se levanta como un cuerpo unido y compacto en la unidad de la fe y la caridad: Cristo el Señor, que murió por todos, lamentará que se haya vaciado el mérito de su sangre.

20. ¡Qué! Incluso la ley del Señor enseña que se debe mantener esta forma, para que no quites nada a otro por el bien de preservar tu propio beneficio, cuando dice: No traspases los límites que establecieron tus padres (Prov. XXII, 28); cuando ordena devolver el buey errante de tu hermano (Exod. XXIII, 4), cuando manda que el ladrón muera (Exod. XXII, 2), cuando prohíbe defraudar al jornalero de su salario debido, cuando decreta que el dinero debe devolverse sin intereses (Levit. XIX, 13). Ayudar al necesitado es de humanidad: pero extorsionar más de lo que diste es de dureza (Deut. XXIII, 19). Pues si necesita tu ayuda porque no tenía con qué devolver lo suyo, ¿no es impío que bajo la simulación de humanidad le exijas más a quien no tenía con qué pagar menos? Así que liberas a otro de su deuda para condenarlo a ti: ¿y llamas a esto humanidad, donde hay una subasta de iniquidad?

21. Tenemos esta ventaja sobre los demás seres vivos, que otras especies de animales no saben dar algo: las fieras arrebatan, los hombres dan. Por eso el salmista dice: El justo se compadece y da (Sal. XXXVI, 21). Sin embargo, hay quienes incluso las fieras benefician. Pues alimentan a su prole con lo que tienen, y las aves sacian a sus polluelos con su comida: pero solo al hombre se le ha dado que alimente a todos como si fueran suyos. Esto lo debe por el mismo derecho de la naturaleza. Si no está permitido no dar, ¿cómo está permitido quitar? ¿No nos enseñan las mismas leyes? Ordenan que se restituyan las cosas quitadas a alguien, con la injuria de la persona o el aumento de la cosa misma; para disuadir al ladrón de quitar, ya sea con penas o con multas.

22. Sin embargo, supón que alguien puede no temer el castigo o burlarse de la multa; ¿es digno que alguien quite a otro? Este es un vicio servil y propio de la última condición; tan contrario a la naturaleza, que parece más que la pobreza lo extorsiona que la naturaleza lo persuade. Sin embargo, los robos ocultos de los siervos, los saqueos públicos de los ricos.

23. ¿Qué hay más contrario a la naturaleza que dañar a otro por tu propio beneficio; cuando el afecto natural persuade a velar por todos, soportar molestias, asumir trabajo: y se considera glorioso para cada uno buscar la tranquilidad de todos con sus propios peligros: y cada uno debe considerar más grato haber rechazado la ruina de la patria que sus propios peligros: y estimar más excelente haber dedicado su esfuerzo a la patria que haber llevado una vida tranquila en el ocio con abundancia de placeres?

#### CAPÍTULO IV.

Donde se muestra más estrictamente que quien daña a otro por su propio beneficio sufrirá graves penas de conciencia, se concluye que nada es útil para uno que no lo sea para todos: y

que la cuestión propuesta por los filósofos sobre dos náufragos no tiene lugar entre los cristianos, quienes deben ejercitar la caridad y la humildad en todo lugar.

24. De aquí se concluye que el hombre, formado según la dirección de la naturaleza, para obedecerla, no puede dañar a otro: si daña a alguien, viola la naturaleza: y no hay tanto beneficio en lo que cree obtener, como inconveniente en lo que le sucede. ¿Qué pena es más grave que la herida interior de la conciencia? ¿Qué juicio más severo que el doméstico, donde cada uno es reo de sí mismo, y se acusa de haber hecho indignamente una injuria a su hermano? Lo cual la Escritura no deja de recomendar diciendo: De la boca de los necios sale la vara de la injuria (Prov. XIV, 3). Por tanto, se condena la necedad, porque comete injuria. ¿No es esto más de temer que la muerte, que la pérdida, que la pobreza, que el exilio, que el dolor de la debilidad? ¿Quién no considera más leve el defecto del cuerpo o la pérdida del patrimonio que el defecto del alma y la pérdida de la reputación?

25. Por tanto, está claro que se debe considerar y mantener por todos que la utilidad de cada uno es la misma que la de todos: y no se debe juzgar útil nada que no beneficie a todos. ¿Cómo puede ser útil para uno lo que es inútil para todos, y perjudica? Ciertamente no me parece que quien es inútil para todos pueda ser útil para sí mismo. Pues si hay una ley de la naturaleza para todos, una es ciertamente la utilidad de todos, estamos obligados por la ley de la naturaleza a velar por todos. No es, por tanto, de quien quiere velar por otro según la naturaleza, dañarlo contra la ley de la naturaleza.

26. Pues si los que corren en el estadio son instruidos y formados por preceptos para que cada uno compita con velocidad y no con fraude, y se apresure a la victoria tanto como pueda con su carrera; pero no se atreva a derribar al otro con la mano o a suplantarlo: ¿cuánto más en esta carrera de la vida debemos obtener la victoria sin fraude ni engaño al otro?

27. Algunos preguntan si un sabio en un naufragio puede arrebatarse la tabla a un náufrago insensato, ¿debe hacerlo? A mí, aunque parezca más ventajoso para el uso común que el sabio escape del naufragio en lugar del insensato; sin embargo, no me parece que un hombre cristiano, justo y sabio, deba buscar su vida a costa de la muerte ajena: como quien, incluso si se encuentra con un ladrón armado, no puede devolver el golpe al que lo hiere; para que, mientras defiende su salvación, no contamine su piedad. De lo cual hay una sentencia clara y evidente en los libros del Evangelio: Guarda tu espada; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán (Mat. XXVI, 52). ¿Qué ladrón es más detestable que el perseguidor que vino a matar a Cristo? Pero Cristo no quiso ser defendido por la herida de los perseguidores, quien quiso sanar a todos con su herida.

28. ¿Por qué te juzgas mejor que otro, cuando es propio del hombre cristiano preferir al otro, no arrogarse nada, no asumir ningún honor, no reclamar el precio de su mérito? Además, ¿por qué no te acostumbras a soportar tu propio inconveniente en lugar de arrebatarse el beneficio ajeno? ¿Qué hay más contrario a la naturaleza que no estar contento con lo que tienes, buscar lo ajeno, ambicionar deshonestamente? Pues si la honestidad es según la naturaleza, ya que Dios hizo todas las cosas muy buenas, la deshonestidad es ciertamente contraria. Por tanto, no puede convenir a la honestidad y a la deshonestidad, ya que están separadas por la ley de la naturaleza.

## CAPÍTULO V.

El justo no hace nada que esté contra el deber, incluso si tiene esperanza de ocultarse; para significar esto mismo, los filósofos idearon la fábula del anillo de Giges, que, desechada, se presentan ejemplos ciertos y verdaderos de David y Juan el Bautista.

29. Pero ya para poner en este libro el colofón, en el que, como al final de nuestra discusión, dirijamos la sentencia: que no se debe desear nada, salvo lo que es honesto. El sabio no hace nada, salvo lo que es con sinceridad, sin fraude: ni hace nada en lo que se obligue a sí mismo con algún crimen, incluso si puede ocultarse. Pues es reo de sí mismo antes que de los demás; y no es tan vergonzosa para él la publicación del delito, como lo es la conciencia. Lo cual podemos enseñar no con fábulas ficticias, como discutían los filósofos, sino con ejemplos verdaderos de hombres justos.

30. No simularé, por tanto, una abertura en la tierra, que se haya abierto por grandes lluvias, en la que descendió Giges, y allí encontró aquel caballo de bronce de las fábulas introducido por Platón, que tenía puertas en sus costados: que cuando las abrió, vio un anillo de oro en el dedo de un hombre muerto, cuyo cuerpo yacía allí exánime, y el avaro de oro tomó el anillo. Pero cuando regresó a los pastores reales de cuyo número era, por casualidad, al girar el anillo hacia la palma, él veía a todos, y no era visto por nadie: luego, cuando devolvía el anillo a su lugar, era visto por todos. Habiéndose vuelto hábil en este milagro, por la oportunidad del anillo se apoderó del adulterio de la reina, mató al rey, y habiendo matado a los demás que pensaba que debían ser eliminados para que no le fueran un obstáculo, obtuvo el reino de Lidia.

31. Da, dice, este anillo al sabio, para que con su beneficio pueda ocultarse cuando haya delinquido: pues no huirá menos del contagio de los pecados, que si no pudiera ocultarse. Pues para el sabio la esperanza de impunidad no es el escondite, sino la inocencia. Por tanto, la ley no está puesta para el justo, sino para el injusto (I Tim. I, 9); porque el justo tiene la ley de su mente, y la norma de su equidad y justicia: por eso no es el terror del castigo lo que lo aparta de la culpa, sino la regla de la honestidad.

32. Así que, para volver al tema, no presentaré ejemplos fabulosos por verdaderos, sino verdaderos por fabulosos. ¿Qué necesidad tengo de fingir una abertura en la tierra, un caballo de bronce, y un anillo de oro encontrado en el dedo de un difunto; cuyo anillo tiene tal poder que, a voluntad de quien lo lleva, aparece cuando quiere: pero cuando no quiere, se sustrae de la vista de los presentes, de modo que no puede ser visto estando presente? Esto tiende a si el sabio, incluso si usa este anillo, con el que puede ocultar sus propios delitos y obtener un reino; no quiera pecar, y considere más grave el contagio del crimen que los dolores de las penas: o sí, por el contrario, usa la esperanza de impunidad para perpetrar el crimen. ¿Qué necesidad tengo, digo, de la ficción del anillo, cuando puedo demostrar con hechos que un hombre sabio, cuando ve que no solo puede ocultarse en el pecado, sino también reinar si comete el pecado; pero, por el contrario, ve el peligro de su salvación si evita el crimen; elige, sin embargo, más el peligro de la salvación para evitar el crimen, que el crimen por el que se procuraría el reino?

33. Así, David, cuando huía de la presencia del rey Saúl, porque el rey lo buscaba con tres mil hombres escogidos para darle muerte en el desierto, habiendo entrado en el campamento del rey, cuando lo encontró durmiendo, no solo no lo mató, sino que también lo protegió; para que no fuera asesinado por alguno que había entrado con él. Pues cuando Abisai le dijo: Hoy ha entregado el Señor a tu enemigo en tus manos, y ahora lo mataré, respondió: No lo mates, porque ¿quién extenderá su mano contra el ungido del Señor y será inocente? Y añadió: Vive el Señor, que si el Señor no lo hiere, o si no llega su hora para morir, o si en la

batalla se retira y se añade a mí; no sea del Señor extender mi mano contra el ungido del Señor (I Reg. XXVI, 8 y ss.).

34. Por tanto, no permitió que lo mataran, sino que solo tomó la lanza que estaba a su cabecera y la jarra de agua. Así, mientras todos dormían, salió del campamento, subió a la cima del monte, y comenzó a reprochar a los guardias reales, y especialmente al príncipe de la milicia Abner, porque no había brindado una custodia fiel al rey y su señor: finalmente, mostró dónde estaba la lanza del rey, o la jarra de agua que estaba a su cabecera. Y llamado por el rey, devolvió la lanza: Y el Señor, dijo, restituya a cada uno su justicia y su fidelidad: como el Señor te entregó hoy en mis manos, y no quise vengarme con mi mano en el ungido del Señor. Y mientras decía esto, temía, sin embargo, sus insidias, y huyó, cambiando su residencia por el exilio. Sin embargo, no prefirió la salvación a la inocencia, cuando ya por segunda vez, habiéndosele dado la oportunidad de matar al rey, no quiso usar el beneficio de la ocasión: que ofrecía seguridad a quien temía, y un reino al exiliado.

35. ¿Dónde necesitó Juan el anillo de Giges, quien si hubiera callado, no habría sido asesinado por Herodes (Marc. VI, 18)? Su silencio pudo haberle asegurado esto, que sería visto y no asesinado: pero porque no solo no se permitió pecar para defender su salvación, sino que tampoco pudo soportar ni tolerar el pecado ajeno; por eso provocó en sí mismo la causa de su muerte. Ciertamente, no pueden negar que pudo haber callado, quienes niegan que Giges pudo haberse ocultado con el beneficio del anillo.

36. Pero la fábula, aunque no tiene la fuerza de la verdad, tiene sin embargo esta razón, que si el hombre justo puede ocultarse; sin embargo, evita el pecado como si no pudiera ocultarse: y no se oculta vistiendo el anillo, sino vistiendo a Cristo, como dice el Apóstol: Porque nuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. III, 3). Nadie, por tanto, busque aquí brillar, nadie se arrogue, nadie se jacte (Luc. IX, 36). Cristo no quiso ser conocido aquí, no quiso que su nombre fuera proclamado en el Evangelio, cuando estaba en la tierra: vino para ocultarse de este mundo. Y nosotros, por tanto, de manera similar ocultemos nuestra vida siguiendo el ejemplo de Cristo, evitemos la jactancia, no esperemos ser proclamados. Es mejor estar aquí en humildad, allí en gloria. Cuando Cristo, dice, aparezca, entonces también vosotros apareceréis con él en gloria (Col. III, 4).

## CAPÍTULO VI.

No debe prevalecer entre nosotros el beneficio. ¿Qué suelen alegar los que buscan lucro de los granos? ¿Y qué se les debe responder? Donde se les presentan la parábola evangélica y los dichos de Salomón.

37. No debe vencer, por tanto, la utilidad a la honestidad, sino la honestidad a la utilidad: digo esta utilidad, que se estima según la opinión del vulgo. Que se mortifique la avaricia, que muera la concupiscencia. El santo niega haber entrado en la negociación; porque buscar el aumento de los precios no es de simplicidad, sino de astucia. Y otro dice: Maldito en el pueblo el que acapara el precio del grano (Prov. XI, 26).

38. La sentencia está definida, no dejando nada a la disputa, como suele ser el tipo de controversia en el discurso, cuando uno alega que la agricultura es considerada laudable por todos, que los frutos de la tierra son simples, que quien más siembra es más aprobado, que los rendimientos más abundantes no son defraudados por la industria, que la negligencia y el descuido del campo inculto suelen ser más censurados.

39. Aré, dice, con más esmero, sembré más abundantemente, cultivé con más diligencia, recogí buenas cosechas, las guardé fielmente, las custodié con previsión. Ahora, en tiempo de hambre, vendo, ayudo a los hambrientos: vendo grano no ajeno, sino mío; no más caro que los demás, incluso a menor precio. ¿Qué hay aquí de fraudulento, cuando muchos podrían estar en peligro si no tuvieran qué comprar? ¿Se llama a la industria a juicio? ¿Se reprueba la diligencia? ¿Se vitupera la previsión? Tal vez diga: Y José recogió granos en la abundancia, los vendió con caridad. ¿Se obliga a alguien a comprar más caro? ¿Se fuerza al comprador? Se ofrece a todos la oportunidad de comprar, no se inflige injuria a nadie.

40. Por tanto, después de que cada uno haya discutido según su capacidad, surge otro, diciendo: Buena es la agricultura, que proporciona frutos a todos, que acumula la fecundidad de la tierra con simple industria, sin interponer engaño ni fraude. Por tanto, si hay algún defecto, es más una pérdida; porque si alguien siembra bien, cosechará mejor: si siembra grano de trigo puro, recogerá una cosecha más pura y sincera. La tierra fecunda devuelve multiplicado lo que recibe: el campo fiel suele devolver rendimientos con intereses.

41. Por lo tanto, debes esperar de los frutos de la tierra fértil la recompensa de tu trabajo, de la fertilidad del suelo rico, ganancias justas. ¿Por qué conviertes en fraude la industria de la naturaleza? ¿Por qué privas a los hombres de los frutos públicos? ¿Por qué reduces la abundancia para los pueblos? ¿Por qué buscas la escasez? ¿Por qué haces que los pobres deseen la esterilidad? Pues cuando no sienten los beneficios de la fecundidad, al aumentar tú el precio, al esconder tú el grano, prefieren que no nazca nada, antes que tú negocies con el hambre pública. Anhelas la escasez de granos, la penuria de alimentos, te lamentas de los abundantes frutos del suelo, lloras la fertilidad pública, deploras los graneros llenos de cosechas, exploras cuándo será más estéril la cosecha, cuándo será más escaso el fruto. Te alegras de que tu maldición haya tenido éxito, para que nada nazca para nadie. Entonces te alegras de que haya llegado tu cosecha, entonces acumulas riquezas de la miseria de todos: y a esto lo llamas industria, a esto lo llamas diligencia, que es la astucia del engaño, que es la astucia del fraude; y a esto lo llamas remedio, que es un invento de la maldad. ¿Llamaré a esto latrocinio o usura? Se buscan tiempos como de latrocinio, en los que como un duro insidioso te infiltras en las entrañas de los hombres. Se aumenta el precio como si se acumulara por la suerte de la usura, con lo que se acumula el peligro de la vida. Para ti se multiplica el interés del grano almacenado: ocultas el grano como un usurero, lo subastas como un vendedor. ¿Por qué deseas el mal para todos, porque habrá más hambre en el futuro, como si no quedara nada de grano, como si siguiera un año más infecundo? Tu ganancia es la pérdida pública.

42. El santo José abrió los graneros para todos, no los cerró: no buscó el precio del grano, sino que estableció un suministro perpetuo: no adquirió nada para sí mismo, sino que, con una disposición previsor, dispuso cómo vencer incluso el hambre en el futuro (Gén. XLI, 56).

43. Has leído cómo el Señor Jesús expone en el Evangelio a este acaparador de precios del grano, cuya posesión produjo ricos frutos, y él, como si fuera pobre, decía: ¿Qué haré? No tengo dónde almacenar, destruiré los graneros y haré otros más grandes (Luc. XII, 17, 18); sin saber si esa misma noche se le pediría su alma. No sabía qué hacer: como si le faltaran alimentos, estaba en duda. Los graneros no contenían el grano, y él creía que estaba necesitado.

44. Por lo tanto, Salomón dice correctamente: El que retiene el grano, lo dejará a las naciones (Prov. XI, 26), no a los herederos, ya que el beneficio de la avaricia no llega a los derechos de los sucesores. Lo que no se adquiere legítimamente, como por ciertos vientos, así se disipa por los extraños que lo saquean. Y añadió: El que acapara el grano es maldito entre el pueblo: pero la bendición es de aquel que lo comparte (Ibid.). Ves, por lo tanto, que conviene ser un distribuidor de grano, no un acaparador de precios. No es, por lo tanto, una utilidad en la que se resta más a la honestidad de lo que se añade a la utilidad.

## CAPÍTULO VII.

No se debe expulsar a los peregrinos de la ciudad en tiempos de hambre. Se relata un excelente consejo de un anciano cristiano al respecto: se opone a un acto indigno cometido en Roma; y comparando ambos, se muestra que el primero estaba unido a la honestidad y la utilidad, mientras que el segundo no.

45. Pero tampoco son aprobables aquellos que prohíben a los peregrinos en la ciudad: expulsarlos en el momento en que deben ayudar, separarlos de los comercios del padre común, negarles los frutos que se ofrecen a todos, apartar las asociaciones de vida ya establecidas: con quienes han tenido derechos comunes, con ellos no querer compartir los auxilios en tiempo de necesidad. Las fieras no expulsan a las fieras, y el hombre excluye al hombre. Las fieras y las bestias consideran común para todos el alimento que la tierra proporciona. Ellas incluso ayudan a los de su misma especie, el hombre ataca, quien no debe considerar ajeno a sí mismo nada de lo humano.

46. Cuánto más correcto aquel que, ya en avanzada edad, y cuando la ciudad soportaba el hambre, y (como suele suceder en tales casos) pedían en masa que los peregrinos fueran prohibidos en la ciudad, sosteniendo una mayor responsabilidad en la prefectura urbana, convocó a los hombres honorables y ricos, pidió que consultaran en común, diciendo cuán inhumano era expulsar a los peregrinos, despojar al hombre del hombre, quien negaría el alimento al moribundo. No permitimos que los perros estén hambrientos ante la mesa, y excluimos a los hombres: cuán inútil también que tantos pueblos perecieran en el mundo, a quienes la terrible plaga consumía: cuántos perecieran para su ciudad, quienes solían ser de ayuda, ya sea en la provisión de auxilios, ya sea en la celebración de comercios: nadie ayuda al hambre ajena: prolongar el día es lo máximo que se puede hacer, no repeler la escasez; más bien, con tantos cultivadores extinguidos, tantos agricultores muriendo, los suministros de grano perecerán para siempre. ¿Excluimos, pues, a aquellos que acostumbraban a traernos alimento? ¿No queremos alimentar en tiempo de necesidad a aquellos que nos alimentaron en toda época? ¿Cuántas cosas nos proporcionan ellos mismos en este mismo tiempo! No solo de pan vive el hombre (Deut. VIII, 3). Nuestra familia está allí, muchos de nuestros parientes también. Devolvamos lo que hemos recibido.

47. Pero tememos aumentar la escasez. En primer lugar, la misericordia nunca se abandona, sino que se ayuda. Luego, los suministros de grano que deben ser compartidos con ellos, los redimamos con una colecta, los repongamos con oro. ¿Acaso, si ellos faltan, no parece que debemos redimir a otros cultivadores? ¿Cuánto más barato es alimentar que comprar un cultivador! ¿Dónde también repondrás, dónde encontrarás a quien reformar? Añade que si encuentras, que ignorante y de uso ajeno, podrás sustituir en número, no en cultivo.

48. ¿Qué más? Reunido el oro, se recolectaron los granos. Así, no disminuyó la abundancia de la ciudad, y proporcionó alimento a los peregrinos. ¿Cuánta recomendación fue esto ante Dios para el santísimo anciano, cuánta gloria ante los hombres! Este verdaderamente grande

fue probado, quien verdaderamente pudo decir al emperador, mostrando los pueblos de toda la provincia: A todos estos te los he reservado, viven gracias al beneficio de tu senado, tu curia los ha salvado de la muerte.

49. ¡Cuánto más útil fue esto que lo que recientemente sucedió en Roma, que fueron expulsados de la ciudad amplísima, quienes ya habían pasado allí gran parte de su vida, se fueron llorando con sus hijos, lamentando el exilio como si fueran ciudadanos, interrumpidas muchas relaciones, separadas las afinidades! Y ciertamente la fecundidad del año había sonreído, la ciudad solo carecía de grano importado: podría haber sido ayudada, si se hubiera pedido grano a los italianos, cuyos hijos eran expulsados. Nada más vergonzoso que esto, excluir como ajeno, y exigir como propio. ¿Por qué expulsas a aquel que se alimenta de lo suyo? ¿Por qué expulsas a aquel que te alimenta? ¿Retienes al siervo, expulsas al padre? ¿Recibes el grano, pero no compartes el afecto? ¿Exiges el sustento, pero no devuelves la gratitud?

50. ¡Qué vergonzoso esto, qué inútil! ¿Cómo puede ser útil lo que no es decoroso? ¿Cuántos auxilios corporales le fueron negados a Roma hace tiempo? Podría no haberlos perdido, y haber evitado el hambre, esperando los vientos favorables y la llegada de las naves esperadas.

51. ¡Cuán verdaderamente honesto y útil fue lo anterior! ¿Qué hay más decoroso y honesto que los ricos ayudando a los necesitados con una colecta, proporcionando alimento a los hambrientos; que a nadie le falte el alimento? ¿Qué hay más útil que preservar a los cultivadores para el campo, no dejar perecer al pueblo de los campesinos?

52. Lo que es honesto, por lo tanto, es útil: y lo que es útil, es honesto. Y al contrario, lo que es inútil, es indecoroso; lo que es indecoroso, también es inútil.

## CAPÍTULO VIII.

Aquellos que anteponen lo honesto a lo útil son aprobados por Dios, como se muestra en los ejemplos de Josué, Caleb y otros exploradores.

53. ¿Cuándo podrían nuestros mayores haber salido del servicio, si no hubieran creído que servir al rey de los egipcios no solo era vergonzoso, sino también inútil (Éxodo XII, 34 y ss.)?

54. También Josué y Caleb, enviados a explorar la tierra, informaron que era una tierra fértil, pero habitada por las naciones más feroces. El pueblo, quebrantado por el terror de la guerra, rehusaba la posesión de esa tierra (Núm. XIII, 28 y ss.). Los exploradores enviados, Josué y Caleb, aconsejaban que la tierra era útil: consideraban indecoroso ceder a las naciones: preferían ser lapidados, como amenazaba el pueblo, antes que renunciar a la honestidad. Otros disuadían; el pueblo reclamaba, diciendo que sería una guerra contra naciones terribles y ásperas, que caerían en la batalla, que sus mujeres y niños serían llevados al saqueo.

55. La indignación del Señor se encendió, queriendo destruirlos a todos: pero a petición de Moisés, moderó su sentencia, pospuso la venganza, juzgando suficiente castigo para los péfidos, aunque perdonara por el momento, y no golpeará a los incrédulos, que no llegarían a esa tierra que habían rechazado, como precio de su incredulidad: pero los niños y mujeres que no habían murmurado, ya sea por sexo o por edad, recibirían la herencia prometida de esa tierra. Finalmente, todos los que tenían veinte años o más cayeron en el desierto, pero la pena de los demás fue diferida. Pero aquellos que subieron con Josué, y consideraron que debían disuadir, murieron inmediatamente por una gran plaga: Josué y Caleb, con la edad o el sexo inocente, entraron en la tierra de la promesa (Núm. XIV, 6 y ss.).

56. Por lo tanto, la mejor parte prefirió la gloria a la salvación, la peor la salvación a la honestidad. Sin embargo, la sentencia divina aprobó a aquellos que consideraban que lo honesto debía prevalecer sobre lo útil: y condenó a aquellos para quienes lo que parecía más adecuado para la salvación que para la honestidad, pesaba más.

## CAPÍTULO IX.

Las fraudes y ganancias deshonestas son especialmente indignas de los clérigos, cuyo deber es servir a la utilidad de todos: no deben intervenir en causas pecuniarias, pero sí en las capitales. A ellos se les da el ejemplo de David para que no dañen a nadie, incluso si son provocados; y para que no antepongan la vida a la honestidad, se propone el asesinato de Nabot.

57. Nada es más deshonesto que no tener amor por la honestidad, y por un uso de comercio degenerado, ser impulsado por una ganancia innoble, arder con un corazón avaro, ansiar día y noche las pérdidas del patrimonio ajeno, no elevar el ánimo al brillo de la honestidad, no considerar la belleza de la verdadera alabanza.

58. De aquí nacen las herencias obtenidas por engaño, captadas con la simulación de continencia y gravedad: lo cual es ajeno al propósito de un hombre cristiano; pues todo lo que se obtiene con arte y fraude carece del mérito de la simplicidad. Incluso en aquellos que no han recibido ningún oficio del orden eclesiástico, se juzga incongruente la ambición afectada de herencia. Los que están en el último tramo de la vida tienen su propio juicio, para que testifiquen libremente lo que sienten, ya que después no podrán corregirlo: cuando no es honesto desviar las ganancias competentes que son debidas o preparadas para otros; cuando es deber del sacerdote o ministro beneficiar, si es posible, a todos, no perjudicar a nadie.

59. Por lo tanto, si no se puede ayudar a uno sin perjudicar a otro, es mejor que ninguno sea ayudado, que uno sea perjudicado. Por lo tanto, no es propio del sacerdote intervenir en causas pecuniarias: en las cuales no se puede evitar que frecuentemente se perjudique a uno que es vencido, ya que considera que ha sido vencido por el beneficio del intercesor. Es propio del sacerdote no dañar a nadie, querer beneficiar a todos: pero solo Dios puede hacerlo. Pues en una causa capital, dañar a quien debes ayudar en peligro, no está exento de grave pecado: pero en una causa pecuniaria buscar enemistades, es insensatez; ya que por la salvación del hombre frecuentemente se producen graves molestias: en lo cual incluso es glorioso estar en peligro. Por lo tanto, se debe mantener la forma propuesta en el oficio del sacerdote; que no dañe a nadie, ni siquiera si es provocado, y ofendido por alguna injuria. Pues es un buen hombre quien dijo: Si he devuelto mal a quienes me hicieron mal (Sal. VII, 5). ¿Cuál es la gloria, si no dañamos a quien no nos ha dañado? Pero esa es la virtud, si perdonas al ser dañado.

60. ¡Qué honesto, que cuando pudo dañar al rey enemigo, prefirió perdonarlo! ¡Qué útil también, porque esto benefició al sucesor, para que todos aprendieran a guardar lealtad a su propio rey, no usurpar el poder, sino respetarlo! Por lo tanto, la honestidad fue preferida a la utilidad, y la utilidad siguió a la honestidad.

61. No solo perdonó, sino que también lamentó en la guerra la muerte del enemigo, y lo deploró con lágrimas diciendo: Montes que estáis en Gelboé, ni rocío ni lluvia caigan sobre vosotros. Montes de muerte, porque allí fue quitada la protección de los poderosos, la protección de Saúl. No está ungido con aceite y sangre de los heridos, y de la grasa de los

guerreros. La flecha de Jonatán no retrocedió, y la espada de Saúl no volvió vacía. Saúl y Jonatán, hermosos y amados, inseparables en su vida, y en la muerte no fueron separados. Más ligeros que las águilas, más poderosos que los leones. Hijas de Israel, llorad por Saúl, que os vestía con ropas escarlatas con vuestro ornamento, que ponía oro sobre vuestras vestiduras. ¿Cómo cayeron los poderosos en medio de la batalla? Jonatán fue herido en la muerte. Me duele por ti, hermano mío, Jonatán, muy hermoso para mí. Tu amor por mí fue más maravilloso que el amor de las mujeres. ¿Cómo cayeron los poderosos, y perecieron las armas deseables? (II Sam. I, 21 y ss.).

62. ¿Qué madre lloraría así a su único hijo como él lloró a su enemigo? ¿Quién seguiría al autor de la gracia con tantos elogios, como él siguió al insidioso de su vida? ¡Cuán piadosamente lamentó, con cuánto afecto gimió! Los montes se secaron por la maldición profética, y la fuerza divina cumplió la sentencia del que maldecía. Por lo tanto, por el espectáculo de la muerte del rey, los elementos pagaron la pena.

63. ¿Qué fue la causa de la muerte del santo Nabot, sino la contemplación de la honestidad? Pues cuando el rey le pidió la viña, prometiéndole dinero; rechazó el precio indecoroso por la herencia paterna, y prefirió evitar tal deshonor con la muerte. No me haga el Señor, dijo, que te dé la herencia de mis padres (I Reyes XXI, 3); es decir, que no me suceda tal oprobio, que Dios no permita que se me extorsione tal crimen. No hablaba ciertamente de las vides, pues a Dios no le importa las vides, ni el espacio terrenal, sino que hablaba del derecho de los padres. Podría haber tomado otra viña de las viñas del rey, y ser amigo; en lo cual se suele estimar no poca utilidad de este siglo: pero lo que era vergonzoso, juzgó que no parecía útil: y prefirió correr el riesgo con honestidad, que la utilidad con oprobio: hablo de la utilidad vulgar, no de aquella en la que también hay gracia de honestidad.

64. Finalmente, el mismo rey pudo extorsionar, pero lo consideraba impúdico, pero lamentó la muerte. El Señor también anunció que la inhumanidad de la mujer, que olvidó la honestidad y antepuso la ganancia deshonestas, sería castigada con un castigo adecuado.

65. Por lo tanto, toda fraude es deshonestas. Finalmente, incluso en cosas viles, es execrable la falsedad de la balanza, y la medida fraudulenta. Si en el mercado de las cosas vendibles, en el uso de los comercios, se castiga el fraude, ¿puede parecer irreprochable entre los oficios de las virtudes? Salomón clamaba: Peso grande y pequeño, y medidas dobles son inmundas ante el Señor (Prov. XX, 10). También dijo antes: La balanza adulterada es abominación al Señor, pero el peso justo es aceptable para él (Prov. XI, 1).

## CAPÍTULO X.

Se debe evitar el fraude en todo contrato, no solo está previsto en el derecho político, sino también en las Sagradas Escrituras, como se muestra en el ejemplo de Josué y los gabaonitas.

66. En todo, por lo tanto, es decorosa la fe, la justicia es grata, la medida de equidad es agradable. ¿Pero qué diré de los demás contratos, y especialmente de la compra de propiedades, o transacciones, y pactos? ¿No hay fórmulas que excluyen el dolo: y aquel cuyo dolo sea descubierto, será sujeto a doble pena? En todas partes, por lo tanto, prevalece la consideración de la honestidad, que excluye el dolo, expulsa el fraude. De donde correctamente el profeta David pronunció la sentencia general diciendo: No hizo mal a su prójimo (Sal. XIV, 3). No solo, por lo tanto, en los contratos (en los cuales también se ordena que se revelen los defectos de lo que se vende, y si el vendedor no lo ha declarado, aunque lo haya transferido al derecho del comprador, se anulan por acción de dolo), sino también en

general en todo debe estar ausente el dolo: se debe manifestar la simplicidad, se debe declarar la verdad.

67. Pero esta antigua fórmula sobre el dolo no es de los juristas, sino que la sentencia de los patriarcas está claramente expresada en la Escritura divina en el libro del Antiguo Testamento, que se titula Josué. Pues cuando se difundió la fama entre los pueblos de que el mar se había secado en el paso de los hebreos, que el agua había brotado de la roca, que del cielo se proporcionaba alimento diario abundante para miles de personas; que los muros de Jericó habían caído por el sonido sagrado de las trompetas, golpeados y derribados por el clamor del pueblo; que el rey de los heteos había sido vencido y colgado en el madero hasta la tarde: los gabaonitas, temiendo la poderosa mano, vinieron con astucia, simulando ser de una tierra lejana, y que por haber viajado mucho tiempo, sus sandalias se habían roto, sus vestiduras se habían desgastado, mostrando signos de envejecimiento; y la causa de tanto trabajo era el deseo de obtener la paz y establecer amistad con los hebreos; y comenzaron a pedir a Josué que estableciera una alianza con ellos. Y como aún era ignorante de los lugares, y desconocía a los habitantes, no reconoció sus fraudes, ni consultó a Dios: sino que rápidamente creyó.

68. Tan sagrada era en esos tiempos la fe de ellos, que no se creía posible engañar a alguien. ¿Quién reprocharía esto en los santos, que juzgan a los demás por su propio afecto; y porque la verdad les es amiga, no creen que nadie mienta, ignoran lo que es engañar: creen fácilmente lo que ellos mismos son, y no pueden sospechar lo que no son. De aquí que Salomón diga: El inocente cree toda palabra (Prov. XIV, 15; 22, q. 4, c. Inocente). No se debe vituperar la facilidad, sino alabar la bondad. Esto es ser inocente, ignorar lo que daña: y si es engañado por alguien; sin embargo, juzga bien de todos, quien cree que hay fe en todos.

69. Por lo tanto, inclinado por la devoción de su mente a creer, dispuso el testamento, dio la paz, confirmó la alianza. Pero cuando llegaron a sus tierras, descubierta la fraude, que siendo vecinos, se habían hecho pasar por extranjeros, el pueblo de los padres comenzó a indignarse por haber sido engañado. Sin embargo, Josué no consideró revocar la paz que había dado; porque estaba confirmada por la religión del juramento; para que, mientras acusaba la perfidia ajena, no rompiera su propia fe. Sin embargo, los castigó con el servicio de un ministerio más vil. Una sentencia más clemente, pero más duradera; pues la pena de la antigua astucia permanece en los oficios, asignada hasta este día al ministerio hereditario (Josué IX, 15 y ss.).

## CAPÍTULO XI.

Se muestra que las fraudes de ciertos ejemplos introducidos por reticencia retórica, y todas las demás, son condenadas más abiertamente en la Escritura.

70. No voy a señalar las herencias adquiridas con golpes de dedos y las danzas del sucesor desnudo; pues estas cosas son notables incluso para el vulgo: no las riquezas acumuladas con pesca simulada para atraer el deseo del comprador. ¿Por qué alguien tan dedicado al lujo y las delicias se dejaría engañar por tal fraude?

71. ¿Qué puedo decir del encantador y secreto retiro de Siracusa, y de la astucia del hombre siciliano? Cuando encontraba a algún extranjero, al saber que estaba interesado en comprar jardines, lo invitaba a cenar en los jardines: el invitado prometía ir, y al día siguiente llegaba: encontraba allí una gran multitud de pescadores, un banquete adornado con exquisitos

manjares, y pescadores dispuestos ante los comensales frente a los jardincillos, donde nunca antes habían lanzado redes: cada uno ofrecía lo que había capturado a los comensales: los peces eran arrojados sobre la mesa, golpeando los ojos de los que estaban reclinados. El huésped se maravillaba de la gran cantidad de peces y del número de barcas. Al preguntar, le respondían que allí había una fuente de agua dulce, y que por eso innumerables peces acudían allí. ¿Qué más? Engañó al huésped para que le comprara los jardines: queriendo vender, se vio obligado a aceptar un precio que le parecía excesivo.

72. Al día siguiente, el comprador fue a los jardines con amigos, y no encontró ninguna embarcación. Al preguntar si había alguna festividad para los pescadores ese día, le respondieron que no, y que nunca antes, excepto el día anterior, se había pescado allí. ¿Qué autoridad tendría para reprochar el engaño quien había buscado una trampa tan vil de delicias? Pues quien acusa a otro de pecado, debe estar libre de pecado. No llamaré, por tanto, a tales tonterías a la autoridad de esta censura eclesiástica, que condena en general todo deseo de lucro deshonesto, y con un breve resumen de palabras excluye la ligereza y la astucia.

73. ¿Qué puedo decir de aquel que, al saber que un testamento hecho por otros es falso, reclama para sí una herencia o un legado, y busca lucro con el crimen ajeno, cuando incluso las leyes públicas consideran culpable de delito a quien conscientemente usa un documento falso? La regla de la justicia es clara: no es propio de un hombre bueno desviarse de la verdad, ni causar daño injusto a nadie, ni añadir engaño o fraude.

74. ¿Qué es más evidente que lo que le ocurrió a Ananías (Hechos V, 1 y ss.), quien defraudó con el precio de su campo, que él mismo había vendido, y puso una parte del precio como si fuera el total a los pies de los apóstoles, y pereció como culpable de fraude? Podía no haber ofrecido nada, y lo habría hecho sin fraude. Pero como mezcló fraude, no recibió la gracia de la liberalidad, sino que pagó la pena de la falsedad.

75. Y el Señor en el Evangelio rechazaba a los que se acercaban con engaño, diciendo: "Las zorras tienen madrigueras" (Mateo VIII, 20); porque nos manda vivir con sencillez de corazón e inocencia. David también dice: "Como navaja afilada has hecho engaño" (Salmo LI, 4); acusando de maldad al traidor, porque un instrumento así se usa para el adorno del hombre, y a menudo hiere. Si alguien, por tanto, pretende gracia y teje engaño a ejemplo del traidor, para entregar a muerte a aquel a quien debería proteger; se le considera como ese instrumento, que por el vicio de una mente ebria y vacilante, suele herir las manos. Como este, ebrio de malicia con vino, por la indicación de una traición funesta, llevó la muerte al sacerdote Abimelec, porque había recibido al profeta en su casa, a quien el rey, incitado por los estímulos de la envidia, perseguía (I Samuel XXII).

## CAPÍTULO XII.

No se debe prometer nada deshonesto, ni si has jurado algo injusto, debes cumplirlo; se demuestra que Herodes pecó en esto. También se critica el voto pronunciado por Jefté, así como todo lo que Dios no quiera que se cumpla. Finalmente, la hija de Jefté se compara y se prefiere a dos pitagóricos.

76. Por tanto, el afecto debe ser puro y sincero, para que cada uno (22, q. 4, c. Unusquisque) pronuncie un discurso simple, posea su vasija en santidad, no induzca a su hermano con circunloquios, no prometa nada deshonesto: y si lo ha prometido, es más tolerable no cumplir lo prometido que hacer lo que es vergonzoso.

77. A menudo muchos se atan a sí mismos con el juramento: y aunque ellos mismos reconocen que no debieron prometerlo; sin embargo, por la consideración del juramento, hacen lo que prometieron: como escribimos antes sobre Herodes (Sup. c. 9), quien prometió vergonzosamente un premio a una bailarina, y cruelmente lo cumplió. Vergonzoso, que se prometa un reino por una danza: cruel, que se conceda la muerte de un profeta por la religión del juramento. ¿Cuánto más tolerable habría sido el perjurio en tal juramento? Si, sin embargo, se pudiera llamar perjurio a lo que juró ebrio entre vinos, lo que prometió emasculado entre los coros de los que bailaban. Se presenta la cabeza del profeta en un plato: y esto se consideró como fidelidad, lo que fue locura.

78. Nunca me convenceré de que Jefé no prometió imprudentemente, al ofrecer sacrificar a Dios lo que fuera que le saliera al encuentro al regresar a su casa; cuando incluso él mismo se arrepintió de su voto, después de que su hija salió a su encuentro. Finalmente, rasgó sus vestiduras y dijo: "¡Ay de mí! hija mía, me has impedido, te has convertido en un aguijón de dolor para mí" (Jueces XI, 35). Aunque cumplió con el amargo cumplimiento de su promesa por temor y piedad, sin embargo, estableció y dejó un luto anual para ser lamentado por sus descendientes. Dura promesa, cumplimiento más amargo, que incluso él mismo que lo hizo tuvo que llorar. Finalmente, se hizo un precepto y decreto en Israel de día en día: "Iban", dice, "las hijas del pueblo de Israel, llorando a la hija de Jefé Galaadita cuatro días al año" (Ibid., 40). No puedo acusar al hombre que tuvo que cumplir lo que había prometido; pero, sin embargo, es una necesidad miserable, que se cumple con parricidio (22, q. 4, cap. Unusquisque, § Miserabilis).

79. Es mejor no hacer un voto, que hacer un voto que no quiera cumplirse a quien se le promete. Finalmente, tenemos el ejemplo en Isaac (Gén. XXII, 13), por quien el Señor dispuso que se inmolará un carnero en su lugar. Por tanto, no siempre deben cumplirse todas las promesas (22, q. 4, cap. Non semper). Finalmente, el mismo Señor frecuentemente cambia su sentencia, como indica la Escritura. Pues en ese libro que se titula Números, había propuesto herir de muerte y destruir al pueblo: pero después, a petición de Moisés, se reconcilió con su pueblo (Núm. XVI, 12 y ss.). Y nuevamente dijo a Moisés y Aarón: "Sepárense de en medio de esta congregación, y los consumiré de inmediato" (Núm. XVI, 21). Al separarse ellos del grupo, Datan y Abirón fueron absorbidos de repente por la tierra que se abrió.

80. Este ejemplo de la hija de Jefé es más excelente y antiguo que el que se considera memorable entre los filósofos de los dos pitagóricos, de los cuales uno, condenado a muerte por el tirano Dionisio, pidió que se le permitiera ir a casa para encomendar a los suyos: y para que no se dudara de su regreso, ofreció un garante de muerte, con la condición de que si no regresaba en el día señalado, su garante moriría en su lugar. Y el que se ofrecía no rechazó la calidad del compromiso, y con ánimo constante esperaba el día de su muerte. Así que uno no se retiró, y el otro regresó en el día. Esto fue tan admirable, que el tirano los acogió en su amistad, a quienes antes amenazaba el peligro.

81. Lo que, por tanto, es pleno de maravilla en hombres ilustres y eruditos, se encuentra mucho más magnífico y más ilustre en la virgen, quien dijo a su padre que gemía: "Hazme lo que salió de tu boca" (Jueces XI, 36 y ss.). Pero pidió un espacio de dos meses, para que con sus iguales celebrara un encuentro en los montes, quienes con afecto piadoso acompañaran su virginidad destinada a la muerte. Ni el llanto de sus iguales conmovió a la joven, ni el dolor la doblegó, ni el gemido la detuvo, ni el día pasó, ni la hora falló. Regresó a su padre, como si regresara a un voto, y con su propia voluntad impulsó al que dudaba, y logró que lo que era fortuito de impiedad, se convirtiera en sacrificio de piedad.

### CAPÍTULO XIII.

Judith, al haber enfrentado muchos peligros por la honestidad, obtuvo múltiples beneficios.

82. Aquí tienes a Judith, que se ofrece como admirable, quien se acercó al hombre temido por los pueblos, Holofernes, rodeado por la triunfal comitiva de los asirios. Primero lo impresionó con la gracia de su forma y la belleza de su rostro, luego lo atrapó con la elegancia de su discurso (Judith X, 12 y ss.). Su primer triunfo fue que devolvió intacta su pureza del pabellón del enemigo: el segundo, que una mujer obtuvo la victoria sobre un hombre, y dispersó a los pueblos con su consejo (Judith XIII, 20).

83. Los persas temieron su audacia. Sin duda, lo que admiran en esos dos pitagóricos, ella no temió el peligro de muerte, ni tampoco el de la honra, que es más grave para las mujeres buenas: no temió el golpe de un solo verdugo, ni las armas de todo un ejército. Se mantuvo entre las filas de los guerreros, entre las armas victoriosas, segura de la muerte. En cuanto a la magnitud del peligro, avanzó como si fuera a morir: en cuanto a la fe, como si fuera a luchar.

84. Judith, por tanto, siguió la honestidad, y al seguirla, encontró utilidad. Pues fue de honestidad impedir que el pueblo de Dios se entregara a los profanos, que traicionara los ritos patrios y los sacramentos; que sometiera a las vírgenes sagradas, a las viudas respetables, a las matronas castas a la impureza bárbara; que resolviera el asedio con rendición: fue de honestidad preferir arriesgarse por todos, para liberar a todos del peligro (Judith VIII, 10 y ss.).

85. ¡Cuánta autoridad de honestidad, que una mujer se atribuyera el consejo sobre los asuntos más importantes, y no lo confiara a los príncipes del pueblo! ¡Cuánta autoridad de honestidad, que presumiera tener a Dios como ayudante: cuánta gracia, que lo encontrara!

### CAPÍTULO XIV.

El hecho de Eliseo, cuán honesto y útil fue. Comparación de este con la hazaña célebre de los griegos. Juan entregó su vida por la honestidad: y también Susana se expuso al peligro de muerte por la misma causa.

86. ¿Qué otra cosa siguió Eliseo sino la honestidad, cuando introdujo cautivo en Samaria al ejército de Siria, que había venido a sitiario, cuyos ojos había cubierto con ceguera, y dijo: "Señor, abre sus ojos para que vean", y vieron (II Reyes VI, 18 y ss.)? Así que cuando el rey de Israel quiso matar a los que habían entrado, y pedía al profeta que le diera esa facultad; respondió que no debían ser golpeados, cuya cautividad no había logrado con su mano, ni con armas bélicas, sino que más bien debían ser ayudados con el sustento de alimentos. Finalmente, después de ser alimentados con copiosas viandas, los piratas de Siria nunca más pensaron en regresar a la tierra de Israel.

87. ¡Cuánto más sublime es esto que lo de los griegos, que cuando dos pueblos competían entre sí por la gloria y el poder, y uno de ellos tenía la oportunidad de quemar en secreto las naves del otro pueblo, lo consideró vergonzoso: y prefirió poder menos honestamente, que más deshonestamente! Y estos no podían hacer esto sin deshonor, para engañar con este fraude a aquellos que se habían reunido para completar la guerra persa; aunque pudieran negarlo, no podían no sonrojarse: pero Eliseo, no con fraude, aunque engañados, sino golpeados por el poder del Señor, prefirió salvar que destruir; porque era decoroso perdonar

al enemigo, y conceder la vida al adversario, que podría haber quitado si no hubiera perdonado.

88. Está claro, por tanto, que lo que es decoroso, siempre es útil. Pues también la santa Judith, con el desprecio decoroso de su propia seguridad, resolvió el peligro del asedio, y adquirió utilidad pública con su propia honestidad: y Eliseo perdonó más gloriosamente de lo que golpeó: y fue más útil reservar a los enemigos que había capturado.

89. ¿Qué otra cosa consideró Juan sino la honestidad? para que no pudiera soportar matrimonios deshonestos incluso en un rey, diciendo: "No te es lícito tenerla por esposa" (Marcos XIV, 4). Podía haber callado, si no hubiera juzgado indecoroso no decir la verdad por miedo a la muerte, inclinar la autoridad profética ante el rey, tejer adulación. Sabía sin duda que iba a morir, porque se oponía al rey: pero prefirió la honestidad a la seguridad. Y sin embargo, ¿qué más útil que lo que le trajo la gloria de la pasión al hombre santo?

90. También la santa Susana, ante la amenaza de un falso testimonio, cuando se veía presionada por el peligro por un lado, y por la deshonra por el otro, prefirió evitar la deshonra con una muerte honesta, que someterse y soportar una vida vergonzosa por el deseo de seguridad. Así que mientras se enfocaba en la honestidad, también conservó la vida: que si hubiera preferido lo que le parecía útil para la vida, no habría obtenido tanta gloria: más bien, incluso lo que no solo era inútil, sino también peligroso, tal vez no habría evitado la pena del crimen (Daniel XIII). Advertimos, por tanto, que lo que es vergonzoso, no puede ser útil: ni tampoco lo que es honesto, inútil; porque la utilidad siempre acompaña a la honestidad, y la honestidad a la utilidad.

## CAPÍTULO XV.

Relatado el generoso consejo de los romanos, se demuestra que Moisés tuvo un gran cuidado por la honestidad, según sus hechos.

91. Los retóricos cuentan como memorable que un general romano, cuando el médico del rey enemigo vino a él, prometiendo dar veneno al rey, lo envió de vuelta al enemigo atado. Y realmente fue notable, que quien había emprendido una contienda de virtud no quisiera vencer con fraude. Pues no ponía la honestidad en la victoria, sino que consideraba la victoria vergonzosa si no se obtenía con honestidad.

92. Volvamos a nuestro Moisés, y regresemos a lo anterior; para que cuanto más excelentes, tanto más antiguos sean los ejemplos que presentemos. El rey de Egipto no quería dejar ir al pueblo de los padres. Moisés dijo al sacerdote Aarón que extendiera su vara sobre todas las aguas de Egipto. Aarón extendió, y el agua del río se convirtió en sangre, y nadie podía beber agua, y todos los egipcios morían de sed: pero las aguas puras abundaban para los padres (Éxodo VII, 20). Lanzaron ceniza al cielo, y se convirtieron en úlceras y ampollas ardientes en hombres y animales (Éxodo IX, 10 y ss.). Hicieron caer granizo en fuego llameante, y todo fue destruido sobre la tierra. Moisés rogó, y todo volvió a su gracia: el granizo se calmó, las úlceras se curaron, los ríos ofrecieron sus habituales bebidas (Ibid. 30).

93. Nuevamente, la tierra estaba cubierta de densas tinieblas durante tres días, desde que Moisés levantó la mano e infundió las tinieblas (Éxodo X, 22). Moría todo primogénito de Egipto, mientras que toda la progenie de los hebreos estaba ilesa. Moisés fue rogado para que también pusiera fin a estas calamidades, oró e intercedió (Éxodo XII, 29 y ss.). En esto es digno de alabanza que se abstuviera de la compañía del fraude: en esto es admirable que, con

su propia virtud, incluso apartara de su enemigo los castigos divinamente infligidos, verdaderamente demasiado, como está escrito, manso y humilde. Sabía que el rey no cumpliría sus promesas; sin embargo, consideraba honesto orar cuando se lo pedían, bendecir cuando era agraviado, perdonar cuando era atacado (Núm. XII, 3).

94. Arrojó la vara, y se convirtió en serpiente, que devoró las serpientes de los egipcios (Éxodo VII, 12): significando que el Verbo se haría carne, que vaciaría el veneno de la serpiente maligna mediante el perdón y la indulgencia de los pecados. Pues la vara es el Verbo recto, real, lleno de poder, insignia del imperio. La vara se convirtió en serpiente, porque quien era Hijo de Dios nacido de Dios Padre, se hizo Hijo del hombre, nacido de la Virgen: quien, como serpiente exaltada en la cruz, infundió medicina a las heridas humanas. Por eso el mismo Señor dice: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe ser levantado el Hijo del hombre" (Juan III, 14).

95. Finalmente, el otro signo que hizo Moisés también se refiere al Señor Jesús: "Metió su mano en su seno, y la sacó, y su mano era como la nieve. Nuevamente la metió, y la sacó, y era como la carne humana" (Éxodo IV, 6, 7); significando el primer resplandor de la Divinidad del Señor Jesús, luego la ascunción de la carne, en la cual todas las naciones y pueblos deben creer con fe. Con razón metió la mano, porque Cristo es la diestra de Dios, en cuya divinidad e encarnación, si alguien no cree, es castigado como reprobado: como este rey que, porque no creyó en los signos evidentes, después fue castigado y rogó para obtener perdón. Por tanto, se prueba cuán grande debe ser el afecto por la honestidad, y especialmente porque se exponía por el pueblo, diciendo que Dios perdonara al pueblo, o al menos lo borrara del libro de los vivientes.

## CAPÍTULO XVI.

Después de mencionar brevemente a Tobías, se demuestra que Raguel superó a los filósofos en honestidad.

96. Tobías también mostró más claramente la forma de la honestidad, cuando, dejando el banquete, enterraba a los muertos, e invitaba a los pobres a la mesa de su comida (Tobías II, 2 y ss.). Especialmente Raguel, quien por consideración a la honestidad, cuando se le pidió que diera a su hija en matrimonio, no ocultó los defectos de su hija; para que no pareciera engañar al pretendiente con su silencio. Así que cuando el hijo de Tobías pidió que se le diera la joven, respondió que por ley le correspondía a él como pariente, pero que ya la había dado a seis hombres, y todos ellos habían muerto. Así que el hombre justo temía más por los extraños, y prefería que su hija permaneciera soltera, que poner en peligro a los extraños por su matrimonio (Tobías VII, 13 y ss.).

97. Cuán brevemente resolvió todas las cuestiones de los filósofos. Ellos discuten si los defectos de las cosas deben ser ocultados o revelados por el vendedor: nuestro hombre no consideró que los defectos de su hija debían ser ocultados. Y ciertamente no era él quien deseaba entregarla, sino que se lo pedían. No podemos dudar de cuán más honesto es este que aquellos, si comparamos cuán más importante es la causa de la hija que el dinero de una cosa vendible.

## CAPÍTULO XVII.

Con qué gran dedicación a la honestidad los antiguos padres, al ir al cautiverio, ocultaron el fuego sagrado.

98. Consideremos otro hecho que, realizado en cautiverio, mantuvo el máximo decoro de la honestidad. Ninguna adversidad impide la honestidad, que en estas circunstancias se destaca y sobresale más que en las prósperas. Así, entre cadenas, entre armas, llamas, esclavitud, que es más grave que cualquier castigo para los libres, entre las penas de los moribundos, la destrucción de la patria, el temor de los vivos, la sangre de los muertos, no se perdió, sin embargo, el cuidado de la honestidad entre nuestros mayores: sino que entre las cenizas y brasas de la patria destruida, resplandeció y brilló en afectos piadosos.

99. Cuando nuestros padres fueron llevados a Persia, quienes entonces eran adoradores del Dios omnipotente, los sacerdotes del Señor ocultamente escondieron el fuego tomado del altar en un valle. Allí había un pozo abierto, poco frecuentado por la falta de agua, no accesible al uso popular, en un lugar desconocido y apartado de testigos: allí lo sellaron con una señal sagrada y en silencio el fuego fue escondido (II Mac. I, 19 y ss.). No se preocuparon por enterrar oro o esconder plata para conservarla para sus descendientes, sino que, preocupándose por la honestidad en sus últimos momentos, consideraron que el fuego sagrado debía ser preservado; para que no lo contaminaran los impuros, ni la sangre de los muertos lo extinguiera, ni un montón de ruinas deformes lo borrara.

100. Así, partieron hacia Persia libres solo en su religión; ya que solo eso no pudo serles arrebatado durante la cautividad. Después de mucho tiempo, cuando agradó a Dios, dio esta intención al rey de Persia, para que ordenara restaurar el templo en Judea y reparar los ritos legítimos en Jerusalén. Por esta gracia del don, el rey de Persia envió al sacerdote Nehemías. Y él llevó consigo a los nietos de aquellos sacerdotes que, al partir de su tierra natal, habían escondido el fuego sagrado para que no se perdiera. Al llegar, como se ha transmitido por la palabra de los padres, no encontraron fuego, sino agua. Y como faltaba el fuego para encender los altares, el sacerdote Nehemías les ordenó sacar agua, llevarla y rociarla sobre la leña. Entonces, ¡maravilla a la vista! cuando el cielo estaba cubierto de nubes, el sol de repente brilló, y se encendió un gran fuego; de tal manera que todos, asombrados por tan evidente gracia del Señor, se llenaron de alegría. Nehemías oraba, los sacerdotes cantaban un himno a Dios. Y cuando el sacrificio fue consumido, Nehemías ordenó nuevamente que las piedras mayores fueran rociadas con el agua restante: al hacerlo, se encendió una llama, y la luz resplandeciente del altar se consumió de inmediato.

101. Al revelarse este signo, el rey de Persia ordenó que se construyera un templo en el lugar donde el fuego había sido escondido y luego se encontró agua, al cual se llevaron muchos dones. Aquellos que estaban con el santo Nehemías lo llamaron ephthar, que se interpreta como purificación: por muchos es llamado nephthe. Se encuentra en las descripciones del profeta Jeremías que ordenó tomar del fuego a aquellos que serían en el futuro. Este es el fuego que cayó sobre el sacrificio de Moisés y lo consumió, como está escrito: Porque salió fuego del Señor y consumió todo lo que estaba sobre el altar de los holocaustos (Levítico IX, 24). Este fuego debía santificar el sacrificio; por eso también sobre los hijos de Aarón que quisieron introducir fuego extraño, salió nuevamente fuego del Señor y los consumió, de tal manera que fueron arrojados muertos fuera del campamento (Levítico X, 1 y ss.).

101\*. Al llegar Jeremías al lugar, encontró una casa en forma de cueva, y allí introdujo el tabernáculo, el arca y el altar del incienso, y cerró la puerta: cuando aquellos que habían venido con él, curiosamente investigaron para marcarse el lugar; no pudieron comprenderlo ni encontrarlo. Pero cuando Jeremías supo que lo habían intentado, dijo: El lugar será desconocido, hasta que Dios reúna a la congregación del pueblo y sea propicio. Entonces Dios mostrará estas cosas, y aparecerá la majestad del Señor (II Mac. II, 5 y ss.).

## CAPÍTULO XVIII.

El relato del evento anterior, y sobre todo del sacrificio ofrecido por Nehemías, se interpreta como una señal del Espíritu Santo y del bautismo de los cristianos: y también se refiere al sacrificio de Moisés y Elías, y a la historia de Noé.

102. Tenemos la congregación del pueblo, reconocemos la propiciación de nuestro Señor Dios, que el propiciador realizó en su pasión. Creo que tampoco podemos ignorar este fuego, ya que hemos leído que el Señor Jesús bautiza en el Espíritu Santo y fuego, como dijo Juan en el Evangelio (Juan I, 33). Con razón se consumía el sacrificio, porque era por el pecado. Pero ese fuego fue un símbolo del Espíritu Santo, que descendería después de la ascensión del Señor, y perdonaría los pecados de todos: que como fuego inflama el alma y la mente fiel. Por eso dice Jeremías al recibir el Espíritu: Y fue en mi corazón como un fuego ardiente, flameante en mis huesos: y me disolví por todas partes, y no puedo soportarlo (Jer. XX, 9). Pero también en los Hechos de los Apóstoles, cuando el Espíritu descendió sobre los apóstoles, y sobre muchos que esperaban las promesas del Señor, leemos que las lenguas se dispersaron como fuego. Finalmente, el ánimo de cada uno se elevaba tanto, que se pensaba que estaban llenos de mosto, quienes habían recibido la diversidad de lenguas (Hechos II, 4 y ss.).

103. ¿Qué significa entonces que el fuego se hizo agua, y el agua encendió el fuego; sino que la gracia espiritual quema a través del fuego, limpia nuestros pecados a través del agua? Porque el pecado se lava y se quema. Por eso también el Apóstol dice: La obra de cada uno, cual sea, el fuego la probará (I Cor. III, 13); y más adelante: Si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida, pero él mismo será salvo, aunque así como por fuego (Ibid., 15).

104. Lo hemos mencionado para probar que los pecados se queman por el fuego. Por lo tanto, es conocido que este es verdaderamente el fuego sagrado, que entonces en tipo de la futura remisión de los pecados descendió sobre el sacrificio.

105. Este fuego, por lo tanto, se esconde en el tiempo de la cautividad, cuando reina la culpa: pero en el tiempo de la libertad se promete. Y aunque transformado en apariencia de agua, sin embargo, conserva la naturaleza del fuego, para consumir el sacrificio. No te sorprendas cuando leas que Dios Padre dijo: Yo soy fuego consumidor (Deut. IV, 24); y en otro lugar: Me abandonaron, fuente de agua viva (Jerem. II, 13). También el Señor Jesús como fuego inflamaba los corazones de los oyentes (Luc. XII, 49), como fuente refrescaba; pues él mismo en su Evangelio dice que vino para enviar fuego a la tierra, y para dar de beber agua viva a los sedientos (Juan VII, 37 y ss.).

106. También en el tiempo de Elías descendió fuego, cuando desafió a los profetas de las naciones, para que encendieran el altar sin fuego. Y cuando ellos no pudieron hacerlo, él mismo roció su ofrenda tres veces con agua, y el agua corría alrededor del altar, y clamó, y cayó fuego del Señor del cielo, y consumió el holocausto (III Reyes XVIII, 38).

107. Esa ofrenda eres tú. Considera en silencio cada cosa. Sobre ti descende el vapor del Espíritu Santo, parece consumirte, cuando consume tus pecados. Finalmente, lo que fue consumido en el tiempo de Moisés, era un sacrificio por el pecado. Por eso Moisés dice, como está escrito en el libro de los Macabeos (II Mac. II, 11), que porque no se comió lo que era por el pecado, fue consumido. ¿No te parece que se consume, cuando en el sacramento del bautismo perece todo el hombre exterior? Nuestro viejo hombre fue crucificado, clama el

Apóstol (Rom. VI, 6). Allí, como te enseñan los ejemplos de los Padres, el egipcio se sumerge, el hebreo resurge, renovado por el Espíritu Santo, que también pasó por el Mar Rojo sin tropezar, donde los padres fueron bautizados bajo la nube y en el mar (I Cor. X, 1 y ss.).

108. También en el diluvio en el tiempo de Noé toda carne murió, pero el justo fue salvado con su descendencia (Gen. VII, 21 y ss.). ¿No se consume el hombre, cuando se libera de esta vida mortal? Finalmente, el exterior se corrompe, pero el interior se renueva. No solo en el bautismo, sino también en la penitencia se produce la destrucción de la carne para el progreso del espíritu; como nos enseña la autoridad apostólica, diciendo el santo Pablo: He juzgado, como presente, al que tal cosa ha hecho, entregarlo a Satanás para destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día de nuestro Señor Jesucristo (I Cor. V, 3, 4).

109. Parece que se ha hecho una digresión más extensa por la admiración del misterio, mientras nos esforzamos por revelar más plenamente el sacramento que es tan lleno de honestidad, que está lleno de religión.

## CAPÍTULO XIX.

Se narra el crimen cometido contra la esposa de un levita por los ciudadanos de Gabaa, y de su venganza se deduce cuánto valoraban los antiguos la honestidad.

110. ¡Cuánta preocupación por la honestidad tuvieron nuestros mayores, que por la injuria cometida contra una sola mujer, perseguían con guerra a los intemperantes, y al pueblo vencido, la tribu de Benjamín, les juraron no darles sus propias hijas en matrimonio! La tribu quedó sin ningún apoyo de posteridad, a menos que se les concediera la licencia de una necesaria artimaña. Sin embargo, esta indulgencia no parece carecer de un castigo adecuado a la intemperancia, cuando solo se les permitió que tomaran esposas por raptó, no por el sacramento del matrimonio. Y realmente fue digno que quienes habían disuelto la unión de otros, ellos mismos perdieran la solemnidad de las bodas.

111. ¡Qué historia tan llena de compasión! Un hombre, dice (Jueces XIX, y ss.), levita había tomado para sí una compañera (que creo que fue llamada concubina por el concubinato) que después de algún tiempo, ofendida por algunas cosas, como suele suceder, se fue a su padre, y estuvo allí cuatro meses. Y su marido se levantó y fue a la casa de su suegro, para reconciliarse con su compañera, y traerla de vuelta; la mujer salió a su encuentro, y lo introdujo en la casa de su padre.

112. El padre de la joven se alegró: salió a su encuentro, y se sentó con él tres días; y comieron y descansaron. Y al día siguiente, el levita se levantó temprano, y fue retenido por su suegro, para que no abandonara tan pronto la alegría del banquete. Y al segundo y tercer día, el padre de la joven no permitió que su yerno partiera, hasta que toda la alegría y la gracia entre ellos se consumara. Pero al séptimo día, cuando ya el día declinaba hacia la tarde, después de las mesas y los alegres banquetes, cuando pretextaba la cercanía de la noche próxima, para que descansara entre los suyos más que entre extraños, no pudo retenerlo, y lo dejó ir con su hija.

113. Sin embargo, cuando habían avanzado un poco, y la tarde ya se acercaba, y se aproximaban a la ciudad de los jebuseos, el siervo sugirió a su señor que se desviara hacia ella, pero su señor no accedió; porque no era esa ciudad de los hijos de Israel: sino que pretendía llegar hasta Gabaa, que estaba habitada por el pueblo de la tribu de Benjamín. Y no

había nadie que recibiera a los viajeros en su casa, excepto un hombre extranjero de avanzada edad. Cuando los vio, y preguntó al levita: ¿A dónde vas, o de dónde vienes? al responder que era un viajero, y que regresaba al monte de Efraín, y que no había quien lo acogiera, le ofreció hospitalidad y preparó un banquete.

114. Pero cuando se saciaron de comer, y las mesas fueron retiradas, irrumpieron hombres malvados, y rodearon la casa. Entonces el anciano ofrecía a los hombres inicuos a su hija virgen y a la compañera del levita, con quien solía dormir, solo para que no se hiciera violencia al huésped. Pero cuando la razón avanzó poco, y la violencia prevaleció, el levita cedió a su compañera: y la conocieron, y toda la noche se burlaron de ella. Vencida por tal atrocidad o dolor de la injuria, se arrojó ante la puerta del huésped, donde su marido se había alojado, y exhaló su espíritu, conservando al menos el último don de la vida de una buena esposa, para reservar a su marido las exequias de su propio funeral.

115. Al saberlo (para no alargarme), casi todo el pueblo de Israel se encendió en guerra, y aunque el resultado era incierto y la batalla permanecía indecisa, en la tercera ocasión de combate, el pueblo de Benjamín fue entregado al pueblo de Israel, y juzgado por sentencia divina, pagó las penas de la intemperancia. También se les condenó a que nadie de entre los padres les diera a su hija en matrimonio: y esto fue confirmado por el juramento. Pero compungidos por haber tomado una sentencia tan amarga contra sus hermanos, moderaron su severidad de tal manera que tomaron como esposas a las vírgenes huérfanas de padres, cuyos padres habían sido muertos por el delito, o se unieron en matrimonio por raptor; porque por el crimen de haber cometido un acto tan vil, quienes habían violado el derecho del matrimonio ajeno, se mostraron indignos de obtener matrimonio. Pero para que no pereciera una tribu del pueblo, se concedió la connivencia de la artimaña.

116. Cuánta preocupación por la honestidad tuvieron nuestros mayores, se demuestra aquí, que cuarenta mil hombres desenvainaron la espada contra sus hermanos de la tribu de Benjamín, mientras querían vengar la injuria a la castidad; porque no se toleraban los violadores de la castidad. Así que en esa guerra murieron en ambos lados sesenta y cinco mil guerreros, y las ciudades fueron quemadas. Y aunque al principio el pueblo de Israel fue inferior, sin embargo, no temiendo la adversidad de la guerra, no dejó de lado el dolor de vengar la castidad. Se lanzaba a la batalla, preparando con su propia sangre borrar la mancha del crimen cometido.

## CAPÍTULO XX.

Después de la liberación de la terrible asedio de Samaria según la profecía de Eliseo, se narra cuánta preocupación por la honestidad tuvieron cuatro leprosos.

117. ¿Y qué maravilla si al pueblo de Dios le preocupaba lo decoroso y honesto, cuando incluso a los leprosos, como leemos en los libros de los Reyes (IV Reyes VI), no les faltó la consideración de la honestidad?

118. Había una gran hambre en Samaria, porque el ejército de los sirios la había sitiado. El rey, preocupado, revisaba las guardias militares sobre el muro; una mujer lo interpelló diciendo: Esta mujer me persuadió para que trajera a mi hijo, y lo traje, y lo cocimos, y lo comimos; y prometió que después traería a su hijo, y comeríamos sus carnes juntas: pero ahora ha escondido a su hijo, y no quiere traerlo. Conmovido el rey porque no solo se alimentaban de cadáveres humanos, sino también parricidas, y conmovido por el ejemplo de tan atroz calamidad, anunció la muerte de Eliseo el profeta, en cuya potestad creía que estaba

el poder de liberar el asedio, repeler el hambre: o porque no había permitido al rey que golpeara a los sirios, a quienes había cegado.

119. Eliseo estaba sentado con los ancianos en Betel, y antes de que el mensajero del rey entrara a él, dijo a los ancianos: ¿Habéis visto que el hijo de ese homicida ha enviado a quitarme la cabeza? Y entró el mensajero, y transmitió el mandato del rey, anunciando el peligro presente de su cabeza (IV Reyes VI, 32, 33). A lo que respondió el profeta: A esta hora, mañana, una medida de flor de harina por un siclo, y dos medidas de cebada por un siclo en la puerta de Samaria. Y cuando el mensajero enviado por el rey no creyó, diciendo: si el Señor hiciera llover abundancia de trigo del cielo, ni siquiera así podría suceder; Eliseo le dijo: Porque no creíste, lo verás con tus ojos, pero no comerás (IV Reyes VII, 1, 2).

120. Y de repente se produjo en el campamento de Siria un sonido como de carros, y una gran voz de caballos, y una voz de gran ejército, y un gran tumulto de guerra: y los sirios pensaron que el rey de Israel había llamado al rey de Egipto y al rey de los amorreos para que se unieran a la batalla: y huyeron al amanecer dejando sus tiendas; porque temían ser sorprendidos por la llegada inesperada de nuevos enemigos, y que no podrían resistir las fuerzas unidas de los reyes. Esto era desconocido para Samaria, porque vencidos por el miedo, y debilitados por el hambre, ni siquiera se atrevían a salir (Ibid. 6, 7).

121. Había cuatro leprosos en la puerta de la ciudad, para quienes la vida era un suplicio, y morir una ganancia; y se dijeron unos a otros: Aquí estamos sentados, y morimos. Si entramos en la ciudad, moriremos de hambre; si permanecemos aquí, no tenemos ningún recurso para vivir: vayamos al campamento de Siria, o será un atajo a la muerte, o un remedio para la salvación. Así que fueron, y entraron en el campamento: y he aquí todo estaba desierto de enemigos. Entraron en las tiendas, primero saciaron su hambre con los alimentos encontrados, luego tomaron todo el oro y la plata que pudieron. Y aunque estaban solos disfrutando del botín, decidieron sin embargo informar al rey que los sirios habían huido; porque lo consideraban honesto, en lugar de ocultar la noticia para favorecer el robo del botín.

122. Con esta noticia, el pueblo salió y saqueó el campamento de Siria, y la provisión de los enemigos hizo abundancia, y el precio de los alimentos bajó según la palabra profética; de modo que una medida de flor de harina costaba un siclo, y dos medidas de cebada al mismo precio. En esta alegría del pueblo, aquel mensajero en quien confiaba el rey, fue aplastado entre la prisa de los que salían y la exultación de los que regresaban, pisoteado por el pueblo, murió (IV Reyes VII, 3 ss., 8 ss.).

## CAPÍTULO XXI.

Se narra cómo Esther, siguiendo el decoro de la honestidad, se expuso al peligro de muerte, e incluso un rey bárbaro, al infligir la muerte a un hombre muy amigo; pues la amistad siempre debe unirse a la honestidad, como lo prueban los ejemplos de Jonatán y Abimelec.

123. ¿Qué hay de la reina Esther, no se ofreció a la muerte para liberar a su pueblo del peligro, lo que era decoroso y honesto, sin temer la furia del rey cruel (Esther IV, 16)? También el feroz rey de Persia, aunque de corazón altivo, sin embargo, juzgó decoroso recompensar la gracia de la revelación de las insidias que se le preparaban, y liberar al pueblo de la servidumbre, salvarlo de la muerte, y no perdonar a quien había aconsejado cosas tan indecorosas (Esther VI, 3 y ss.). Finalmente, a quien tenía como segundo después de él, y

principal entre todos los amigos, lo entregó a la cruz, porque se dio cuenta de que había sido deshonrado por sus consejos fraudulentos (Esther VII, 9).

124. Esa es la amistad que es aprobada, que defiende la honestidad, ciertamente preferible a las riquezas, honores, poderes: pero no suele preferirse a la honestidad, sino seguir a la honestidad. Tal fue la de Jonatán, quien por piedad no evitaba ni la ofensa de su padre, ni el peligro de su salvación (I Sam. XX, 29 y ss.). Tal fue la de Abimelec, quien por los deberes de la gracia hospitalaria consideraba que debía soportar la muerte de sí mismo, más que la traición de un amigo fugitivo (I Sam. XXI, 6).

## CAPÍTULO XXII.

La honestidad no debe ser abandonada por causa de un amigo; si, sin embargo, se debe dar testimonio contra un amigo, se debe tener precaución. ¿Qué sinceridad se requiere entre amigos al abrir el corazón, qué generosidad al soportar, qué libertad al reprender? La amistad es guardiana de las virtudes, y solo se encuentra en personas de costumbres similares. Debe ser amable al corregir, y ajena a los propios intereses; y por eso, ¡qué raros son los verdaderos amigos entre los ricos! ¡Cuánta dignidad tiene la amistad; cuanto mayor es, más detestable es la traición de un amigo, como se conoce por los ejemplos de Judas y los amigos de Job.

125. Por lo tanto, nada debe preferirse a la honestidad, que sin embargo, para que no se pase por alto por el afán de la amistad, también la Escritura nos advierte sobre la amistad. Hay muchas cuestiones de los filósofos: si alguien debe o no pensar contra su patria por causa de un amigo, para obedecer a un amigo. ¿Debe uno abandonar la fe, mientras se complace y se enfoca en las comodidades de un amigo?

126. Y la Escritura dice: "Maza, espada y flecha afilada, así es el hombre que da falso testimonio contra su amigo" (Prov. XXV, 18). Pero considera lo que afirma. No reprende el testimonio dicho contra un amigo, sino el falso testimonio. ¿Qué pasa si alguien se ve obligado a dar testimonio por causa de Dios o de la patria? ¿Debe la amistad prevalecer sobre la religión, prevalecer sobre la caridad hacia los ciudadanos? Sin embargo, en estas mismas cosas se debe buscar la verdad del testimonio; para que un amigo no sea atacado por la traición de otro amigo, cuya fidelidad debería absolverlo. Por lo tanto, un amigo no debe complacer al culpable ni conspirar contra el inocente.

127. Ciertamente, si es necesario dar testimonio, si ha conocido algún defecto en su amigo, debe corregirlo en privado; si no escucha, corregirlo en público. Porque hay correcciones buenas, y a menudo mejores que una amistad silenciosa. Y si el amigo cree que está siendo herido, tú corrige de todos modos; y si la amargura de la corrección hiere su ánimo, tú corrige de todos modos, no temas: "Son más tolerables las heridas de un amigo que los besos de un adulador" (Prov. XXVII, 6). Por lo tanto, corrige al amigo que yerra, no abandones al amigo inocente. La amistad debe ser constante, perseverar en el afecto; no debemos cambiar de amigos de manera caprichosa como los niños.

128. Abre tu corazón a tu amigo, para que sea fiel a ti y encuentres en él la alegría de tu vida. Porque un amigo fiel es un remedio para la vida y una gracia de inmortalidad (Eclo. VI, 16). Trata a tu amigo como a un igual, y no te avergüences de anticiparte a él en el servicio; porque la amistad no conoce la soberbia. Por eso el Sabio dice: "No te avergüences de saludar a un amigo" (Eclo. XXII, 31). No abandones a un amigo en necesidad, no lo dejes ni lo desampares; porque la amistad es un apoyo en la vida. Por eso llevemos nuestras cargas,

como enseñó el Apóstol (Gál. VI, 2); porque dice esto a aquellos a quienes el amor del mismo cuerpo ha abrazado. Porque si en las cosas favorables los amigos ayudan a los amigos, ¿por qué no debería haber ayuda de los amigos en las adversidades? Ayudemos con consejo, contribuyamos con esfuerzos, compadezcámonos con afecto.

129. Si es necesario, soportemos incluso lo áspero por un amigo. A menudo hay que enfrentar enemistades por la inocencia de un amigo, a menudo calumnias, si te resistes o respondes, cuando un amigo es acusado. Y no te arrepientas de tal ofensa; porque es la voz del justo: "Aunque me sucedan males por un amigo, los soporto" (Eclo. XXII, 31). Porque en las adversidades se prueba al amigo; pues en las prosperidades todos parecen amigos. Pero así como en las adversidades es necesaria la paciencia y tolerancia del amigo, así en las prosperidades es adecuada la autoridad; para que reprima y corrija la insolencia del amigo que se exalta.

130. Qué bellamente dice Job, puesto en adversidades: "Compadézcanse de mí, amigos, compadézcanse" (Job. XIX, 21). No es esta una voz de abatimiento, sino casi de censura. Porque cuando era injustamente acusado por sus amigos, respondió: "Compadézcanse de mí, amigos"; esto es, deben mostrar misericordia: pero ustedes oprimen e impugnan al hombre, cuyas aflicciones deberían compadecer por amistad.

131. Conserven, pues, hijos, la amistad iniciada con los hermanos, que nada hay más hermoso en las cosas humanas. Porque es el consuelo de esta vida tener a quien abrir tu corazón, con quien compartir secretos, a quien confiar el secreto de tu pecho; para que encuentres un hombre fiel, que se alegre contigo en las prosperidades, compadezca en las tristezas, anime en las persecuciones. ¡Qué buenos amigos los jóvenes hebreos, a quienes ni la llama del horno ardiente separó de su amor mutuo! (Dan. III, 16 y ss.). De lo cual hablamos antes (Supra c. 9). Bien dice el santo David: "Saúl y Jonatán, hermosos y amados, inseparables en su vida, y en la muerte no fueron separados" (II Sam. I, 23).

132. Este es el fruto de la amistad, que la fidelidad no se destruya por la amistad. Porque no puede ser amigo del hombre quien ha sido infiel a Dios. La amistad es guardiana de la piedad y maestra de la igualdad; para que el superior se muestre igual al inferior, y el inferior al superior. Porque entre costumbres desiguales no puede haber amistad; y por eso debe haber una gracia que los haga coincidir. No debe faltar autoridad al inferior, si la situación lo requiere, ni humildad al superior. Escuche como a un igual, como a un par: y aquel como amigo aconseje, reprenda, no por vanidad, sino por afecto de caridad.

133. Ni la advertencia debe ser áspera, ni la reprensión insultante; porque así como la amistad debe huir de la adulación, también debe estar libre de insolencia. ¿Qué es un amigo, sino un compañero de amor, a quien unir y aplicar tu ánimo, y mezclarlo de tal manera que quieras hacer uno de dos, a quien te confíes como a otro tú mismo, de quien no temas nada, ni busques nada deshonesto para tu propio beneficio? Porque la amistad no es un negocio, sino plena de decoro, plena de gracia. Porque la amistad es virtud, no ganancia; porque no se adquiere con dinero, sino con gracia: ni con subasta de precios, sino con competencia de benevolencia.

134. Finalmente, las amistades de los pobres son a menudo mejores que las de los ricos: y frecuentemente los ricos están sin amigos, de los que los pobres abundan. Porque no hay verdadera amistad donde hay adulación engañosa. Muchos se comportan con servilismo hacia los ricos: nadie es un simulador con el pobre. Es verdad todo lo que se ofrece al pobre, su amistad está libre de envidia.

135. ¿Qué hay más precioso que la amistad, que es común a los ángeles y a los hombres? Por eso el Señor Jesús dice: "Hagan amigos con las riquezas injustas, para que los reciban en sus moradas eternas" (Luc. XVI, 9). Dios mismo nos hace amigos de siervos, como Él mismo dice: "Ya no los llamo siervos, sino amigos, si hacen lo que les mando" (Juan XV, 14). Dio la forma de amistad que debemos seguir, para que hagamos la voluntad del amigo, para que abramos nuestros secretos al amigo, todo lo que tenemos en el corazón, y no ignoremos sus secretos. Mostremos a él nuestro corazón, y él nos abra el suyo. Por eso, dice, "los llamé amigos, porque todo lo que oí de mi Padre, se los he dado a conocer" (Juan XV, 14). Por lo tanto, un amigo no oculta nada, si es verdadero: derrama su alma, como el Señor Jesús derramaba los misterios del Padre.

136. Por lo tanto, quien hace los mandamientos de Dios, es amigo; y es honrado con este nombre. Quien es unánime, ese es amigo: porque la unidad de ánimos está en los amigos: y nadie es más detestable que quien ha herido la amistad. Por eso el Señor encontró esto gravísimo en el traidor, que condenara su perfidia, que no correspondiera a la gracia, y mezclara el veneno de la malicia en los banquetes de la amistad. Así que dice: "Tú, hombre unánime, mi guía y conocido, que siempre compartías dulces comidas conmigo" (Sal. LIV, 14). Esto es, no se puede soportar esto, porque unánime atacaste a quien te había dado gracia: "Porque si mi enemigo me hubiera insultado, lo habría soportado" (Ibid., 13); y de aquel que me odiaba, me habría escondido. Un enemigo puede ser evitado, un amigo no puede, si quiere conspirar. A aquel evitamos a quien no confiamos nuestros consejos: a este no podemos evitar, a quien hemos confiado. Por lo tanto, para aumentar la envidia del pecado no dijo: Tú, mi siervo, mi apóstol; sino: Mi unánime; esto es, no solo mío, sino también tu traidor eres, que traicionaste a tu unánime.

137. El mismo Señor, cuando fue ofendido por tres reyes, que no mostraron deferencia al santo Job, prefirió perdonarles a través de un amigo, para que la intercesión de la amistad fuera el perdón de los pecados. Así que Job rogó, y el Señor perdonó. La amistad les benefició, a quienes la insolencia había perjudicado (Job, XLII, 7 y ss.).

## CONCLUSIÓN.

138. Estas cosas he depositado entre ustedes, hijos, para que las guarden en sus almas: ustedes probarán si tienen algún provecho; mientras tanto, ofrecen una gran cantidad de ejemplos: porque casi todos los ejemplos de los Mayores, y muchas palabras también, están contenidas en estos tres libros; de modo que, aunque el discurso no aporte nada de gracia, la serie de antigüedades expresada en un cierto compendio aporte mucha instrucción.